DON CARLOS, INFANTE DE ESPAÑA

FRIEDRICH SCHILLER

DON CARLOS, INFANTE DE ESPAÑA

FRIEDRICH SCHILLER

Durante el reinado de Felipe II, el príncipe Carlos, heredero del mayor imperio de la historia, vive sumido en el desánimo ya que la mujer que ama está casada con otro. Conquistarla no sólo supondría romper los vínculos del matrimonio, sino también contravenir las leyes naturales, ya que ese otro es el mismísimo rey, su padre.

Don Carlos es una tragedia amorosa en la que se suceden las intrigas con la sublevación de los Países Bajos como telón de fondo. Esta obra, fruto de uno de los mayores talentos del teatro alemán y universal, sirvió de inspiración para la famosa ópera de Verdi de mismo nombre, y constituye un fascinante canto a la amistad, el amor y la libertad humana.

Friedrich Schiller

Don Carlos, Infante de España

ePub r1.0
Titivillus 04.03.17

Título original: *Dom Karlos, Infant von Spanien*
Friedrich Schiller, 1788
Traducción: Emilio J. González García

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Introducción

Un joven apasionado y sensible, heredero de un gran imperio, una reina casada en contra de su voluntad por motivos de Estado, un rey anciano y celoso, infeliz como esposo y como padre, y las tenebrosas figuras de un inquisidor y del duque de Alba. Éstos fueron los atractivos que animaron a Friedrich Schiller (1759-1805) a emprender la versión teatral de la obra *Histoire de Dom Carlos*, de César Vichard, abbé de Saint-Real. La falta de dramas con temática cortesana y la posibilidad de incluir escenas conmovedoras o sorprendentes gracias a este conflicto múltiple entre público y privado, familia y corte o amor y política también pesaron en su ánimo y le llevaron a realizar el primer esbozo de la obra ya en 1783, poco después de conocer la novela de Saint-Real. La pieza, sin embargo, no se estrenó hasta cuatro años más tarde, siendo posteriormente editada por su autor en varias ocasiones hasta el mismo año de su fallecimiento.

La primera aproximación de Schiller al argumento de este retrato de familia en una casa real fue entusiasta, pero su trabajo para el teatro de Mannheim y el estreno de *Fiesko* e *Intriga y amor* en 1784 fueron retrasando el desarrollo del argumento. A esto hay que sumarle una larga convalecencia debida a la malaria y una crisis personal causada tanto por unos amores no correspondidos como por el descontento y la opresión que sentía en Mannheim y que acabó provocando su traslado a Leipzig. También cabe apuntar la misma complejidad de la empresa, la grandeza de los personajes, la dificultad de su primera obra en verso o la necesidad de documentación como otros causantes de esta demora, que coincide con una evolución literaria del autor y de su entorno.

El Sturm und Drang (1767-1785) es un movimiento literario propio de Alemania que supone una oposición o, mejor dicho, una evolución de la Ilustración, pues enraíza con tendencias propias de la Ilustración, como el pietismo o el sentimentalismo. Su nombre puede traducirse como «tormenta y empuje» y proviene de la obra homónima de F. M. Klinger. Siendo esquemáticos podríamos decir que es una corriente que trata de escapar de las barreras que impone la razón ilustrada, que aboga por el sentimiento, por una visión distinta de la naturaleza y del hombre y que prefiere la originalidad del genio antes que la tradición y las normas. Su género preferido es el drama, pero apartándose de las reglas aristotélicas, dando lugar, incluso, a trabajos prácticamente irrepresentables, que precisan cambios de escenario frecuentes para, en ocasiones, desarrollar apenas un par de frases de diálogo. En la temática priman personajes jóvenes y arrebatados en conflicto con la sociedad y con un profundo deseo de libertad. *Don Carlos* está considerada como una obra de transición entre este movimiento y el periodo del Clasicismo de Weimar que le sucedió.

Cuando Schiller abordó el tema del *Don Carlos* su obra todavía conservaba la exaltación de esta época. Consideraba que el autor debía tener una relación de amistad, de hermandad con sus personajes y se identificaba con Carlos de tal manera que llegó a afirmar que el personaje era un reflejo de su propio corazón. Su situación amorosa también sirve para establecer paralelismos entre el creador y la creación. Sin embargo, durante el largo proceso creativo sus intereses fueron cambiando: Carlos comenzó a parecerle egoísta y la historia de amor fue lentamente pasando a un segundo plano. Poza y su lucha por la liberación de Flandes ocuparon su lugar y el tema llegó a interesarle de tal forma que poco después de finalizar el drama publicó la *Historia de la separación de los Países Bajos Unidos del gobierno español* (1788). Sin embargo, la obra contaba con dos actos ya aparecidos en la revista *Thalia*, por lo que no podía iniciar de nuevo su trabajo bajo las nuevas premisas y se vio obligado a cuadrar en una misma obra ambas historias, materializándose este cambio de orientación, de personajes y de intereses en el tercer acto, con la famosa entrevista entre el rey Felipe II y Poza.

Esta transformación resulta tan llamativa que incluso se siente obligado a justificarse, publicando las *Cartas sobre Don Carlos* en el *Teutscher Merkur*. En ellas afirmaba que la evolución en sus gustos pudo deberse tan solo a que la diferencia de edad entre él y Carlos había aumentado, dificultando la identificación. Creía que un drama había de ser flor de un único verano y que él había dedicado demasiado tiempo a este. Su tragedia amorosa se convierte entonces en una tragedia política con un amor que abarca ahora a todo el género humano y que supera la época en la que se desarrolla para ser aplicable al presente de su autor y a los monarcas ilustrados. El drama de corte recupera su función educadora, permitiendo que los señores puedan ver críticas que nadie se atrevería a hacerles directamente.

Recurriendo este género histórico, Schiller podía trabajar, además, con grandes personajes ya conocidos por su público. La realidad, no obstante, está supeditada a la trama. Los anacronismos y las inexactitudes son evidentes, desde la coincidencia temporal entre la Gran Armada, más conocida como la Armada Invencible (1588), y la marcha del duque de Alba a los Países Bajos (1567), a la misma diferencia de edad entre Felipe II (1527-1598) e Isabel de Valois (1545-1568). Este argumento aparece en numerosas obras de referencia empleadas por Schiller, pero en el momento del enlace el «anciano» monarca español contaba tan solo con treinta y tres años. Lo mismo se podría decir de la descripción de Carlos (1545-1568): el noble infante conquistador de los corazones femeninos de la corte no solo era cojo y deforme, sino muy inestable mentalmente, con frecuentes accesos de furia. La supuesta relación amorosa con su madrastra también es un mito de origen francés basado en los planes reales de matrimonio entre ambos, aunque la pervivencia de un amor adolescente surgido gracias a un intercambio epistolar resulta ridícula, pues cuando se rompió este enlace político, tanto Isabel como Carlos solo tenían doce años. La figura de Poza, por su parte, está tan plagada de contaminaciones que el que fuera un anodino paje del príncipe apenas resulta reconocible, mostrando en algunas de las fuentes características y anécdotas del conde de Villamediana, lo que ha llevado a muchos críticos a considerarle un personaje inventado. La princesa de Éboli y Antonio Pérez, que adopta el papel de Domingo en

aquellos principados en los que un confesor intrigante sería mal recibido, también guardan pocas semejanzas con sus contrapuntos históricos. Muchas de estas malintencionadas confusiones históricas son heredadas por Schiller, mientras que otras suponen recreaciones con intención dramática, manipulándose la historia para desarrollar un argumento, no para denunciar un país o una época.

La figura de Felipe II puede servir para ejemplificar esta interpretación. En la versión de Schiller, el monarca no es el monstruo cruel que retratan sus fuentes. Sus errores de juicio se deben a su entorno, pero no carece de buenas intenciones pese a la severidad de sus actos. Piensa que contribuye a la paz, que es necesario acabar con la sublevación de los Países Bajos, que el ser humano es mezquino, pero la realidad que ha vivido tal vez no le permita ver las cosas de otra forma. Su concepto del hombre se evidencia en la facilidad con la que descubre las intrigas de Alba y Domingo y su ceguera ante los planes de Poza, ya que, al menos al principio, es incapaz de comprender sus motivos, pues no son egoístas. Es posible que la diferencia entre Carlos y su padre radique únicamente en Poza, que actúa de catalizador de todo lo bueno que hay en ellos. En este sentido resulta significativo que Schiller afirme haber expresado su visión de Poza a través del rey, ese gran «conocedor del género humano», según sus propias palabras.

Contemplar exclusivamente *Don Carlos* desde una perspectiva nacional, como una muestra de la «leyenda negra», supondría una injusta mutilación de una de las mayores obras del teatro europeo. Estamos seguros de que un lector libre de prejuicios sabrá disfrutar de esta joya literaria y advertirá que la visión que ofrece del amor y la amistad, de la libertad del ser humano, del sacrificio o de la función de los gobernantes va más allá de fronteras geográficas o temporales.

Emilio J. González García

DON CARLOS, INFANTE DE ESPAÑA.

UN POEMA DRAMÁTICO

Personajes

Felipe II, *rey de España*
Isabel de Valois, *su esposa*
Don Carlos, *príncipe heredero*
Alejandro Farnesio, *príncipe de Parma, sobrino del rey*
Infanta Clara Eugenia, *una niña de tres años*
Duquesa de Olivares, *camarera mayor*
Marquesa de Mondéjar, *dama de la reina*
Princesa de Éboli, *dama de la reina*
Condesa de Fuentes, *dama de la reina*
Marqués de Poza, *un caballero de la orden de Malta*
Duque de Alba. *Grande de España*
Conde de Lerma, *jefe de la guardia real. Grande de España*
Duque de Feria, *caballero del Toisón de Oro. Grande de España*
Duque de Medina Sidonia, *almirante. Grande de España*
Don Raimundo de Tassis, *correo mayor. Grande de España*
Domingo, *confesor del rey*
El inquisidor mayor *del reino*
El prior *de un monasterio cartujo*
Un paje *de la reina*
Don Luis Mercado, *médico de cámara de la reina*
Varias damas y grandes, pajes, oficiales, guardias y distintos personajes sin texto

Primer acto

Los Jardines Reales de Aranjuez.

Escena primera

Carlos. Domingo.

DOMINGO.— Los hermosos días en Aranjuez han tocado a su fin y ahora que nos marchamos, el ánimo de su alteza no parece haber experimentado mejora alguna. Nuestra estancia aquí ha sido en vano. ¡Acabe con este misterioso silencio; abra su corazón al corazón paterno, príncipe! El monarca pagaría cualquier precio por la tranquilidad de su hijo, de su único hijo. (*Carlos mira al suelo y calla.*) ¿Acaso existe algún deseo que el cielo le haya negado al más querido de sus hijos? Yo estaba allí, tras las murallas de Toledo, cuando el gran Carlos recibió aquella ovación, cuando los señores se agolpaban para besar su mano y entonces, en una… en *una* única reverencia yacían a sus pies seis reinos. Yo estaba allí y vi cómo asomaba a sus mejillas la sangre joven y orgullosa, cómo su pecho se hinchaba con señorial determinación, cómo sus ojos se pasearon embriagados sobre los allí

reunidos y cómo se llenaban de dicha. Príncipe, esos ojos afirmaban «estoy satisfecho». (*Carlos aparta la vista.*) Este silencio y la solemne preocupación que leemos en vuestros ojos desde hace ya ocho meses, este misterio que desvela a toda la corte, este miedo que sufre el reino ya le ha costado varias noches de preocupación a su majestad y ha provocado algunas lágrimas de vuestra madre.

CARLOS.— (*Se vuelve rápidamente.*) ¡Madre! ¡Oh, cielos, concededme poder olvidar a aquel que la convirtió en mi madre!

DOMINGO.— ¡Príncipe!

CARLOS.— (*Se tranquiliza y se pasa la mano sobre la frente.*) Venerable señor, he tenido muy mala suerte con mis madres. Mi primera acción al vislumbrar la luz del mundo fue un matricidio.

DOMINGO.— ¿Es eso posible, príncipe? ¿Esos reproches pueden nublar vuestra conciencia?

CARLOS.— ¿Y es que mi nueva madre no me ha costado ya el amor paterno? Mi padre apenas me ha querido. Mi único mérito ha sido ser su único hijo. Ella le dio una niña. ¡Ay! ¿Quién sabe qué nos deparará el destino?

DOMINGO.— Os burláis de mí, príncipe. Toda España adora a su reina. ¿Seréis vos el único que la contemple con los ojos del odio? ¿El único que la vea y no sienta nada? ¿Cómo puede ser, príncipe? ¿La mujer más hermosa del mundo, la reina, la que fue vuestra prometida? ¡Imposible, príncipe! ¡Increíble! ¡Jamás! Carlos no puede ser el único que odie donde todos aman; Carlos no puede contradecir su naturaleza de una manera tan extraña. Procurad que nunca descubra cuánto desagrada a su hijo; la noticia le causaría gran pesar.

CARLOS.— ¿Eso creéis?

DOMINGO.— Alteza, ¿habéis olvidado el último torneo en Zaragoza cuando nuestro señor fue herido por la astilla de una lanza? La reina estaba sentada junto a sus damas en la tribuna intermedia del palacio y contemplaba la justa. De pronto alguien gritó: «¡El rey está sangrando!». Un murmullo confuso llega a oídos de la reina. «¿El príncipe?», exclama, mientras intenta… intenta arrojarse desde lo alto

de la balaustrada más alta. «¡No, el rey!», le responden. «¡Entonces, id a buscar a los médicos!», contesta mientras recupera el aliento. (*Tras un silencio.*) ¿Os habéis quedado pensativo?

CARLOS.— Admiro al divertido confesor del rey, tan versado en historias graciosas. (*Serio y lúgubre.*) No obstante, siempre he oído que los cotillas y los chismosos han provocado más males en este mundo que el veneno y el puñal en manos de asesinos. Podríais haberos ahorrado el esfuerzo. Si lo que esperáis es algún tipo de agradecimiento, será mejor que acudáis al rey.

DOMINGO.— Hacéis muy bien tomando precauciones ante la gente, aunque conviene diferenciar. No rechacéis al amigo junto con el hipócrita. Lo he dicho con gran afecto.

CARLOS.— No dejéis que mi padre se entere. Si no perderíais vuestra púrpura.

DOMINGO.— (*Desconcertado.*) ¿Cómo?

CARLOS.— Bueno, ¿es que no os prometió que seríais el primer purpurado de España?

DOMINGO.— Príncipe, os burláis de mí.

CARLOS.— ¡Dios me libre de burlarme del temible hombre que puede condenar o absolver a mi padre!

DOMINGO.— No pretendo pecar de atrevido y tratar de entrometerme en el noble secreto que causa vuestras cuitas, príncipe. Lo único que os pido es que tengáis presente que la Iglesia ofrece a las conciencias atormentadas un refugio para el que no tienen llave los monarcas, donde incluso los actos más viles están protegidos por el sello del sacramento. Ya sabéis a qué me refiero, alteza… Creo que ya he dicho suficiente.

CARLOS.— ¡No! ¡Nada más lejos de mi intención que poner tal tentación en manos del guardián de dicho sello!

DOMINGO.— Príncipe, esa desconfianza… Estáis juzgando mal a vuestro más fiel servidor.

CARLOS.— (*Le coge de la mano.*) Es mejor que me dejéis por imposible. Sois un hombre santo, lo sabe todo el mundo, pero ¿por qué no

decirlo? Lleváis ya demasiado peso como para cargar con el mío. Vuestro camino hasta llegar a sentaros en la silla de san Pedro es el más largo que hay, venerable padre. Saber demasiado podría resultar un lastre. Comunicadle esto al rey, ya que él os ha enviado.

DOMINGO.— Que me ha enviado…

CARLOS.— Eso es lo que he dicho. Demasiado bien, demasiado bien sé que en esta corte se me traiciona, sé que hay cientos de ojos contratados para vigilarme, sé que el rey Felipe vendería a su único hijo al peor de sus súbditos y que ese mismo hombre, que jamás ha pagado nada por una buena obra, recompensa generosamente a todo informador que le transmita cualquier sílaba que yo pronuncie. Sé… ¡Silencio! Ya basta. Mi corazón está a punto de estallar y ya he hablado demasiado.

DOMINGO.— El rey tiene la intención de llegar a Madrid antes del anochecer. La corte ya se está reuniendo. Si tenéis la bondad, príncipe…

CARLOS.— Está bien. Os seguiré. (*Domingo sale. Tras un silencio.*) ¡Felipe, eres tan digno de compasión como lo es tu hijo! Ya veo cómo te ha mordido la venenosa serpiente de la desconfianza y que tu alma sangra. Su fatal curiosidad te llevará a descubrir antes la más funesta de las revelaciones y cuando la veas desvelada te volverás loco de ira.

Escena segunda

Carlos. Marqués de Poza.

CARLOS.— ¿Quién viene? ¡Qué es lo que veo! ¡Oh, sois vos, espíritu protector! ¡Mi Rodrigo!

MARQUÉS.— ¡Carlos!

CARLOS.— ¿Es posible? ¿De verdad? ¿Es cierto? ¿Eres tú? ¡Oh, eres tú! Te abrazo con toda mi alma, siento cómo la tuya late junto a la mía con ilimitado poder. Ay, ahora todo vuelve a estar bien. Este abrazo basta para sanar mi enfermo corazón. Estoy junto a Rodrigo.

MARQUÉS.— ¿Vuestro corazón? ¿Vuestro enfermo corazón? ¿Y qué es lo que vuelve a estar bien? ¿Qué es lo que necesitaba estar bien de nuevo? Sabed que me desconcertáis.

CARLOS.— ¿Y qué es lo que os trae aquí desde Bruselas de forma tan inesperada? ¿A quién debo agradecerle esta sorpresa? ¿A quién? ¿Por qué pregunto? ¡Que la noble prudencia me disculpe por estas impertinencias, ya que estoy ebrio de alegría! ¿A quién sino al bondadoso Creador? Sabías que Carlos vagaba sin ángel de la guardia y le enviaste este. ¡Y aún me atrevo a preguntar!

MARQUÉS.— Disculpadme, querido príncipe, si solo correspondo a vuestra efusiva alegría con perplejidad. No esperaba encontrar al hijo del rey Felipe en este estado. En sus pálidas mejillas flamea un rojo artificial y sus labios tiemblan febriles. ¿Qué se supone que debo creer, querido príncipe? Este no es el atrevido y valeroso joven que vengo a ver en nombre de un heroico pueblo oprimido, pues no estoy aquí como

Rodrigo, no como el alma gemela del joven Carlos. Os abrazo como representante de toda la humanidad. Son las provincias flamencas las que lloran sobre vuestro hombro y os imploran solemnemente que las salvéis. Si Alba, ese cruel verdugo del fanatismo, llega a Bruselas con leyes españolas, vuestra querida tierra estará perdida. La última esperanza de estas nobles regiones recae en el ilustre nieto del emperador Carlos, pero se desvanecerá si su excelso corazón ha olvidado lo que es latir por la humanidad.

CARLOS.— Entonces dala por perdida.

MARQUÉS.— ¡Ay de mí! ¡Qué oigo!

CARLOS.— Estás hablando de tiempos pasados. Yo también soñé con un Carlos al que se le inflamaban las mejillas cuando se hablaba de libertad, pero hace tiempo que lo enterré. El que ves aquí ya no es aquel del que te despediste en Alcalá, aquel que en dulce embriaguez tenía el atrevimiento de considerarse el instaurador de una nueva edad dorada en España. Ay, aquella ocurrencia resultaba infantil, pero era divinamente hermosa. Esos sueños pertenecen al pasado.

MARQUÉS.— ¿Sueños, príncipe? ¿Así que no eran más que sueños?

CARLOS.— Déjame llorar, déjame verter ardientes lágrimas sobre tu hombro, ya que eres mi único amigo. No tengo a nadie, a nadie, nadie a lo largo y ancho de la tierra. Allá donde llega el cetro de mi padre, allá donde llevan nuestra bandera los barcos no hay ningún lugar, ninguno excepto este donde pueda librarme del peso de mis lágrimas. Oh, Rodrigo, por todo lo que antaño esperábamos obtener del cielo, no me eches de tu lado.

MARQUÉS.— (*Se inclina sobre él con callada emoción.*)

CARLOS.— Imagina que soy un huérfano que has recogido junto al trono por compasión. No sé lo que significa tener un padre: yo soy el hijo de un rey. ¡Oh, si fuese cierto lo que me dicta mi corazón, si tú fueses el escogido entre millones para entenderme, si fuese cierto que la madre naturaleza creó otro Rodrigo en Carlos y, durante el amanecer de nuestras vidas, tañó las suaves cuerdas de nuestras almas al mismo tiempo, si fuese cierto que una lágrima que me proporcione alivio te resultara más valiosa que el favor de mi padre!

MARQUÉS.— Más valiosa que el mundo entero.

CARLOS.— He caído tan bajo… Soy tan pobre que me veo obligado a recordarte nuestros años de infancia, que tengo que pedirte el pago de deudas olvidadas hace tiempo, aquellas que contrajiste cuando aún llevabas traje de marinero, cuando tú y yo, dos chiquillos rebeldes, crecíamos como hermanos, cuando mi único dolor era verme eclipsado por la lucidez de tu espíritu, cuando tuve la atrevida determinación de amarte sin medida porque me faltaba valor para intentar igualarte. Entonces comencé a martirizarte con miles de muestras de cariño y con un sincero amor fraternal; tú, corazón orgulloso, me lo devolvías con frialdad. A menudo me quedaba de pie —aunque tú no lo veías nunca—, con amargas y ardientes lágrimas en los ojos, cuando me ignorabas y abrazabas a niños de más baja condición. ¿Por qué solo a ellos?, me lamentaba; ¿acaso yo no te parezco bueno también? Pero tú, tú te arrodillabas ante mí, serio e impasible. Este, me decías, es el comportamiento adecuado con el hijo del rey.

MARQUÉS.— Oh, callad, príncipe, dejad estas historias infantiles que aún me hacen sonrojar.

CARLOS.— No me lo merecía. Fuiste capaz de despreciar mi corazón, de desgarrarlo, pero no conseguiste alejarme de ti. Tres veces rechazaste al príncipe, tres veces volvió él como mendigo para rogarte que lo amaras, para obligarte a que lo amaras por la fuerza. Una casualidad logró lo que Carlos jamás había conseguido. En una ocasión, mientras jugábamos, tu bola de plumas fue a dar en el ojo a mi tía, la reina de Bohemia. Ella creyó que había sido a propósito y fue a quejarse al rey con lágrimas en los ojos. Todos los niños del palacio debían presentarse ante él para decirle quién era el culpable. El rey juró castigar de la manera más severa a quien hubiese cometido tan deleznable acto, incluso si se trataba de su propio hijo. Entonces te vi temblando a lo lejos y en ese momento me adelanté y me arrojé a los pies del rey exclamando: yo lo hice, yo. Cúmplase tu venganza en tu hijo.

MARQUÉS.— ¡Ay, qué deudas me recordáis, príncipe!

CARLOS.— Y se cumplió su venganza. A la vista de toda la corte, que me rodeaba dando muestras de compasión, castigó a Carlos como si de un esclavo se tratase. Yo miré hacia ti y no lloré. El dolor me hacía rechinar los dientes; no lloré. Mi sangre real corría como si fuera la de un villano bajo los despiadados golpes; te miré y no lloré. Te acercaste a mí. Llorando ruidosamente te pusiste a mis pies. ¡Sí! ¡Sí!, exclamaste, mi orgullo está vencido. Te corresponderé cuando seas rey.

MARQUÉS.— (*Le da la mano.*) Así lo quiero, Carlos. Ahora, como hombre, renuevo aquel juramento infantil. Quiero corresponderte. Quizá tenga ocasión de que llegue ese momento.

CARLOS.— Ahora, ahora. Oh, no dudes, ese momento ya ha llegado. Ya es hora de que te liberes de tu deuda. Necesito amor. Un terrible secreto arde en mi pecho. Tiene que… Tiene que salir. Deseo ver mi condena a muerte en tu pálido rostro. Escúchame, asómbrate, pero no contestes… Estoy enamorado de mi madre.

MARQUÉS.— ¡Dios mío!

CARLOS.— ¡No! No quiero miramientos. Dilo, di que en todo el mundo no hay vileza cercana a la mía, habla. Puedo adivinar lo que me podrías decir. El hijo ama a su madre. Las costumbres humanas, el orden de la naturaleza y las leyes de Roma condenan esta pasión. Mis deseos chocan terriblemente con los derechos de mi padre. Lo sé y pese a todo la amo. Este camino conduce a la locura o al cadalso. Amo sin esperanza, en pecado, con miedo a morir, poniendo en peligro mi vida. Lo veo y sin embargo la amo.

MARQUÉS.— ¿Conoce la reina estos afectos?

CARLOS.— ¿Acaso podría desvelárselos? Es la esposa de Felipe y la reina, y nos encontramos en suelo español. Está custodiada por los celos de mi padre y encerrada en la etiqueta. ¿Cómo podría acercarme a ella sin testigos? Han pasado ocho aterradores meses desde que el rey me ordenó regresar de la universidad, condenándome a verla a diario y a permanecer callado como una tumba. Ocho aterradores meses en los que este fuego arde en mi pecho, Rodrigo, en los que la terrible confesión ha llegado miles de veces a mis labios, viéndose obligada a

regresar arrastrándose a mi corazón, avergonzada y cobarde. Oh, Rodrigo, si solo pudiera pasar unos instantes con ella a solas…

MARQUÉS.— Ay, y vuestro padre, príncipe…

CARLOS.— ¡Desdichado! ¿Por qué me lo recuerdas? Háblame de todos los horrores de la conciencia, pero no me menciones a mi padre.

MARQUÉS.— ¡Odiáis a vuestro padre!

CARLOS.— ¡No! ¡Ay, no! No odio a mi padre, pero al oír su terrible nombre me invade el temor y la angustia del delincuente. ¿Qué puedo hacer si mi educación aplastó la delicada semilla del amor en mi joven corazón? Tenía seis años de vida cuando vi por vez primera a aquel terrible ser que me decían que era mi padre. Fue una mañana, mientras firmaba de pie cuatro sentencias de muerte. Después solo le veía cuando iban a castigarme por alguna falta. ¡Ay, Dios! Siento que me lleno de amargura. ¡Fuera! ¡Dejemos el tema!

MARQUÉS.— No, deberíais… Deberíais abrir vuestro corazón ahora. Las palabras sirven para aliviar un pecho sobrecargado.

CARLOS.— A menudo he luchado contra mí mismo, a menudo me he postrado ante el cuadro de la Virgen a medianoche, mientras la guardia dormía, y le he rogado entre abundantes lágrimas que me concediera un corazón de niño, pero acababa levantándome de allí sin que me hubiese escuchado. ¡Ay, Rodrigo! Resuelve tú este inexplicable misterio de la providencia. ¿Por qué, de entre miles de padres, he tenido precisamente este? Y ¿por qué ha tenido él este hijo de entre tantos miles de vástagos mejores? La naturaleza en toda su inmensidad sería incapaz de encontrar dos opuestos, más antagónicos. ¿Cómo pretende unirnos por medio de un vínculo tan sagrado a nosotros, que somos los dos extremos del género humano? ¡Terrible casualidad! ¿Por qué había de suceder? ¿Por qué dos personas que se evitarían eternamente han sufrido la funesta casualidad de coincidir en *un* deseo? Aquí, Rodrigo, puedes ver dos astros opuestos, cuyas órbitas tienen un único y destructivo contacto a lo largo de los tiempos y después se alejan para siempre.

MARQUÉS.— Presiento alguna desgracia.

CARLOS.— A mí también me persiguen las más espantosas pesadillas como furias procedentes de los abismos. Mi alma lucha dubitativa con horribles planes; mi desdichada inteligencia se arrastra por sofismas laberínticos hasta que al final se detiene, de pronto, al borde de un precipicio. Oh, Rodrigo, si pudiera olvidar que es mi padre… Rodrigo, veo por tu pálida mirada que me has entendido… si pudiera olvidar que es mi padre, ¿qué me importaría que fuera rey?

MARQUÉS.— (*Tras un silencio.*) ¿Puedo hacerle una petición a mi Carlos? Decidáis lo que decidáis, prometedme que no llevaréis nada a cabo sin contar con vuestro amigo. ¿Me lo prometéis?

CARLOS.— Cualquier cosa, cualquier cosa que tu amor me pida. Quedo por completo en tus manos.

MARQUÉS.— Dicen que el monarca tiene intención de regresar a la ciudad. Hay poco tiempo. Si queréis hablar en secreto con la reina, solo será posible en Aranjuez. La paz de este lugar, las costumbres más relajadas del campo…

CARLOS.— Esta era también la esperanza que albergaba, pero ha sido en vano.

MARQUÉS.— No del todo. Iré a presentarme de inmediato ante ella. Si ahora que está en España sigue siendo la misma que en la corte del rey Enrique, será franca. En su mirada podré leer si Carlos puede conservar sus esperanzas si encuentro ocasión de sacar el tema. Si sus damas se alejaran…

CARLOS.— La mayoría me tiene afecto, en especial la marquesa de Mondéjar, a la que me he ganado haciendo que su hijo sea mi paje.

MARQUÉS.— Tanto mejor. Permaneced cerca para poder aparecer a mi señal.

CARLOS.— Eso, eso haré, así que daros prisa.

MARQUÉS.— No quiero perder ni un instante. ¡Así que allí nos veremos, príncipe! (*Ambos salen por distintos lados.*)

Escena tercera

La residencia de la reina en Aranjuez. Una zona rural y sencilla, atravesada por un paseo que linda con la casa de campo de la reina.

La reina, *la* duquesa de Olivares, *la* princesa de Éboli *y la* marquesa de Mondéjar, *que se aproximan por el paseo*.

REINA.— (*A la marquesa.*) Quiero que *vos* permanezcáis a mi lado. Los alegres ojos de la princesa llevan atormentándome toda la mañana. Miradla, apenas es capaz de ocultar su alegría por despedirse del campo.

ÉBOLI.— No puedo negar que me alegra mucho volver a Madrid, mi reina.

MONDÉJAR.— ¿Y a su majestad no? ¿Tanto disgusto le causará marcharse de Aranjuez?

REINA.— De… de esta hermosa región, cuanto menos. Aquí me encuentro en mi propio mundo. Hace tiempo que este rincón se ha convertido en uno de mis lugares favoritos. Aquí disfruto de la naturaleza rural, que fue mi mejor amiga durante mis primeros años. Aquí me reencuentro con los juegos infantiles y vuelvo a respirar el aire de mi Francia. No me lo toméis a mal. Todos los corazones añoran su patria.

ÉBOLI.— Pero aquí todo es soledad, todo es tristeza y muerte. Uno creería encontrarse en la abadía de la Trapa.

REINA.— Todo lo contrario. Lo único que me parece muerto es Madrid. ¿Qué opina la duquesa al respecto?

OLIVARES.— Majestad, yo opino que desde que hay reyes en España, la tradición dicta pasar un mes aquí, otro en el Pardo y el invierno en la residencia.

REINA.— Sí, duquesa, ya sabéis que he desistido de discutir nunca con vos.

MONDÉJAR.— ¡Y qué animado estará todo en Madrid! Ya han preparado la Plaza Mayor para celebrar allí una corrida y también nos han prometido un auto de fe.

REINA.— ¡Nos han prometido! ¿He oído bien a mi dulce Mondéjar?

MONDÉJAR.— ¿Y por qué no? Al fin y al cabo, los que acaban allí quemados son herejes.

REINA.— Espero que la princesa de Éboli piense de otra manera.

ÉBOLI.— ¿Yo? Majestad, se lo ruego, no me consideréis peor cristiana que la marquesa de Mondéjar.

REINA.— Ay, sí, se me había olvidado dónde estoy… Cambiemos de tema… Creo que estábamos hablando del campo. Me da la impresión de que este mes ha pasado volando. Me prometía muchas alegrías durante esta estancia, muchísimas, pero no he encontrado lo que deseaba. ¿Es siempre así con las esperanzas? El caso es que no puedo recordar qué deseo me ha sido negado.

OLIVARES.— Princesa de Éboli, aún no nos habéis dicho si Gómez puede albergar esperanzas. ¿Os veremos pronto vestida de novia?

REINA.— ¡Ah, sí! Me alegro de que me lo hayáis recordado, duquesa. (*A la princesa.*) Me han pedido que abogue a su favor ante vos, pero ¿cómo podría hacerlo? El hombre al que la princesa recompense con su mano debe merecerlo.

OLIVARES.— Su majestad, este hombre lo merece, es bien sabido que nuestro piadoso monarca le honra con su favor.

REINA.— Seguro que eso le hace muy feliz. No obstante, lo que queremos saber es si es capaz de amar y si merece ser amado. Éboli, eso es lo que os pregunto.

ÉBOLI.— (*Permanece de pie, en silencio y confusa, mirando al suelo, hasta que al final se arroja a los pies de la reina.*) Generosa señora,

tened piedad de mí. Por el amor de Dios, no dejéis que me sacrifiquen.

REINA.— ¿Que os sacrifiquen? Con esto me basta. Levantaos. Ser sacrificado es un destino cruel. Os creo. Alzaos. ¿Hace mucho que habéis rechazado al conde?

ÉBOLI.— (*Levantándose.*) ¡Oh, sí, varios meses! El príncipe Carlos aún estaba en la universidad.

REINA.— (*Se detiene y la observa con mirada escrutadora.*) ¿Y os habéis preguntado por qué motivos?

ÉBOLI.— (*Con cierta vehemencia.*) No podría pasar nunca, mi reina, hay miles de razones por las que es imposible.

REINA.— (*Muy seria.*) Pues con una ya bastaría. No podéis quererlo y con eso ya tengo suficiente. (*A las otras damas.*) Aún no he visto a la infanta hoy. Marquesa, traédmela.

OLIVARES.— (*Mira el reloj.*) Aún no es la hora, su majestad.

REINA.— ¿Aún no es la hora en la que me permiten ser madre? Eso es terrible. Cuando llegue el momento, no olvidéis recordádmelo. (*Entra un paje y habla en voz baja con la camarera mayor, que entonces habla con la reina.*)

OLIVARES.— El marqués de Poza, su majestad.

REINA.— ¿De Poza?

OLIVARES.— Viene de Francia y de los Países Bajos y desea que le permitáis entregaros unas cartas de la reina regente.

REINA.— ¿Esto está permitido?

OLIVARES.— (*Pensativa.*) En mis instrucciones no viene indicado qué hacer en el caso concreto de que un grande de Castilla venga al jardín de la reina de España a entregarle cartas de reinos extranjeros.

REINA.— Entonces me arriesgaré bajo mi propia responsabilidad.

OLIVARES.— Pero ¿me permitirá su majestad que me aleje mientras tanto?

REINA.— Actúe como crea conveniente, duquesa. (*La camarera mayor se retira y la reina le hace una seña al paje, que sale inmediatamente.*)

Escena cuarta

La reina, *la* princesa de Éboli, *la* marquesa de Mondéjar *y el* marqués de Poza.

REINA.— Os doy la bienvenida a suelo español, *chevalier*.

MARQUÉS.— Nunca he estado más orgulloso de considerarlo mi patria.

REINA.— (*A las dos damas.*) El marqués de Poza rompió una lanza con mi padre en las justas de Reims e hizo que mis colores triunfaran tres veces. Es el primero de su nación que me enseñó a sentir el honor que supone ser la reina de los españoles. (*Volviéndose al marqués.*) Cuando nos vimos por última vez en el Louvre seguro que no soñabais que seríais mi invitado en Castilla, *chevalier*.

MARQUÉS.— No, gran reina, ya que entonces no podía ni soñar con que Francia nos cedería lo único que realmente les envidiábamos.

REINA.— ¡Orgulloso español! ¿Lo único? ¿Y le decís eso a una hija de la casa de Valois?

MARQUÉS.— Ahora puedo decirlo, majestad, ya que ahora nos pertenecéis.

REINA.— Vuestro viaje, por lo que he oído, también os ha llevado por Francia. ¿Qué noticias me traéis de mi venerada madre y de mis adorados hermanos?

MARQUÉS.— (*Le da las cartas.*) Encontré a la reina madre enferma, con la única alegría de saber que su real hija es feliz en el trono de España.

REINA.— ¿No habría de serlo atesorando tantos recuerdos dulces y preciosos de sus queridos familiares? Habéis visitado muchas cortes en vuestros viajes, *chevalier*, y habéis visto muchos países y las

costumbres de muchas gentes. Ahora, según he oído, estáis decidido a vivir en vuestra patria. Un gran señor encerrado tras sus tranquilos muros, como el rey Felipe en su trono. ¡Un hombre libre! ¡Un filósofo! Dudo mucho que os guste vivir en Madrid. En Madrid la vida es… muy tranquila.

MARQUÉS.— Y eso ya es más de lo que puede disfrutarse en el resto de Europa.

REINA.— Eso me han dicho. Casi he olvidado lo que sucede en el mundo, apenas me quedan recuerdos. (*A la princesa de Éboli.*) Creo, princesa de Éboli, que estoy viendo allí un jacinto. ¿Podría traérmelo? *(La princesa va a buscarlo. La reina le dice al marqués en voz más baja.) Chevalier*, o mucho me equivoco, o vuestra llegada ha hecho feliz a alguna persona de esta corte.

MARQUÉS.— He encontrado a una persona triste… que podría ser algo más feliz. (*La princesa regresa con la flor.*)

ÉBOLI.— Ya que el *chevalier* ha visto tantos países, seguro que tiene muchas historias curiosas que contar.

MARQUÉS.— Por supuesto. Además, es bien sabido que la obligación de un caballero es buscar aventuras, sobre todo aquellas que sirvan para proteger a las damas.

MONDÉJAR.— ¡Luchando contra gigantes! Pero ya no quedan gigantes.

MARQUÉS.— La violencia es siempre un gigante para los débiles.

REINA.— El *chevalier* tiene razón. Aún quedan gigantes, pero ya no hay caballeros.

MARQUÉS.— No hace mucho, cuando regresaba desde Nápoles, fui testigo de una conmovedora historia que también me ha afectado a mí debido al vínculo sagrado de la amistad. Si no temiera aburrir a su majestad con la narración…

REINA.— ¿Acaso tengo elección? La curiosidad de la princesa no conoce límites. Así que comenzad. A mí también me agradan las historias.

MARQUÉS.— Dos casas nobles en Mirandola, cansadas de los celos y de una larga enemistad heredada siglos atrás de los guibelinos y los güelfos, decidieron sellar una paz eterna por medio del dulce vínculo

del matrimonio. El hijo de la hermana del poderoso Pietro y la celestial Matilde, hija de Colonna, fueron los elegidos para materializar el acuerdo con tan bello lazo. La naturaleza nunca había destinado a estar juntos dos corazones más hermosos, el mundo jamás contempló elección más acertada. Fernando solo había visto un retrato de su adorable prometida, pero la imagen había despertado en él las más ardientes esperanzas y, aunque no se atrevía a creer que fuera cierto, ¡cómo se estremecía Fernando con la idea de confirmar sus ilusiones! En Padua, retenido por sus estudios, Fernando solo anhelaba que llegase el feliz instante en el que poder murmurar las primeras palabras de amor a los pies de Matilde. (*La reina se muestra más interesada. El marqués, tras un breve silencio, prosigue con la narración dedicando mayor atención a la princesa, aunque sin llegar a ignorar a la reina.*) Entonces la muerte de su esposa hace que Pietro quede libre de compromiso. Con ardor juvenil, el anciano escucha los rumores de la fama de Matilde. ¡La visita! ¡La ve!… ¡La ama! Su nueva pasión acalla la suave voz de la naturaleza, el tío pide la mano de la prometida de su sobrino y sella su robo ante el altar.

REINA.— ¿Y cómo reacciona Fernando?

MARQUÉS.— Llevado por las alas del amor y desconociendo el espantoso cambio, se dirige a toda velocidad a Mirandola, ebrio de pasión. Cuando las estrellas comienzan a brillar, su raudo corcel llega a las puertas. El iluminado palacio emite el bullicio báquico de danzas y timbales. Asciende temeroso por los escalones y entra en las animadas salas nupciales sin que nadie lo reconozca. Allí, en medio del banquete y rodeado de invitados, descubre a Pietro… Y a su lado ve a un ángel, un ángel que Fernando conoce, pero que ni siquiera en sueños había imaginado tan bello. Un único vistazo le muestra lo que poseyó, le muestra lo que había perdido para siempre.

ÉBOLI.— ¡Qué desgracia la suya!

REINA.— Aquí acaba la historia, ¿verdad, *chevalier*? Este debe ser el final.

MARQUÉS.— No del todo.

REINA.— ¿No nos dijisteis que Fernando era vuestro amigo?

MARQUÉS.— El más querido de ellos.

ÉBOLI.— Continuad con vuestra historia, *chevalier*.

MARQUÉS.— Lo que sucede ahora es muy triste y recordarlo hace que se reavive el dolor. Permitidme que concluya aquí… (*Silencio generalizado.*)

REINA.— (*Se vuelve a la princesa de Éboli.*) Bien, entonces ahora tendré al fin la oportunidad de abrazar a mi hija. Princesa, traédmela. (*Esta se aleja. El marqués le hace una seña a un paje que aparece al fondo y que se marcha de inmediato. La reina abre las cartas que el marqués le había dado y parece sorprenderse. Durante estos instantes, el marqués conversa en secreto y con mucha insistencia con la marquesa de Mondéjar. La reina ha leído las cartas y se dirige al marqués con mirada inquisitiva.*) Aún no nos habéis dicho nada de Matilde. ¿Es posible que no sepa cuánto sufre Fernando?

MARQUÉS.— Nadie sabe qué yace en el corazón de Matilde. No obstante, los espíritus excelsos saben sufrir en silencio.

REINA.— No dejáis de mirar a vuestro alrededor. ¿A quién buscáis?

MARQUÉS.— Estaba pensando en lo feliz que sería cierta persona que no puedo nombrar si estuviera en mi lugar.

REINA.— Y ¿de quién es la culpa de que no esté aquí?

MARQUÉS.— (*Interviniendo con vehemencia.*) ¿Cómo? ¿Puedo tener el atrevimiento de explicar esto como me gustaría? ¿Le perdonaríais si apareciese ahora?

REINA.— (*Asustada.*) ¿Ahora, marqués? ¿Ahora? ¿Qué queréis decir?

MARQUÉS.— ¿Puede albergar esperanzas? ¿Puede?

REINA.— (*Cada vez más confusa.*) Me estáis asustando, marqués… No se atreverá a…

MARQUÉS.— Ya está aquí.

Escena quinta

La reina, Carlos.
El marqués de Poza *y la* marquesa de Mondéjar *se retiran al fondo*.

CARLOS.— (*Arrojándose a los pies de la reina.*) ¡Al fin ha llegado el momento en el que Carlos puede tocar esta mano tan querida!

REINA.— ¡Qué paso es este! ¡Qué sorpresa tan alocada e imperdonable! ¡Levantaos! Pueden vernos. Mi séquito está cerca.

CARLOS.— No me levantaré. Permaneceré aquí de rodillas por toda la eternidad. Quiero yacer en este lugar como si me hubiesen lanzado un hechizo, quiero echar raíces en esta postura.

REINA.— ¡Insensato! ¿Mi compasión os ha llevado a esta locura? ¿Cómo? ¿Sabéis que estáis dirigiendo vuestras temerarias palabras a la reina, a vuestra madre? ¿Sabéis que yo, que yo seré quien denuncie al rey este asalto?

CARLOS.— ¡Y sé que me costará la vida! ¡De aquí me llevarán al cadalso! Pero la muerte me parece poco precio por un instante en el paraíso.

REINA.— ¿Y la vida de vuestra reina?

CARLOS.— (*Se levanta.*) ¡Oh, Dios!, ¡Dios! Me voy. Os dejaré. ¿Cómo no hacerlo si *así* me lo exigís? ¡Madre! ¡Madre! ¡La forma en la que jugáis conmigo es espantosa! Un gesto, una mirada fugaz, un leve sonido de vuestros labios me ordena existir y desfallecer. ¿Qué más queréis que haga? ¿Hay algo bajo el cielo que yo no me apresure a sacrificar si así lo deseáis?

REINA.— Huid.

CARLOS.— ¡Dios mío!

REINA.— Carlos, esto es lo único que os ruego con lágrimas en los ojos: ¡huid! Antes de que mis damas, antes de que mis guardianes nos encuentren juntos y lleven esta noticia a oídos de vuestro padre.

CARLOS.— Aguardaré mi destino, sea la vida o la muerte. He concentrado todas mis esperanzas en este único momento en el que os veo sin testigos y, ahora que he cumplido mi objetivo, ¿habría de confundirme ese falso temor? No, reina. El mundo podría girar cientos, miles de veces antes de que se repita una situación tan propicia.

REINA.— Esto es algo que no debería repetirse jamás. ¡Desdichado! ¿Qué queréis de mí?

CARLOS.— ¡Oh, reina! He luchado, Dios es testigo de que he luchado como ningún mortal lo ha hecho antes, pero ha sido en vano, mi bien. El valor me ha abandonado. He sido derrotado.

REINA.— No sigáis, por el sosiego de mi espíritu.

CARLOS.— Fuisteis mía. Con el mundo como testigo, me fuisteis prometida por dos grandes tronos. El cielo y la naturaleza lo reconocieron, pero Felipe, Felipe os robó de mi lado…

REINA.— Es vuestro padre.

CARLOS.— Vuestro esposo.

REINA.— Quien hace que el mayor imperio del mundo sea vuestra herencia.

CARLOS.— Y que vos seáis mi madre.

REINA.— ¡Por Dios! ¿Os habéis vuelto loco?

CARLOS.— ¿Es consciente de lo rico que es? ¿Tiene un corazón lo suficientemente sensible como para valorar el vuestro? No quiero quejarme, no, prefiero olvidar lo infinitamente feliz que *yo* hubiera sido a vuestro lado… si con ello él es feliz. ¡Pero no lo es! ¡Esto, esto es lo que más me atormenta! No lo es ni lo será jamás. Me robaron mi mayor tesoro para dejarlo morir en los brazos del rey Felipe.

REINA.— ¡Ese pensamiento es espantoso!

CARLOS.— ¡Ah, yo sé bien cómo se produjo este matrimonio y cómo fueron sus galanteos! ¿Quién sois vos en este imperio? ¡Veámoslo!

¿Acaso sois regente? ¡De ninguna manera! ¿Cómo podrían los Alba oprimir al pueblo allá donde *vos* sois regente? ¿Cómo podría Flandes desangrarse por la fe? ¿Acaso sois la esposa de Felipe? ¡Imposible! No puedo creerlo. Una esposa es dueña del corazón de su marido… ¿A quién le pertenece el del rey? ¿Es que no pide disculpas al cetro y a sus canas por cada muestra de cariño que se le pueda escapar en un momento de ardor febril?

REINA.— ¿Quién os ha dicho que mi suerte sea digna de conmiseración junto a Felipe?

CARLOS.— Mi corazón, que siente en lo más profundo que a mi lado sería digna de envidia.

REINA.— ¡Cuánta vanidad! ¿Y si *mi* corazón me dijera lo contrario? ¿Y si las respetuosas demostraciones de afecto de Felipe y la contenida manera de expresar su amor me resultaran mucho más conmovedoras que la temeraria elocuencia de su arrogante hijo? Si las contenidas atenciones de un anciano…

CARLOS.— Eso es distinto… Entonces… Sí, entonces disculpadme. No sabía que amaseis al rey.

REINA.— Honrarle es un placer y es lo que deseo.

CARLOS.— ¿Nunca habéis amado?

REINA.— ¡Vaya pregunta!

CARLOS.— ¿Nunca habéis amado?

REINA.— Ya no amo.

CARLOS.— ¿Porque vuestro corazón os lo prohíbe o porque os lo prohíben vuestros votos?

REINA.— Dejadme, príncipe, y no volváis a hablarme de estos temas.

CARLOS.— ¿Porque os lo prohíben vuestros votos o vuestro corazón?

REINA.— Porque mi obligación… Desdichado, ¿qué sentido tiene este penoso análisis del destino si tanto vos como yo hemos de acatarlo?

CARLOS.— ¿Hemos? ¿Hemos de acatarlo?

REINA.— ¿Cómo? ¿Qué pretendéis con ese tono tan solemne?

CARLOS.— Afirmar que Carlos no está dispuesto a cumplir obligaciones cuando lo que tiene es deseo; que Carlos no está dispuesto a seguir

siendo el más desgraciado del reino cuando solo necesitaría incumplir las leyes para ser el más dichoso.

REINA.— ¿Me engañan mis oídos? ¿Aún tenéis esperanzas? ¿Os atrevéis a albergar esperanzas cuando todo, todo está ya perdido?

CARLOS.— Lo único que está perdido es aquello que está muerto.

REINA.— ¿Tenéis esperanzas conmigo, con vuestra madre? (*Le dedica una mirada larga e inquisitiva. Después reacciona con seriedad y altivez.*) ¿Por qué no? ¡Oh! El rey recién elegido puede hacer más que eso, puede arrasar con su fuego las leyes de los antepasados, puede descolgar sus cuadros, incluso podría… ¿quién se lo impide? Podría ir al Escorial, profanar el último reposo del cadáver del emperador, arrojar sus cenizas a los cuatro vientos y por último, para que todo tuviera un final igual de digno…

CARLOS.— Por el amor de Dios, deteneos.

REINA.— Por último, podría casarse con su madre.

CARLOS.— ¡Maldito sea ese hijo! (*Se queda de pie durante un instante, en silencio y con la mirada perdida.*) Sí, ya está. Ahora ha terminado… Noto claro y luminoso lo que debería haber permanecido en las tinieblas. Estáis fuera de mi alcance… lejos… lejos… ¡Para siempre!… La suerte está echada. Os he perdido… ¡Ay, esta sensación es un infierno! ¡Y también lo es la otra, la de poseeros!… ¡Ay! No lo comprendo y estoy empezando a volverme loco.

REINA.— Querido y desdichado Carlos. Siento… Siento el indescriptible tormento que se está desencadenando en vuestro pecho. Vuestro dolor, al igual que vuestro amor, es eterno. Pero también es eterna la gloria de vencerlo. Luchad contra él, joven héroe. El premio es digno de tan excelso y poderoso campeón, es digno del joven que alberga en su corazón las virtudes de numerosos ancestros reales. Recobrad el valor, noble príncipe. La lucha del nieto del gran Carlos comienza donde los hijos de otros acaban desfallecidos.

CARLOS.— ¡Es demasiado tarde! ¡Dios mío, es demasiado tarde!

REINA.— ¿Para ser un hombre? ¡Oh, Carlos! ¡Cuán grande es nuestra virtud cuando se nos rompe el corazón al ejercerla! La providencia os

ha situado en un lugar preeminente, príncipe, más que el de millones de vuestros semejantes. Actuando parcialmente le concedió a su preferido lo que tomó de otros y muchos se preguntan: ¿acaso merecía él más desde que estaba en el vientre materno que el resto de nosotros, pobres mortales? ¡Levantaos! ¡Demostrad que el cielo no ha sido injusto! ¡*Ganaos* estar al frente del mundo y sacrificad lo que nadie ha sacrificado antes!

CARLOS.— Eso puedo hacerlo. Para combatir por vos tengo la fuerza de un titán; para perderos, ninguna.

REINA.— Carlos, tenéis que aceptar que la razón de vuestro salvaje deseo por vuestra madre no es otra cosa que despecho, amargura y orgullo. El corazón que malgastáis entregándomelo le pertenece al imperio que gobernaréis algún día. Mirad, con todos los bienes que os han sido confiados, os dedicáis a disfrutar de la vida. El amor es vuestro mayor oficio. Hasta ahora ha tenido en vuestra madre un destino equivocado. Empleadlo, empleadlo en vuestro imperio futuro y sentid el placer de ser Dios en lugar de sentir los puñales de la conciencia. Isabel ha sido vuestro primer amor. Que España sea el segundo. Querido Carlos, gustosamente me apartaré para dejar paso a esta amada que os merece mucho más.

CARLOS.— (*Superado por sus sentimientos, se arroja a sus pies.*) ¡Sois tan grande, tan celestial! ¡Sí, haré todo lo que pidáis! ¡Que así sea! (*Se levanta.*) Aquí me alzo ante Dios todopoderoso y juro… os juro, os juro un eterno… ¡Ay, Dios, no!… Os juro silencio eterno, pero olvido eterno no os lo puedo ofrecer.

REINA.— ¿Cómo podría exigirle a Carlos algo que yo misma no deseo?

MARQUÉS.— (*Se acerca deprisa desde el paseo.*) ¡El rey!

REINA.— ¡Cielos!

MARQUÉS.— ¡Marchaos! ¡Marchaos de aquí, príncipe!

REINA.— Su ira será terrible si os ve…

CARLOS.— ¡Me quedaré!

REINA.— ¿Y quién sufrirá por ello?

CARLOS.— (*Coge al marqués del brazo.*) ¡Fuera, fuera! ¡Vámonos, Rodrigo! (*Se va y regresa de nuevo.*) ¿Qué me llevo de este encuentro?

REINA.— La amistad de vuestra madre.

CARLOS.— ¡Amistad! ¡Madre!

REINA.— Y estas lágrimas procedentes de los Países Bajos. (*Le entrega algunas cartas. Carlos y el marqués salen. La reina, inquieta, busca a sus damas, que no están a la vista. Cuando se encamina al fondo, aparece el rey.*)

Escena sexta

El rey, *la* reina, *el* duque de Alba, *el* conde de Lerma, Domingo, algunas damas y grandes, que permanecen a lo lejos.

REY.— (*Mira extrañado a su alrededor y guarda silencio unos instantes.*) ¡Qué veo! ¡Vos aquí! ¡Sola, mi reina! ¿Y no tenéis ni siquiera una dama que os acompañe? Me sorprende… ¿Dónde están vuestras damas de compañía?

REINA.— Mi querido esposo…

REY.— ¿Por qué estáis sola? (*A su séquito.*) Alguien tendrá que darme estricta cuenta de este imperdonable descuido. ¿Quién debía servir hoy a la reina? ¿A quién le había correspondido esta obligación?

REINA.— No os enfadéis, esposo mío. Es mía, la culpa es mía… La princesa de Éboli se alejó porque yo se lo pedí.

REY.— ¿Se lo pedisteis?

REINA.— Para que avisara a la doncella de cámara, ya que añoraba a la infanta.

REY.— ¿Y por eso has ordenado a tus acompañantes que se fueran? En cualquier caso, eso sirve para disculpar a la primera de vuestras damas. ¿Dónde se encuentra la segunda?

MONDÉJAR.— (*Que ha regresado mientras tanto y se ha mezclado con el resto de las damas, da un paso al frente.*) Su majestad, creo que soy la culpable…

REY.— Por eso os concedo diez años lejos de Madrid para que podáis meditarlo. (*La marquesa se retira con ojos llorosos. Hay un silencio*

generalizado. Todos miran consternados a la reina.)

REINA.— Marquesa, ¿por quién lloráis? (*Al rey.*) Si he cometido alguna falta, noble esposo, la Corona de este imperio, a la que nunca he recurrido, debería cuanto menos evitarme pasar vergüenza. ¿Hay alguna ley en este reino que lleve ante un tribunal a las hijas de los reyes? ¿Es que la represión es la única manera de proteger a las mujeres en España? ¿Acaso un testigo es mejor guardián que su propia virtud? Y ahora disculpadme, esposo mío, pero no estoy acostumbrada a despedir entre lágrimas a aquellos que me sirvieron con dicha. ¡Mondéjar! (*Se quita su cinto y se lo entrega a la marquesa.*) Habéis enfurecido al rey, pero a mí no. Llevaos pues este recuerdo de este momento y de mi favor por vos. Abandonad este imperio. Solo habéis pecado en España; en mi querida Francia se enjugan esas lágrimas con alegrías. ¡Ay, qué triste es tener que recordármelo siempre! (*Se apoya en la camarera mayor y se cubre el rostro.*) En mi querida Francia todo era distinto.

REY.— (*Algo extrañado.*) ¿Cómo os pueden entristecer los reproches de mi amor? ¿Cómo os apena una palabra que llegó a mis labios fruto de la más tierna preocupación? (*Se vuelve a los grandes de España.*) ¡Aquí se encuentran los vasallos de mi trono! ¿Alguna vez el sueño venció mis párpados sin meditar cada noche acerca de qué movía el corazón de mi pueblo, incluso de aquellos que se hallaban más alejados? ¿Y alguien puede creer que muestre mayor preocupación por mi trono que por la consorte de mi corazón? De mi pueblo puede cuidar mi espada… y el duque de Alba; del amor de mi esposa solo pueden cuidar estos ojos.

REINA.— Si os he ofendido, esposo mío…

REY.— Dicen que soy el hombre más rico de toda la cristiandad; el sol no se pone en mi imperio… Sin embargo, esto ya lo tuvo otro antes que yo y será de otro después de mí. Esto me pertenece a mí solo. Lo que tiene el rey le pertenece al destino, pero Isabel es de Felipe. Este es el punto en el que me siento mortal.

REINA.— ¿Tenéis miedo, señor?

REY.— ¿Cómo no temer con estos cabellos grises? Pero si siento algún temor, lo abandono de inmediato. (*A los grandes.*) Puedo ver a los grandes de mi corte, pero falta el primero de ellos. ¿Dónde está don Carlos, mi infante? (*Nadie responde.*) El joven Carlos está empezando a asustarme. Desde que regresó de la universidad de Alcalá evita mi presencia. Su sangre es ardiente, ¿por qué su mirada es tan fría? ¿Por qué es tan solemne su comportamiento? Estad alerta, os lo ordeno.

ALBA.— Lo estaré. Mientras lata un corazón dentro de esta armadura, don Felipe podrá dormir tranquilo. El duque de Alba vigila el trono como el querubín de Dios custodia el paraíso.

LERMA.— ¿Puedo atreverme a contradecir con toda humildad al más sabio de los reyes? Respeto demasiado la majestad de mi rey para juzgar a su hijo con tanta precipitación y severidad. La sangre de Carlos es ardiente y me produce desasosiego, pero no su corazón.

REY.— Conde de Lerma, vuestras palabras son las adecuadas para seducir al padre: no obstante, el duque seguirá siendo el báculo del rey. Que no se hable más. (*Se vuelve a su séquito.*) Mis obligaciones reales me reclaman. La peste de la herejía está contagiando a mis pueblos. En los Países Bajos crecen los desórdenes. Ya es suficiente. Un castigo ejemplar devolverá a los equivocados al buen camino. Mañana cumpliré el gran juramento que realizan todos los reyes de la cristiandad. Este tribunal de la sangre no tendrá parangón; toda mi corte está solemnemente invitada. (*Sale en compañía de la reina. El resto los sigue.*)

Escena séptima

Don Carlos, *con cartas en la mano, y el* marqués de Poza *entran desde lados opuestos*.

CARLOS.— Estoy decidido. Hay que salvar Flandes. Ella así lo quiere… Con eso me basta.

MARQUÉS.— No hay un instante que perder. Dicen que el duque de Alba ya ha sido nombrado gobernador en el gabinete.

CARLOS.— Mañana mismo solicitaré una audiencia con mi padre. Le exigiré que me conceda a mí ese cargo. Es la primera petición que me atrevo a hacerle. No me lo puede negar. Hace ya mucho tiempo que le desagrada verme en Madrid. ¡Es una excusa perfecta para mantenerme alejado! Y… ¿puedo confesártelo, Rodrigo? Mis esperanzas van más allá. Cara a cara quizá consiga recuperar su favor. Aún no ha escuchado la voz de la naturaleza. ¡Rodrigo, deja que intente demostrar lo que esa voz puede lograr en mis labios!

MARQUÉS.— ¡Por fin vuelvo a escuchar al Carlos que conocía! Ahora habéis vuelto a ser vos.

Escena octava

Conde de Lerma, *los anteriores*.

LERMA.— El rey acaba de abandonar Aranjuez. Tengo órdenes…

CARLOS.— Está bien, conde de Lerma. Iré a su encuentro.

MARQUÉS.— (*Hace ademán de alejarse ceremoniosamente.*) ¿Su alteza tiene algún otro encargo?

CARLOS.— Nada, *chevalier*. Os deseo suerte a vuestra llegada a Madrid. Ya me seguiréis hablando de Flandes. (*A Lerma, que sigue a la espera.*) Ahora mismo voy. (*El conde de Lerma sale.*)

Escena novena

Don Carlos. El marqués.

CARLOS.— Te he entendido. Te lo agradezco. No obstante, solo la presencia de un tercero sirve para disculpar estas formalidades. ¿Es que no somos hermanos? ¡Esta farsa del rango ha de quedar desterrada de nuestra unión para siempre! Imagínate que nos hubiésemos encontrado en un baile de disfraces, tú vestido de esclavo y yo, por diversión, de cardenal. Mientras dura la pantomima nos entregamos a la mentira desempeñando nuestro papel con ridícula seriedad para no interrumpir la dulce diversión de las masas, pero Carlos te hace un gesto a través de la máscara y tú le aprietas las manos de pasada y ambos nos comprendemos.

MARQUÉS.— Es un sueño precioso, pero ¿no se desvanecerá nunca? ¿Está Carlos tan seguro de sí mismo que podrá renunciar a los encantos de una monarquía absoluta? Aún ha de llegar un gran día, quiero advertiros que vendrá un día en el que este heroísmo se enfrentará a una dura prueba. El rey Felipe muere. Carlos hereda el mayor imperio de la cristiandad. Un terrible abismo lo separa del resto de los mortales y así se convierte en Dios quien ayer era un ser humano. Ya carece de toda debilidad. Es incapaz de atender a sus obligaciones con la eternidad. La humanidad, una palabra que aún conserva grandeza a sus oídos, se vende y se arrastra alrededor de su ídolo. Su misericordia se extingue con el sufrimiento, su virtud palidece entre placeres. Perú le envía oro para sus locuras, su corte le consigue demonios para sus

vicios. Ebrio, acaba dormido en este cielo creado por la picardía de sus esclavos. Mientras dure el sueño, seguirá siendo un Dios. ¡Ay del loco que lo despierte movido por la compasión! Pero ¿qué pasaría con Rodrigo? La amistad es sincera y osada… Su majestad, enfermo, ya no soporta su terrible brillo. No podríais soportar que os contradijera un plebeyo y yo no podría sufrir el orgullo del rey.

CARLOS.— Tu retrato de los monarcas es tan cierto como espantoso. Sí, te creo. No obstante, los corazones solo se abren al vicio a través de la lujuria. Yo aún soy puro, soy un joven de veintitrés años. He conservado para el gobernante del futuro la mejor parte del espíritu, la fuerza viril que miles desperdiciaron antes que yo en brazos de la disipación. ¿Qué podría apartarte de mi corazón, sino las mujeres?

MARQUÉS.— Yo mismo. ¿Podría amaros de manera tan sincera si tuviera que temeros, Carlos?

CARLOS.— Eso no sucederá nunca. ¿Necesitas algo de mí? ¿Tienes alguna pasión que te lleve a mendigar ante el trono? ¿Te atrae el oro? Como siervo eres más rico de lo que yo llegaré jamás a ser como rey. ¿Ambicionas honor? Ya desde joven lograste más del que cualquiera puede atesorar… y lo despreciaste. ¿Quién de nosotros sería el deudor y quién el acreedor del otro? ¿Callas? ¿La tentación te estremece? ¿Es que eres tú quien no está seguro de sí mismo?

MARQUÉS.— Está bien. Me rindo. Aquí está mi mano.

CARLOS.— ¿Para mí?

MARQUÉS.— Para siempre y en el sentido más estricto de la palabra.

CARLOS.— ¿Cuando llegue el momento se la ofreceréis al rey de manera igual de cariñosa y sincera que se la entregáis al infante hoy?

MARQUÉS.— Os lo juro.

CARLOS.— Y si el gusano de la adulación encuentra desprevenido mi corazón y lo abraza, si mis ojos olvidan derramar lágrimas cuando es necesario, si mis oídos se vuelven sordos a las súplicas, ¿puedes jurarme también que serás el guardián de mis virtudes y no temerás agarrarme con fuerza y hacer que regrese el genio que hay en mí llamándolo por su nombre?

MARQUÉS.— Sí.

CARLOS.— ¡Una petición más! Tutéame. Siempre he envidiado la confianza que genera este privilegio entre los de tu clase. Este fraternal «tú» confunde mi oído y mi corazón con la dulce idea de la igualdad. ¡No quiero objeciones! Ya imagino lo que me dirás. Para ti es una pequeñez, lo sé, pero para mí, para el hijo del rey, significa mucho. ¿Querrás ser mi hermano?

MARQUÉS.— ¡Tu hermano!

CARLOS.— Y ahora iré a ver al rey. Ya nada temo. Contigo a mi lado soy capaz de desafiar a todo el siglo. (*Salen.*)

Segundo acto

En el Palacio Real de Madrid.

Escena primera

El rey Felipe *en el trono, bajo un dosel. El* duque de Alba *se encuentra a cierta distancia del rey, con la cabeza cubierta*. Carlos.

CARLOS.— El reino tiene prioridad. Carlos esperará gustoso a que finalice el ministro. Él habla en nombre de España y yo solo soy el hijo de la casa. (*Se aparta con una reverencia.*)

REY.— El duque se queda y el infante tiene permiso para hablar.

CARLOS.— (*Volviéndose al duque.*) Así que tendré que apelar a *vuestra* generosidad, duque, para que me concedáis hablar con el rey como si se tratara de un regalo. Como bien sabéis, un hijo puede desear mostrarle a su padre secretos de su corazón que no conciernen a terceros. No os quitaré al rey. Tan solo quiero disponer de mi padre unos momentos.

REY.— El duque es un amigo.

CARLOS.— ¿Merezco yo también considerarlo amigo mío?

REY.— ¿Habéis intentado alguna vez que lo sea? No me gustan los hijos que toman mejores decisiones que sus padres.

CARLOS.— Duque, ¿vuestro orgullo de caballero os permite presenciar esta escena? Os puedo asegurar que nunca aceptaría interpretar el papel del intruso que se entromete entre padre e hijo sin que nadie lo llame y sin tan siquiera sonrojarse, condenándose a permanecer de pie porque carece de sensibilidad para darse cuenta de nada. ¡Ni por una diadema!

REY.— (*Deja su asiento dedicándole una mirada furiosa al príncipe.*) ¡Retiraos, duque! (*Alba se dirige a la puerta por la que ha entrado Carlos; el rey le hace un gesto señalando otra puerta.*) No, id al gabinete hasta que os llame.

Escena segunda

El rey Felipe, don Carlos.

CARLOS.— (*En cuanto el duque abandona la estancia se dirige hacia el rey y se arrodilla ante él mostrando los sentimientos más profundos.*) Ahora volvéis a ser mi padre, otra vez mío. Mi más sincero agradecimiento por esta gracia. Vuestra mano, padre. Ah, qué día más dulce. Hace tiempo que se le negaba a vuestro hijo el placer de este beso. ¿Por qué me habéis mantenido alejado de vuestro corazón durante tanto tiempo, padre? ¿Qué es lo que he hecho?

REY.— Infante, estas actuaciones no son propias de vos. Ahorráoslas, no me gustan.

CARLOS.— (*Levantándose.*) ¡Ahí está! Esa es la voz de vuestros cortesanos. ¡Padre mío! ¡No todo es bueno, por el amor de Dios! No todo es bueno, no todo lo que dice un sacerdote, no todo lo que dicen las criaturas que crean los sacerdotes lo es. Yo no soy malo, padre. Mi maldad es que tengo sangre caliente, mi delito es la juventud. Pero no soy malo, de verdad que no lo soy… Aunque a menudo sufro salvajes arrebatos que me acusan, mi corazón es bueno…

REY.— Tu corazón es puro, lo sé, como tus oraciones.

CARLOS.— ¡Ahora o nunca! Estamos solos. La medrosa barrera de la etiqueta ha desaparecido ahora entre padre e hijo. ¡Es ahora o nunca! El rayo de sol de la esperanza brilla en mí y una dulce ilusión revolotea en mi espíritu. Todo el cielo se inclina con todos sus alegres

ángeles, el Dios uno y trino observa conmovido esta escena grande y hermosa. ¡Padre mío, perdóname! (*Se arroja a sus pies.*)

REY.— ¡Déjame y ponte en pie!

CARLOS.— ¡Perdóname!

REY.— (*Intenta soltarse de él.*) Esta farsa me parece demasiado atrevida…

CARLOS.— ¿El amor de tu hijo te parece demasiado atrevido?

REY.— ¿Y dices esto llorando? ¡Qué imagen tan indigna! ¡Fuera de mi vista!

CARLOS.— ¡Ahora o nunca! ¡Perdóname, padre!

REY.— ¡Fuera de mi vista! Si regresaras humillado de mis campos de batalla abriría mis brazos para recibirte. ¡Así te repudio! Solo una culpa nacida de la cobardía puede sufrir la vergüenza de lavarse en las lágrimas. Quien no se sonroja al arrepentirse nunca dejará de tener motivos para el arrepentimiento.

CARLOS.— ¿Quién es este? ¿Qué equívoco ha llevado a este extraño a estar entre los seres humanos? Las lágrimas son las que demuestran que somos seres humanos. Aquel que tenga los ojos secos es que no ha nacido de mujer. Ay, obligad a vuestros ojos nunca enturbiados por el llanto a aprender lo que son las lágrimas cuando aún estáis a tiempo. Si no… si no tendrán que recuperar el tiempo perdido cuando llegue una hora difícil.

REY.— ¿Te crees capaz de lograr que se tambalee la profunda duda de tu padre usando palabras hermosas?

CARLOS.— ¿Duda? Quiero eliminar esa duda… Quiero penetrar en el corazón paterno, quiero ponerme a raspar allí, a raspar con todas mis fuerzas hasta que caiga la corteza pétrea de la duda de este corazón… ¿Quiénes son los que me alejan del favor de mi rey? El monje ¿qué le ofreció al padre a cambio del hijo? ¿Qué compensación podrá darle Alba por una vida vacía, sin descendencia? ¿Queréis amor? Aquí, en mi pecho, brota un manantial de amor más fresco y apasionado que el de esos recipientes turbios y pantanosos que solo se abren con el oro de Felipe.

REY.— ¡Ya basta, descarado! Esos hombres a los que osas ofender son servidores leales de mi elección y tú los respetarás.

CARLOS.— Jamás. Me conozco. Cualquier cosa que pueda hacer Alba también puede conseguirla Carlos, y Carlos es capaz aún de más. A un mercenario ¿qué le importa un reino que nunca será suyo? ¿Qué más le da si los grises cabellos de Felipe se tornan blancos? Carlos os habría amado… Me aterra la idea de estar sin compañía, solo, solo en el trono…

REY.— (*Conmovido por estas palabras se queda pensativo, ensimismado. Tras una pausa.*) Estoy solo.

CARLOS.— (*Acercándose a él con ímpetu y afecto.*) Lo estuvisteis. No me odiéis más, quiero amaros como un niño, apasionadamente, tan solo os pido que no me odiéis más. ¡Qué maravilloso, qué dulce es sentir que un alma bella nos adora, saber que nuestras alegrías dan color a las mejillas de otro, que nuestros temores hacen temblar pechos ajenos, que nuestros sufrimientos anegan otros ojos! ¡Qué bonito, qué sublime es recorrer de nuevo el camino de rosas de la juventud de la mano de un hijo querido, amado! ¡Volver a soñar el sueño de la vida! ¡Qué magnífico, qué dulce es perdurar en la virtud de un hijo, inalterado, inmortal, realizar una buena acción que perviva durante siglos! ¡Qué hermoso es plantar lo que un hijo querido cosechará algún día, recolectar lo que se multiplicará en sus manos, imaginar hasta dónde alcanzarán las llamas de su agradecimiento! Padre mío, vuestros monjes muestran gran astucia al ocultaros este paraíso terrenal.

REY.— (*Con cierta emoción.*) ¡Ay, hijo mío, hijo mío! Tú mismo te condenas. Estás pintándome con hermosos colores una felicidad que nunca me ofreciste.

CARLOS.— ¡Eso lo juzgará el Todopoderoso! Vos, vos mismo me negasteis una parte de vuestro cetro de la misma manera que me negasteis vuestro corazón de padre. Hasta ahora, hasta este día… ¡Ay! ¿Era lo correcto, era lo justo? Hasta ahora yo, el príncipe heredero de España, había de ser un extraño en España, prisionero en este suelo donde seré señor algún día. ¿Estuvo bien? ¿Lo merecía? ¡Cuántas veces, ay, cuántas veces tuve que bajar la mirada, avergonzado, cuando me

enteraba de las últimas noticias de la corte de Aranjuez por los noticieros, por los enviados de potencias extranjeras!

REY.— La sangre de tus venas hierve con demasiada violencia, lo único que harías sería destruir.

CARLOS.— ¡Dadme algo para destruir, padre! La sangre de mis venas hierve con demasiada violencia… ¡Veintitrés años y aún no he hecho nada para la posteridad! He despertado, me conozco. La llamada del trono real me levanta de mi sueño a golpes, como un avalista, y todas las horas perdidas de mi juventud me reclaman acción a gritos, como si fueran deudas de honor. Ya está aquí el momento grande y hermoso en el que al fin se me exigirá que pague los intereses por mi elevada fortuna: me llama la historia del mundo, la reputación de mis antepasados y las estruendosas trompetas de las habladurías. Ha llegado el momento de abrirme las gloriosas puertas de la fama… Mi rey, ¿puedo atreverme a exponer la petición que me ha traído aquí?

REY.— ¿Otra petición más? Adelante.

CARLOS.— Los disturbios de Brabante crecen amenazadores. La obstinación de los rebeldes exige una defensa enérgica e inteligente. Para calmar la ira de los fanáticos el duque ha de llevar un ejército a Flandes investido con plenos poderes por parte del rey. ¡Qué tarea tan honorable, qué adecuada para permitir a vuestro hijo la entrada en el templo de la fama! A mí, mi rey, entregadme a mí ese ejército. Los holandeses me aman; me atrevo a ofrecer mi sangre como garantía por su lealtad.

REY.— Hablas como un soñador. Para este trabajo hace falta un hombre, no un jovenzuelo.

CARLOS.— Solo hace falta un ser humano, padre, y esto es lo único que no ha sido nunca el duque de Alba.

REY.— Y solo el horror controla las sublevaciones; la compasión provoca locura. Tu espíritu es blando, hijo mío, y al duque le temen… Abandona tu petición.

CARLOS.— Enviadme a mí con el ejército a Flandes, apostad por mi espíritu blando. Solo con el nombre del hijo del rey, que llegará allí

volando antes que mis banderas, conseguiré conquistas allí donde los verdugos del duque de Alba únicamente obtienen devastación. Os lo pido de rodillas. Es el primer ruego de mi vida… Padre, confiadme Flandes.

REY.— (*Contemplando a su hijo con mirada escrutadora.*) ¿Y al mismo tiempo entregar mi mejor ejército a tus ansias de poder? ¿Entregarle el cuchillo a mi asesino?

CARLOS.— ¡Dios mío! No he logrado nada. ¿Es este el fruto del gran momento por el que rogué tanto tiempo? (*Tras reflexionar unos momentos, con un tono serio, pero más suave.*) ¡Respondedme con mayor dulzura! No me despidáis de *esta* manera. No me gustaría que me echarais con una respuesta tan cruel, no me gustaría que me echarais con este peso en el corazón. Tratadme con más compasión. Es una necesidad acuciante, es mi último y desesperado intento… No puedo comprenderlo, no puedo soportar como un hombre, impertérrito, que me neguéis todo, absolutamente todo de esa manera. Me marcho de vuestra presencia sin que me hayáis escuchado, con miles de dulces esperanzas defraudadas. Vuestro Alba y vuestro Domingo gobernarán victoriosos mientras vuestro hijo llora en el polvo. El grueso de los cortesanos, la medrosa grandeza, el pálido gremio de monjes; todos fueron testigos de que me concedisteis solemne audiencia. ¡No me humilléis! No me asestéis una herida tan mortal, padre, no me sacrifiquéis a las atrevidas burlas de los lacayos de forma tan insultante: los extraños se regodean por contar con vuestro favor y Carlos nada puede pediros. Como muestra de que deseáis honrarme, enviadme con el ejército a Flandes.

REY.— No vuelvas a repetir esas palabras si no quieres provocar la ira de tu rey.

CARLOS.— Me atrevo a provocarla y os pido por última vez que me confiéis Flandes. He de salir, necesito salir de España. Mi presencia aquí no es más que coger aliento cuando ya se está en manos del verdugo. El cielo de Madrid me pesa como la conciencia de un asesino. Solo un cambio rápido de clima puede sanarme. Si queréis salvarme enviadme sin falta a Flandes.

REY.— (*Con forzada calma.*) Los enfermos como tú, hijo mío, necesitan buenos cuidados y la supervisión continua del médico. Te quedarás en España; el duque irá a Flandes.

CARLOS.— (*Fuera de sí.*) ¡Que los ángeles me protejan!

REY.— (*Dando un paso atrás.*) ¡Detente! ¿Qué significa ese gesto?

CARLOS.— (*Con voz entrecortada.*) Padre, ¿la decisión es inamovible?

REY.— Viene del rey.

CARLOS.— Entonces ya he terminado. (*Sale mostrando gran agitación.*)

Escena tercera

Felipe *permanece un rato de pie, sumido en oscuras reflexiones. Finalmente comienza a pasear arriba y abajo por la sala*. Alba *se acerca a él tímidamente*.

REY.— Estad preparados para recibir en cualquier momento la orden de partir hacia Bruselas.

ALBA.— Todo está dispuesto, mi rey.

REY.— Vuestros plenos poderes están ya sellados en el gabinete. Mientras tanto pedidle licencia a la reina y despedíos del infante.

ALBA.— Acabo de verlo abandonar esta sala con los gritos de un demente. Majestad, vos también parecéis muy intranquilo. ¿Es posible que el contenido de la conversación…?

REY.— (*Tras dar algunos pasos.*) El contenido fue el duque de Alba. (*El rey permanece con los ojos fijos en él, con mirada sombría.*) Me gusta oír que Carlos *detesta* a mis consejeros; pero lamento descubrir que los desprecia.

ALBA.— (*Palidece y muestra intención de decir algo.*)

REY.— No quiero ningún comentario ahora. Os permito reconciliaros con el príncipe.

ALBA.— ¡Señor!

REY.— Decidme, ¿quién fue el primero que me advirtió de las siniestras intenciones de mi hijo? Entonces os escuché a *vos*, sin preguntarle también a *él*. Quiero hacer la prueba, duque. En el futuro Carlos estará

más cerca de mi trono. Marchaos. (*El rey entra en el gabinete. El duque sale por otra puerta.*)

Escena cuarta

Antecámara de los aposentos de la reina.
Don Carlos *conversa con un paje a través de la puerta intermedia. Los cortesanos que se encuentran en la antesala se reparten por las habitaciones circundantes a su llegada*.

CARLOS.— ¿Una carta para mí?… ¿Para qué sirve esta llave? ¿Y los dos envíos llegan con tanto secreto? Acércate. ¿Dónde recibiste esto?

PAJE.— (*Misterioso.*) Como me hizo notar la dama, ella prefiere que adivinéis quién es y no que os la describa.

CARLOS.— (*Retrocediendo.*) ¿La dama? (*Contemplando al paje con atención.*) ¿Qué? ¿Cómo? Pero ¿tú quién eres?

PAJE.— Un paje de su majestad la reina.

CARLOS.— (*Acercándose a él asustado y tapándole la boca con la mano.*) ¡Detente, por tu vida! Ya sé suficiente. (*Rompe el sello a toda prisa y se dirige al extremo más alejado de la sala para leer la carta. Mientras tanto llega el duque de Alba y pasa junto al príncipe en dirección al aposento de la reina sin que este se dé cuenta. Carlos comienza a temblar visiblemente, ruborizándose a veces y otras empalideciendo. Después de acabar de leer permanece largo rato de pie y en silencio, con los ojos fijos en la carta. Finalmente se vuelve al paje.*) ¿La carta te la dio ella misma?

PAJE.— De sus propias manos.

CARLOS.— ¿Ella misma te dio la carta? ¡Oh, no te burles! Nunca he leído nada de su puño y letra, así que he de creerte si así me lo juras. Si se

trata de una mentira, admítelo sinceramente y no te burles de mí.

PAJE.— ¿De quién?

CARLOS.— (*Vuelve a mirar la carta y contempla al paje con gesto dudoso y escrutador. Después de recorrer la sala.*) ¿Aún tienes padres? ¿Sí? ¿Tu padre sirve al rey y es nacido en España?

PAJE.— Cayó en San Quintín. Era un coronel de caballería del duque de Saboya y su nombre era Alonso, conde de Henares.

CARLOS.— (*Tomándole la mano y mirándolo fijamente.*) ¿El rey te dio esta carta?

PAJE.— (*Ofendido.*) Príncipe, ¿merezco esta desconfianza?

CARLOS.— (*Lee la carta.*) «Esta llave abre las habitaciones posteriores del pabellón de la reina. La última de todas se encuentra al lado de un gabinete al que nunca ha ido a parar por error ningún curioso. Aquí el amor puede confesar en voz alta y libremente lo que ha fiado a los gestos durante demasiado tiempo. El temeroso será escuchado y el que espera con paciencia y discreción recibirá una hermosa recompensa.» (*Como si despertara de una ensoñación.*) No estoy soñando… No estoy loco… Este es mi brazo derecho… Esta es mi espada… Estas son palabras escritas. Es cierto, es real. Soy amado… lo soy… ¡Sí, lo soy, soy amado! (*Recorriendo la estancia fuera de sí, alzando los brazos al cielo.*)

PAJE.— Por aquí, príncipe, yo os guiaré.

CARLOS.— Déjame antes que me tranquilice. ¿Acaso no sigo temblando por la sorpresa ante tanta felicidad? ¿Mis esperanzas llegaron a ser tan altivas? ¿Osé alguna vez albergar sueños como estos? ¿Dónde hay una persona que se acostumbre al instante a ser Dios? ¿Quién era antes y quién soy en este momento? Ahora el cielo es distinto y nos alumbra otro sol. ¡Ella me ama!

PAJE.— (*Intentando sacarlo de allí.*) Príncipe, príncipe, este no es el lugar… Olvidáis…

CARLOS.— (*Quedándose petrificado de pronto.*) ¡El rey, mi padre! (*Deja caer los brazos, mira temeroso a su alrededor y comienza a recobrar la compostura.*) Eso es horrible… Sí, tienes razón, amigo. Te lo

agradezco, hace un momento estaba fuera de mí. El tener que ocultar *eso*, verme obligado a ocultar toda la dicha que siente este pecho es horrible. (*Cogiendo al paje de la mano y llevándolo a un lado.*) Respecto a lo que has visto —¿me oyes?— y lo que no has visto, todo ha de permanecer enterrado en tu corazón como si fuera una tumba. Y ahora vete. Quiero recobrar la calma. Vete. No nos pueden ver aquí. Márchate.

PAJE.— (*Hace intención de salir.*)

CARLOS.— ¡Espera! ¡Escucha! (*El paje regresa. Carlos le pone una mano en el hombro y le mira a la cara con expresión seria y solemne.*) Llevas en ti un espantoso secreto que, al igual que los venenos más poderosos, puede hacer estallar su recipiente. Controla bien tus gestos. Que tu cabeza no sepa nunca lo que oculta tu corazón. Sé como un tubo acústico inanimado, que recibe el sonido y lo transmite, pero que nunca oye nada. Eres un niño; continúa siéndolo y sigue comportándote como una persona alegre. ¡Qué bien ha sabido elegir la inteligente escritora al mensajero del amor! El rey no buscará aquí a sus víboras.

PAJE.— Y yo, príncipe, me sentiré orgulloso de saber que conozco un secreto más que el mismísimo rey.

CARLOS.— Joven loco y presuntuoso, precisamente *eso* es lo que debería hacerte temblar. Si llegamos a encontrarnos en público, acércate a mí tímidamente, con sumisión. Nunca permitas que la vanidad te lleve a mostrar en algún gesto lo magnánimo que es el infante contigo. El mayor pecado que podrías cometer, hijo mío, es agradarme a *mí*. Sea lo que sea lo que desees comunicarme en el futuro, jamás lo hagas a través de palabras, nunca lo confíes a los labios; que tu noticia no pise la senda habitual que siguen los pensamientos. Habla con las pestañas, con el índice; yo te escucharé con la mirada. El aire, la luz que nos rodea es una criatura del rey Felipe; las sordas paredes están a sueldo a su servicio… Viene alguien… (*Se abre la habitación de la reina y sale el duque de Alba.*) ¡Fuera! ¡Adiós!

PAJE.— ¡Príncipe, no os equivoquéis de habitación! (*Sale.*)

CARLOS.— Es el duque. ¡Ay, no, ahora no! En fin, saldré adelante.

Escena quinta

Don Carlos. Duque de Alba.

ALBA.— (*Yendo a su encuentro.*) Permitidme unas palabras, alteza.

CARLOS.— Sí… Bien… En otra ocasión. (*Intenta irse.*)

ALBA.— Ciertamente, este lugar no parece ser el más adecuado. ¿Preferiría su alteza concederme audiencia en sus aposentos?

CARLOS.— ¿Para qué? También puede celebrarse aquí. Pero daos prisa. Y sed breve.

ALBA.— En realidad, lo que me trae aquí es presentaros mi más rendido agradecimiento, alteza…

CARLOS.— ¿Agradecimiento? ¿A mí? ¿Por qué? ¿Un agradecimiento del duque de Alba?

ALBA.— Apenas su alteza abandonó los aposentos del monarca me ordenaron que partiera hacia Bruselas.

CARLOS.— ¡A Bruselas! ¡Así que es eso!

ALBA.— ¿Y a quién si no podría deberse, mi príncipe, que a vuestra amable intercesión ante su majestad el rey?

CARLOS.— ¿A mí? A mí desde luego que no… seguro que no. Os marcháis… Id con Dios.

ALBA.— ¿Nada más? Me sorprende… ¿Su alteza no tiene ningún encargo que hacerme para cuando esté en Flandes?

CARLOS.— ¿Qué podría ser? ¿Qué podría necesitar de allí?

ALBA.— Sin embargo, hace poco tiempo parecía que el destino de estos países exigiese la presencia de don Carlos.

CARLOS.— ¿Por qué? Ah, bueno… tenéis razón… Eso era antes… Pero esto también está bien, realmente bien, es mucho mejor así…

ALBA.— Me asombra oírlo…

CARLOS.— (*Sin ironía.*) Sois un gran general. ¿Es que hay alguien que no lo sepa? Hasta los envidiosos han de afirmarlo. Yo… Yo soy un jovenzuelo. El rey también lo piensa. El rey tiene razón, toda la razón. Ahora lo entiendo, me siento bien y con eso podemos concluir esta conversación. Que tengáis suerte en vuestro viaje. Como podéis ver, ahora mismo me es del todo imposible… Tengo mucho que hacer… El resto tendrá que esperar a mañana o cuando vos queráis, o a vuestro regreso de Bruselas.

ALBA.— ¿Cómo?

CARLOS.— (*Tras unos instantes en silencio al ver que el duque aún está ahí.*) Os vais en una buena época. Durante el viaje pasaréis por Milán, Lorena, Borgoña y Alemania… ¿Alemania? ¡Sí, era en Alemania! ¡Allí os conocen bien! Estamos en abril; mayo… junio… en julio, eso es, y os plantaréis en Bruselas a comienzos de agosto como muy tarde. No tengo ninguna duda de que pronto recibiremos noticia de vuestras victorias. Sabréis haceros merecedor de nuestra confianza.

ALBA.— (*Con intención.*) ¿Podré lograrlo pese a carecer de sensibilidad para notar nada?

CARLOS.— (*Tras una pausa, digno y orgulloso.*) Sois susceptible, duque… y tenéis fundadas razones para serlo. He de reconocer que fue poco considerado por mi parte cruzar armas con vos, ya que no tenéis la capacidad de responderme…

ALBA.— ¿Que no tengo la capacidad…?

CARLOS.— (*Sonriéndole y ofreciéndole la mano.*) Una pena que ahora no tenga tiempo para batirme en noble duelo con el duque de Alba. Otra vez será…

ALBA.— Príncipe, ambos erramos nuestros cálculos de forma completamente opuesta. Vos, por ejemplo, os veis con veinte años más.

Yo, con veinte menos.

CARLOS.— ¿Y?

ALBA.— Y al pensarlo imagino cuántas noches habría rezado el rey junto a su bella esposa portuguesa, vuestra madre, para tener la oportunidad de comprar un brazo como *este* para su corona. Seguro que sabéis que resulta muchísimo más sencillo crear monarcas que monarquías y que es mucho más rápido dotar al mundo de un rey que lograr que un rey obtenga un mundo.

CARLOS.— ¡Muy cierto! Sin embargo, duque de Alba, sin embargo…

ALBA.— Y cuánta sangre de *vuestro* pueblo ha tenido que derramarse hasta que dos gotas os puedan convertir a *vos* en rey

CARLOS.— Cierto es, vive Dios, y habéis resumido en dos palabras todo lo que el orgullo surgido de los méritos propios le puede reprochar a la vanidad que solo es producto de la fortuna. No obstante, ¿dónde queréis ir a parar, duque? ¿Para qué sirve esto?

ALBA.— ¡Mal tengan los niñitos mimados que se burlan de sus nodrizas, majestad! ¡Qué dulce es echarse a dormir sobre los blandos almohadones de nuestras victorias! En la corona solo brillan las perlas y no las heridas con las que fueron logradas. Esta espada dictó las leyes españolas a los pueblos extranjeros, refulgió antes de que llegara la palabra del Crucificado y ha trazado el sendero del miedo a la semilla de la fe en esta parte del mundo: Dios reina en el cielo, yo en la tierra.

CARLOS.— ¡Dios o el demonio, lo mismo da! Habéis sido su mano derecha. Lo sé. Y ya basta. Os lo ruego. Desearía evitar ciertos recuerdos. Respeto la decisión de mi padre. Mi padre necesita un Alba; no lo envidio precisamente por necesitarlo. Sois un gran hombre… Sí, puede ser, casi me siento inclinado a pensarlo. Sin embargo, me temo que habéis llegado demasiado pronto, por un par de milenios. Considero que un Alba debería ser el hombre que apareciera al final de los tiempos: entonces, cuando la obstinación del pecador agotara la indulgencia del cielo, la abundante cosecha de delitos estuviera en pleno esplendor y necesitara un segador sin igual, entonces vos habríais encontrado vuestro sitio. ¡Dios mío, mi paraíso! ¡Flandes de

mi corazón! Pero no quiero pensar en eso ahora. Ya basta. Se dice que viajáis con una provisión de sentencias de muerte ya firmadas, ¿no es cierto? Vuestra precaución es digna de admirar. Así ya no hay que temer que alguien ponga alguna pega. ¡Ay, padre, qué mal te entendí! ¿Te acusé de insensible porque me negabas una misión en la que destacan tus Albas? Pues fue tu primera muestra de cariño.

ALBA.— Príncipe, esas palabras merecerían…

CARLOS.— (*Enfureciéndose.*) ¿Qué?

ALBA.— Sin embargo, os libra ser el hijo del rey.

CARLOS.— (*Echando mano a la espada.*) ¡Esto exige lavarse en sangre! ¡Desenvainad vuestra espada, duque!

ALBA.— (*Con frialdad.*) ¿Contra quién?

CARLOS.— (*Abalanzándose sobre él.*) Desenvainad la espada; os atravesaré.

ALBA.— (*Desenvaina.*) Si así ha de ser… (*Luchan.*)

Escena sexta

La reina. Don Carlos. *El* duque de Alba.

REINA.— (*Saliendo asustada de sus aposentos.*) ¡Espadas desnudas! (*Al príncipe, enojada y con tono autoritario.*) ¡Carlos!

CARLOS.— (*Fuera de sí al ver a la reina, deja caer los brazos y se queda de pie sin moverse y ausente; después se abalanza sobre el duque y lo besa.*) ¡Reconciliémonos, duque! ¡Olvidémoslo todo! (*Se arroja a los pies de la reina sin decir palabra, después se levanta rápidamente y sale a toda prisa, fuera de sí.*)

ALBA.— (*Que ha permanecido allí asombrado y sin quitarles la vista de encima.*) ¡Dios santo, esto sí que es extraño!

REINA.— (*Permanece de pie durante unos instantes, mostrándose intranquila y dubitativa; después se dirige lentamente hacia sus aposentos, volviéndose cuando llega a la puerta.*) ¡Duque de Alba! (*El duque la sigue al interior de la habitación.*)

Escena séptima

Un gabinete de la princesa de Éboli.
La princesa de Éboli, *vestida con un gusto exquisito de manera sencilla pero hermosa, toca el laúd y canta. Después entra el* paje de la reina.

ÉBOLI.— (*Se levanta de golpe.*) ¡Ya viene!

PAJE.— (*Con premura.*) ¿Estáis sola? Me asombra que aún no esté aquí; de todas maneras tiene que aparecer en cualquier momento.

ÉBOLI.— ¿Tiene que aparecer? Bueno, entonces es que también *quiere*… Ya está decidido.

PAJE.— Viene pisándome los talones. Princesa, os ama… os ama como nadie más os puede amar y como nadie ha sido amado nunca. ¡Qué escena he presenciado!

ÉBOLI.— (*Lo atrae hacia sí llena de impaciencia.*) ¡Rápido! ¿Hablaste con él? ¡Cuéntamelo todo! ¿Qué te dijo? ¿Cómo actuó? ¿Cuáles fueron sus palabras? ¿Parecía confuso, parecía perplejo? ¿Adivinó quién era la persona que le enviaba la llave? ¡Deprisa! ¿O no lo adivinó? ¿No supo quién era? ¿O pensó que era otra persona?… ¿Y bien? ¿No respondes? ¡Ay, avergüénzate! Nunca eres tan seco, nunca te habías mostrado tan insoportablemente lento.

PAJE.— ¿Me permitís hablar, princesa? Le entregué la llave y la nota en la antesala de la reina. Él se mostró desconcertado y me miró fijamente, ya que se me escapó decirle que me enviaba una dama.

ÉBOLI.— ¿Desconcertado? ¡Muy bien! ¡Estupendo! Adelante, continúa.

PAJE.— Quería seguir hablando, pero entonces palideció, me arrancó la carta de las manos y me miró amenazante, diciéndome que ya lo sabía todo. Leyó la carta atónito y de pronto comenzó a temblar.

ÉBOLI.— ¿Ya lo sabía todo? ¿Él ya lo sabía? ¿Dijo eso?

PAJE.— Y me preguntó tres veces, cuatro veces, si realmente habíais sido vos misma la que me había entregado la carta.

ÉBOLI.— ¿Si te la había entregado yo misma? ¿Y también mencionó mi nombre?

PAJE.— Vuestro nombre… No, no lo mencionó… Dijo que podía haber espías cerca y que, de escucharnos, podrían contárselo al rey.

ÉBOLI.— (*Desconcertada.*) ¿Eso dijo?

PAJE.— Dijo que para el rey sería importantísimo, vital, que le dieran noticia de esta carta.

ÉBOLI.— ¿El rey? ¿Oíste bien? ¿El rey? ¿Esas fueron las palabras que empleó?

PAJE.— ¡Sí! Dijo que era un secreto peligroso y me advirtió que tuviese mucho cuidado con mis palabras y mis gestos para no despertar las sospechas del rey.

ÉBOLI.— (*Tras meditar unos momentos, asombrada.*) Todo cuadra… No hay otra posibilidad… Tiene que conocer la historia… ¡Increíble! ¿Quién puede habérsela contado? ¿Quién? Me pregunto… ¿Quién sino la mirada de halcón del amor puede ver con tanta claridad, qué otra mirada puede ser tan penetrante? Pero sigue, continúa: leyó la nota…

PAJE.— Dijo que la nota contenía una felicidad tal que le hacía temblar; que nunca se hubiera atrevido a soñar algo así. Por desgracia, el duque entró en la sala, obligándonos…

ÉBOLI.— (*Enfadada.*) ¿Pero qué se le ha perdido allí al duque? Entonces ¿dónde está? ¿Dónde se ha quedado? ¿Qué le entretiene? ¿Por qué no aparece? ¿Ves lo mal que te han informado? ¡Qué feliz sería él ya en todo el tiempo que has gastado en contarme que quería ser feliz!

PAJE.— Me temo que el duque…

ÉBOLI.— ¿Otra vez el duque? ¿Qué pinta él *aquí*? ¿Qué tiene que ver este hombre tan virtuoso con mi secreta felicidad? El príncipe podría

haberlo dejado plantado o enviarlo a algún sitio… ¿No se puede hacer eso con cualquier persona del mundo? ¡En serio! Por lo que parece, el príncipe sabe tan poco del amor como del corazón de las damas. No sabe lo que son los minutos… ¡Silencio, silencio! Oigo pasos. ¡Fuera! Es el príncipe. (*El paje sale.*) ¡Largo, largo! ¿Dónde tengo mi laúd? Debo hacerme la sorprendida… Mi canto le servirá de señal…

Escena octava

La princesa *y poco después* don Carlos.

ÉBOLI.— (*Se ha recostado en una otomana y toca el laúd.*)

CARLOS.— (*Se abalanza al interior. Reconoce a la princesa y se queda de pie como si le hubiera alcanzado un rayo.*) ¡Dios! ¿Dónde estoy?

ÉBOLI.— (*Deja caer el laúd y se acerca a él.*) Ah, ¿príncipe Carlos? ¡Sí, sois vos!

CARLOS.— ¿Dónde estoy? ¡Qué horrible equivocación! No he entrado en el gabinete de la derecha.

ÉBOLI.— Qué hábil es Carlos para recordar las habitaciones en las que las damas están solas, sin testigos.

CARLOS.— Princesa… Perdonad, princesa… yo… encontré la antecámara abierta.

ÉBOLI.— ¿Es posible? Me parece haberla cerrado con llave yo misma.

CARLOS.— Solo os lo ha parecido, os lo parece, pero seguro que os equivocáis. Seguro que teníais intención de cerrarla con llave, sí, lo acepto, os creo… ¿Pero cerrarla? ¡No la habéis cerrado con llave, eso es seguro! Escuché que alguien… alguien tocaba el laúd… ¿Acaso no era un laúd? (*Mirando desconcertado a su alrededor.*) ¡Eso es! Ahí está todavía. Y el laúd… Bien sabe Dios que soy un apasionado de la música de laúd. Lo escucho, pierdo la razón, irrumpo en el gabinete para ver los hermosos ojos de la dulce intérprete que tanto me conmovió, que me embrujó con tan poderoso hechizo.

ÉBOLI.— Una encantadora curiosidad que pronto habéis satisfecho, como puedo ver. (*Tras un silencio, con intención.*) Ah, no puedo por menos que apreciar al discreto hombre que sabe cómo evitar que una dama pase vergüenza enredándose con ese tipo de mentiras.

CARLOS.— (*Con ingenuidad.*) Princesa, yo mismo me doy cuenta de que solo estoy empeorando lo que quería arreglar. Libradme de un papel que soy del todo incapaz de representar. Pretendíais aislaros del mundo en esta habitación. Aquí queríais experimentar los callados deseos de vuestro corazón sin que nadie os escuchara. Yo, desgraciado de mí, aparezco y el sueño se destruye… Por eso debo irme ahora mismo. (*Intenta irse.*)

ÉBOLI.— (*Sorprendida y afectada, aunque recuperándose de inmediato.*) Príncipe… Oh, eso ha sido cruel.

CARLOS.— Señora… entiendo el significado de *esa* mirada en este gabinete y alabo vuestra turbación. ¡Mal haya el hombre que se envalentona ante el sonrojo de una mujer! Yo pierdo las energías cuando las damas tiemblan ante mí.

ÉBOLI.— ¿Es posible? ¡Una conciencia inaudita en un hombre joven que además es hijo de un rey! Sí, príncipe, ahora sí que debéis quedaros conmigo, ahora soy yo quien os lo pido: ante tanta virtud desaparece el miedo que pudiera tener cualquier doncella. No obstante, ¿sabéis que vuestra repentina aparición me interrumpió durante mi aria predilecta? (*Lo lleva al sofá y recoge su laúd.*) Ahora tendré que volver a tocar el aria, príncipe Carlos; vuestro castigo será tener que escucharme.

CARLOS.— (*Se sienta junto a la princesa con cierta incomodidad.*) Un castigo tan agradable como mi falta… Y realmente el contenido me pareció tan grato, tan divino y hermoso que podría escucharlo… por tercera vez.

ÉBOLI.— ¿Cómo? ¿Ya habéis escuchado el aria entera? Eso es horrible, príncipe… Creo que trataba de amor, ¿no es cierto?

CARLOS.— Y si no me equivoco, de un amor afortunado. El más bello de los temas en unos preciosos labios; sin embargo, la historia me parece hermosa, pero poco creíble.

ÉBOLI.— ¿No? ¿No es creíble? ¿Así que dudáis?

CARLOS.— (*Con seriedad.*) Dudo que Carlos y la princesa de Éboli lleguen a entenderse alguna vez en cuestiones de amor. (*La princesa se queda desconcertada; él lo nota y continúa con cierta galantería.*) Porque, ¿quién creería a estas mejillas rosadas que la pasión arde en este pecho? ¿Corre algún peligro la princesa de Éboli por suspirar en vano y sin que nadie la escuche? El amor solo lo conoce aquel que ama sin esperanza.

ÉBOLI.— (*Recuperando toda su alegría anterior.*) ¡Oh, callaos! Eso que decís suena horrible. Y pese a todo parece que ese destino es el que os persigue sobre todo a vos y especialmente hoy. (*Cogiéndole la mano con interés y coquetería.*) No estáis alegre, buen príncipe. Estáis sufriendo. Por Dios, sufrís muchísimo. ¿Es posible? Y ¿por qué sufrís, príncipe? ¿Con el mundo gritando a voces que disfrutéis sus placeres, con todos los regalos de la pródiga naturaleza y con vuestro derecho a gozar de las alegrías de la vida? ¿Vos, que sois el hijo de un gran rey y sois más que eso, mucho más, que ya desde vuestra principesca cuna contabais con virtudes que incluso oscurecían el brillo resplandeciente de vuestra condición real? ¿Vos que contáis con jueces sobornados para que dictaminen a vuestro favor en el riguroso consejo femenino que es el único que decide sin derecho a réplica cuál es el valor y la fama de los hombres? ¿Vos, que con solo tomar consciencia de algo ya lo habéis conquistado, que provocáis incendios permaneciendo frío, que cuando queréis arder podéis acceder a paraísos y otorgáis dichas dignas de los dioses? El hombre a quien la naturaleza ha adornado con unos dones que pocos poseen y que pueden hacer felices a millares, ¿ese hombre se siente infeliz? ¿Por qué el cielo que os dio todo, absolutamente todo, os privó solo de unos ojos para poder ver vuestras victorias?

CARLOS.— (*Que durante todo este tiempo ha estado sumido en la más profunda distracción, al notar el silencio de la princesa vuelve en sí de repente, sobresaltado.*) ¡Magnífico! Una habilidad sin parangón, princesa. Por favor, volved a cantar ese último fragmento.

ÉBOLI.— (*Lo contempla asombrada.*) Carlos, ¿dónde habéis estado todo este tiempo?

CARLOS.— (*Se levanta de golpe.*) ¡Cielos, sí! Me lo habéis recordado en el momento oportuno. Tengo… Tengo que irme. He de marcharme ahora mismo.

ÉBOLI.— (*Reteniéndolo.*) ¿A dónde?

CARLOS.— (*Con horrible angustia.*) Abajo, al aire libre… Dejadme marchar… Princesa, me siento como si el mundo ardiera tras de mí…

ÉBOLI.— (*Lo retiene por la fuerza.*) ¿Qué es lo que os pasa? ¿Por qué os comportáis de una manera tan rara y tan poco natural? (*Carlos permanece de pie, reflexionando. Ella aprovecha este momento para llevárselo a su lado junto al sofá.*) Necesitáis tranquilidad, querido Carlos… Vuestra sangre está ahora alterada… Sentaos a mi lado… ¡Olvidad esas oscuras fantasías febriles! Si os lo planteáis francamente, ¿sabe vuestra cabeza lo que altera a vuestro corazón? Y en el caso de saberlo ¿es que no hay ni un solo caballero en esta corte, ni una sola dama que sepa cómo curaros… que sepa entenderos, quiero decir? ¿No hay nadie con la suficiente valía?

CARLOS.— (*Distraído, sin pensar.*) Quizá la princesa de Éboli…

ÉBOLI.— (*Alegre, responde rápidamente.*) ¿De verdad?

CARLOS.— Escribidme una petición, una nota de recomendación para mi padre. ¡Dádmela! Se dice que vuestra opinión tiene mucho peso.

ÉBOLI.— ¿Quién dice eso? (¡Ajá, así que este era el recelo que te ha hecho callar!)

CARLOS.— Posiblemente la noticia ya circule por ahí. He tenido la ocurrencia de ir a Brabante para… simplemente para ganarme mis galones. Mi padre no quiere… A mi buen padre le preocupa que comandar ejércitos pueda afectar mi voz y mi canto.

ÉBOLI.— Carlos, hacéis trampas. Reconoced que con este giro lo que queréis es escaparos de mí. ¡Miradme, hipócrita! ¡Miradme a los ojos! Aquel que solo sueña con hazañas caballerescas, reconocedlo, no caerá tan bajo como para robar las cintas que se les han caído a las damas y… disculpadme… (*Mientras le abre la gorguera con un sutil*

movimiento de sus dedos y le saca una cinta que llevaba allí oculta.) conservarlas así, con tanto cariño.

CARLOS.— (*Retrocediendo extrañado.*) Princesa… No, esto va demasiado lejos… Me han delatado. No hay forma de engañarla. ¿Es que habéis hecho un pacto con algún demonio o con algún espíritu?

ÉBOLI.— ¿Os sorprende esto? ¿Precisamente esto? ¿Qué apostáis, príncipe, a que soy capaz de que vuestro corazón recuerde historias? Historias… Intentadlo; preguntadme lo que queráis: si he pasado por alto algún cambio en vuestro humor, algún suspiro perdido en el aire, alguna sonrisa sustituida por una repentina seriedad… Si ni siquiera se me han escapado los gestos y el aspecto que tenéis mientras vuestra alma estaba ausente… Juzgad vos si he entendido lo que queríais que entendiera.

CARLOS.— Bueno, esto es realmente osado… Acepto la apuesta, princesa. Me estáis prometiendo descubrimientos sobre mi propio corazón de los que nada sabía.

ÉBOLI.— (*Algo ofendida y seria.*) ¿Nada, príncipe? Será mejor que lo penséis mejor. Mirad a vuestro alrededor… Este gabinete no es ninguna de las habitaciones de la reina donde vuestra máscara resulta digna de encomio… ¿Sorprendido? De repente os ha subido el rubor… De verdad: ¿quién si no sería tan astuta, tan comedida y tan eficaz en el arte de observar a Carlos cuando Carlos cree que nadie lo observa? ¿Quién vio en el último baile de la corte cómo Carlos abandonó a su dama, la reina, y se abrió paso con ímpetu hasta la siguiente pareja para darle su mano a la princesa de Éboli en lugar de a su bailarina real? Una equivocación, príncipe, que notó incluso el monarca, que acababa de entrar.

CARLOS.— (*Con una sonrisa irónica.*) ¿También lo notó *él*? La verdad, mi princesa, no lo hice precisamente para *él*.

ÉBOLI.— Como tampoco aquella escena en la capilla del castillo que ni siquiera el príncipe Carlos quiere recordar. Estabais rezando postrado a los pies de la santa Virgen cuando de pronto, sin que tuvierais nada que ver, se oyó el crepitar de los vestidos de ciertas damas detrás de vos. Entonces el heroico hijo del rey Felipe comenzó a temblar como un

hereje ante el Santo Oficio; en sus pálidos labios muere la oración envenenada… en el frenesí de la pasión tomasteis la mano fría y santa de la madre de Dios en una conmovedora farsa, príncipe, y ardientes besos bañaron el mármol.

CARLOS.— No sois justa conmigo, princesa. Eso fue devoción.

ÉBOLI.— De acuerdo, eso es otra cosa, príncipe… Entonces seguro que fue el miedo a perder lo que os llevó aquel día en el estabais jugando conmigo y con la reina a robarme con admirable destreza este guante… (*Carlos se levanta de golpe, desconcertado.*) Aunque fuiste lo suficientemente bondadoso como para jugarlo poco después en lugar de una carta.

CARLOS.— ¡Dios mío, Dios, Dios! ¿Qué he hecho?

ÉBOLI.— Nada de lo que tengáis que avergonzaros, espero. Cuánta sorpresa y cuánta alegría sentí cuando, inesperadamente, sentí en los dedos una notita que habíais escondido en este guante. Príncipe, se trataba del romance más conmovedor que…

CARLOS.— (*Interrumpiéndola rápidamente.*) ¡Poesía! Nada más… Mi cerebro a menudo crea preciosas pompas de jabón que estallan con la misma velocidad con la que han surgido. Eso fue todo. No hablemos de ello.

ÉBOLI.— (*Alejándose de él con asombro y contemplándolo desde la distancia durante un rato.*) Estoy agotada… Todas mis pruebas resbalan en la piel de serpiente de este extraño ser. (*Guarda silencio unos instantes.*) ¿Pero cómo? ¿Es posible que os sirváis de la timidez como máscara, llevado por un monstruoso orgullo masculino, para que el disfrute acabe siendo más dulce? ¿Es así? (*Vuelve a acercarse al príncipe y lo contempla desconcertada.*) Explicádmelo de una vez, príncipe… Me encuentro ante un armario cerrado por un encantamiento ante el que nada puede hacer ninguna de mis llaves.

CARLOS.— Yo también me siento así ante vos.

ÉBOLI.— (*Se aleja de él rápidamente, pasea en silencio por el gabinete mientras parece reflexionar sobre algo importante. Por fin, tras una larga pausa, afirma con seriedad y solemnidad.*) Bien, que así sea…

Debo atreverme a hablar. Os elijo a vos como juez. Sois una persona noble, un hombre, un príncipe y un caballero. Me arrojo a vuestro pecho. Vos me rescataréis, príncipe, y, si estoy perdida y sin salvación, llorareis por mí compadeciéndoos por mi destino. (*El príncipe se acerca sorprendido, expectante e interesado.*) Un impertinente favorito del monarca pretende mi mano: Ruy Gómez, conde de Silva. El rey así lo quiere, ya se ha llegado a un acuerdo: me han vendido a esa criatura.

CARLOS.— (*Muy afectado.*) ¿Vendida? ¿Otra venta? ¿Otro éxito del famoso comerciante del sur?

ÉBOLI.— No, escuchad antes toda la historia. No bastaba con sacrificarme en aras de la política, sino que también están poniendo cerco a mi virtud… ¡Mirad esto! Esta hoja puede servir para desenmascarar a ese santo. (*Carlos coge el papel mientras atiende impaciente a su narración sin preocuparse de leerlo.*) ¿Cómo podré salvarme, príncipe? Hasta ahora mi orgullo ha protegido mi virtud; pero al final…

CARLOS.— ¿Al final habéis sucumbido? ¿Habéis caído? ¡No, no! ¡Por el amor de Dios, no!

ÉBOLI.— (*Con nobleza y orgullo.*) ¿Quién me iba a hacer caer? ¡Qué miserable razonamiento! ¡Qué debilidad en un espíritu tan fuerte! ¡Considerar que el favor de una dama y la felicidad del amor es una mercancía con la que se puede comerciar! Se trata de lo único en el mundo que solo puede ser comprado por sí mismo, pues el precio del amor es el amor. Se trata de un diamante de un valor incalculable, que yo *regalaré* o que me veré obligada a *enterrar* sin que nadie lo haya disfrutado, como un gran comerciante al que nada importa el oro de Rialto ni ofender a los reyes y que decide devolver su perla al ancho mar porque es demasiado orgulloso como para desprenderse de ella por un precio *inferior* a su valor.

CARLOS.— (¡Cielos, qué mujer más hermosa!)

ÉBOLI.— Algunos lo llaman locura, arrogancia; lo mismo da. Yo no divido mis alegrías. Al hombre, al único que elija para mí, le entregaré todo a cambio de todo. Solo haré un regalo, pero será para siempre. Mi amor solo hará feliz a uno, a uno, pero ese único hombre será dichoso como

un dios. La deliciosa armonía de las almas… Un beso… La voluptuosa alegría de un encuentro amoroso… La magia celestial y excelsa de la belleza es resultado de los colores hermanados en un solo rayo, son las hojas de una única flor. ¿Sería yo tan loca como para regalar un pétalo arrancado de la hermosa corola de esa flor? ¿Habría de mutilar yo misma la más alta majestad femenina, la gran obra maestra de la divinidad, para endulzarle la noche a un vividor?

CARLOS.— (¡Increíble! ¿Cómo es posible? Madrid tenía una joven como esta y yo… ¿Yo me entero hoy?)

ÉBOLI.— Hace tiempo que habría abandonado este mundo, que me habría sepultado tras los sagrados muros; pero aún queda un último vínculo, un vínculo que me ata a este mundo… ¡Ay, quizá solo un fantasma! ¡Pero tan querido para mí! Amo… y no soy amada.

CARLOS.— (*Acercándose a ella con ardor.*) ¡Lo sois! Tan cierto como que hay un Dios en el cielo. Os lo juro, sois amada de un modo indescriptible.

ÉBOLI.— ¿Vos? ¿Vos lo juráis? ¡Ay, esa era la voz de mi ángel! Sí, si vos me lo juráis, Carlos, entonces lo creo, entonces soy amada.

CARLOS.— (*Abrazándola con toda dulzura.*) ¡Doncella dulce y encantadora! ¡Criatura digna de ser adorada! Ahora soy todo oídos… todo ojos… todo embeleso… todo admiración. ¿Quién pudiera haberte visto, quién en todo el mundo pudiera haberte visto y preciarse de no haber amado nunca? Pero ¿aquí, en la corte del rey Felipe? ¿Cómo aquí? ¿Qué quieres tú de este lugar, hermoso ángel? ¿Entre la clerigalla y los que la alimentan? ¡Este no es lugar para flores así! ¿Ellos quieren cortarla? ¿Quieren…? Ah, no lo dudo… ¡Pero no lo harán! ¡Mientras yo viva, nunca! ¡Te acogeré en mi pecho, te llevaré en brazos a través de este infierno lleno de demonios! ¡Sí, déjame ser tu ángel!

ÉBOLI.— (*Con mirada henchida de amor.*) ¡Oh, Carlos! ¡Qué poco os conocía! ¡Qué grande, qué infinita es la recompensa que otorga vuestro corazón a quienes se esfuerzan por comprenderlo! (*Le toma la mano e intenta besarla.*)

CARLOS.— (*Retirándola.*) Princesa, ¿qué queréis decir?

ÉBOLI.— (*Con gracia y elegancia, mientras fija los ojos en la mano del príncipe.*) ¡Qué hermosa es esa mano! ¡Qué opulenta es! Príncipe, esta mano aún puede entregar dos valiosos regalos: una diadema y el corazón de Carlos. ¿Es posible que ambos estén destinados a *una* mortal? ¿A *una* sola? ¡Un regalo grandioso, divino! ¡Casi demasiado grande para *una* mortal! ¿Qué pensáis, príncipe? ¿Y si lo dividierais? Las reinas son malas en el amor y una mujer que sabe amar se maneja mal con coronas. Así que lo mejor es que lo dividáis, príncipe, y que lo hagáis ahora, ahora mismo… Un momento… ¿Es que ya habéis…? ¿De verdad ya habéis…? ¡Ah, entonces muchísimo mejor! ¿Y conozco yo a la afortunada?

CARLOS.— Lo harás. Muchacha, a ti te abriré mi corazón, a tu inocencia, a tu naturaleza sincera y sin mancha abriré mi alma. En esta corte eres la más digna de este secreto, la única, la primera que comprende mi espíritu por completo. ¡Así pues, sí! No lo niego. ¡Estoy enamorado!

ÉBOLI.— ¡Qué malvado! ¿Tan difícil era reconocerlo? ¡Ha hecho falta parecer digna de compasión para que me encontrases digna de tu amor!

CARLOS.— (*Desconcertado.*) ¿Qué? ¿A qué os referís?

ÉBOLI.— ¡Venirme con esos juegos! De verdad, príncipe, no ha estado bien. ¡Incluso negando tener la llave!

CARLOS.— ¡La llave! ¡La llave! (*Tras meditar en silencio.*) Así que… Así que era eso. Ahora me doy cuenta… ¡Oh, dios mío! (*Le tiemblan las rodillas, se sostiene en una silla y se cubre el rostro.*)

ÉBOLI.— (*Sigue un largo silencio por ambas partes. La princesa grita y cae.*) ¡Qué horror! ¡Qué es lo que he hecho!

CARLOS.— (*Enderezándose, dando muestras del más profundo dolor.*) ¡Estaba en el cielo y desde allí he caído! ¡Ay, es espantoso!

ÉBOLI.— (*Ocultando el rostro con un cojín.*) ¿Qué es lo que acabo de descubrir? ¡Dios mío!

CARLOS.— (*Arrodillándose ante ella.*) No es culpa mía, princesa… La pasión… Un desafortunado malentendido… ¡Os juro por Dios que no es culpa mía!

ÉBOLI.— (*Apartándolo de un empujón.*) Fuera de mi vista, por el amor de Dios…

CARLOS.— ¡Jamás! ¿Cómo podría dejaros con un ánimo tan alterado?

ÉBOLI.— (*Apartándolo con violencia.*) ¡Por generosidad, por compasión, fuera de mi vista! ¿Es que queréis acabar conmigo? ¡No soporto veros! (*Carlos hace amago de irse.*) Devolvedme mi carta y mi llave. ¿Dónde tenéis la otra carta?

CARLOS.— ¿La otra? ¿Qué otra?

ÉBOLI.— La del rey.

CARLOS.— (*Espantado.*) ¿De *quién*?

ÉBOLI.— La que os entregué hace un momento.

CARLOS.— ¿Del rey? ¿Y a quién iba dirigida? ¿A vos?

ÉBOLI.— ¡Cielos! ¡Cómo he podido acabar en tan horrible enredo! ¡La carta! ¡Dádmela! He de recuperarla.

CARLOS.— ¿Una carta del rey y además destinada a vos?

ÉBOLI.— ¡La carta! ¡Por todos los santos!

CARLOS.— ¿La que debía servir para desenmascarar a alguien a mis ojos? ¿Esta?

ÉBOLI.— ¡Estoy muerta! ¡Dádmela!

CARLOS.— La carta…

ÉBOLI.— (*Retorciéndose las manos, desesperada.*) ¿Cómo he podido ser tan inconsciente para llegar tan lejos?

CARLOS.— La carta… ¿era del rey? Sí, princesa, esto lo cambia todo. Esta (*sosteniendo en alto la carta con expresión triunfante*) es una carta de un peso, una importancia y un valor incalculables y todas las coronas del rey resultan insignificantes, irrisorias en comparación. La carta la conservaré yo. (*Sale.*)

ÉBOLI.— (*Se arroja al suelo intentando impedirle el paso.*) ¡Por Dios! ¡Estoy perdida!

Escena novena

ÉBOLI.— (*Sola. Aún está paralizada, perpleja; después de que el príncipe haya salido, ella corre tras él y lo llama para que regrese.*) Príncipe, permitidme unas palabras más. Príncipe, escuchad… ¡Se ha ido! ¡Además eso! Me desprecia… Estoy sumida en una espantosa soledad… rechazada… repudiada… (*Se hunde en el sillón. Tras una pausa.*) ¡No! Solo me han desplazado, me ha desplazado una rival. Está enamorado. Ya no hay duda. Él mismo lo ha reconocido. Sin embargo ¿quién es la afortunada?… Lo único que está claro… es que ama a quien no debe. Teme que lo descubran. Oculta su pasión del rey… ¿Por qué de él, si el rey desea que se enamore?… ¿O lo que teme de su padre no es su condición de padre? Cuando le confesé las pretensiones del rey… su gesto mostró júbilo, se regocijó como si fuera feliz… ¿Cómo es posible que su estricta moral se tambalee aquí? ¿Aquí? ¿Precisamente aquí?… ¿Qué podría ganar él si el rey y la reina…? (*Se detiene de repente, sorprendida por una idea. Al mismo tiempo saca del pecho la cinta que le dio Carlos, le echa un rápido vistazo y la reconoce.*) ¡Ay, necia de mí! Ahora, ahora lo entiendo al fin. ¿En qué estaba pensando? Ahora abro los ojos… Estuvieron enamorados durante mucho tiempo, antes de que el monarca la eligiera. El príncipe nunca me vio a mí sin *ella*… ¿Así que era ella, cuando yo me sentía adorada de manera tan cálida y sincera, ella era la amada? ¡Qué terrible confusión! Y yo le he confesado mis debilidades… (*Callada.*) ¡Decía que era un amor sin esperanza! No me lo puedo creer… Un amor sin esperanza no resiste esta lucha. Aspirar a ser feliz donde languidece el monarca más poderoso de la tierra sin

lograr que le escuchen. En serio, el amor sin esperanza no provoca esos sacrificios. ¡Qué apasionado fue su beso! ¡Con cuánta delicadeza me abrazó permitiéndome oír los latidos de su corazón! La prueba era casi demasiado osada para la fidelidad romántica no correspondida. Él coge la llave convenciéndose a sí mismo de que es la reina quien se la envía… Cree que dará un paso tan gigantesco por amor… ¡Viene! ¡Viene de verdad!… Así que cree que la esposa de Felipe sería capaz de tomar una decisión tan alocada… ¿Cómo podría si no hubiese tenido antes grandes pruebas que lo animaran a ello? Hoy es el día. Hoy lo escucharán. ¡Ella está enamorada! ¡Por todos los cielos, esa santa siente algo! ¡Qué sutil es!… Yo misma temblaba ante el imponente fantasma de su virtud. Un ser sublime que se eleva junto a mí, haciendo que me desvanezca ante su brillo. Envidiaba la majestuosa calma de esa mujer, libre de cualquier inquietud de la naturaleza humana. ¿Y resulta que esta calma solo era apariencia? ¿Pretendía disfrutar de los placeres de ambas mesas? ¿Llevaba el aura divina de la virtud y al mismo tiempo tenía la desfachatez de gozar del secreto encanto del pecado? ¿Tenía derecho a hacerlo? ¿Esta bellaca se va a salir con la suya sin que nadie se entere? ¿Se va a salir con la suya porque nadie reclame venganza? ¡Vive Dios que no! Yo la veneraba… ¡Esto clama venganza! Que el rey sepa del engaño… ¿El rey? (*Tras reflexionar unos instantes.*) Sí, cierto… esta es la manera de que llegue a sus oídos. (*Sale.*)

Escena décima

Una habitación del Palacio Real.
Duque de Alba. Padre Domingo.

DOMINGO.— ¿Qué es lo que me queríais decir?

ALBA.— Un descubrimiento que he hecho hoy y que querría aclarar.

DOMINGO.— ¿Qué descubrimiento? ¿De qué estáis hablando?

ALBA.— El príncipe Carlos y yo tuvimos un encuentro este mediodía en la antecámara de la reina. Me insultó. Nos encendimos. La discusión se tornó algo ruidosa. Desenvainamos las espadas. El escándalo hace que la reina salga de sus aposentos, se interpone entre nosotros y le dedica al príncipe una mirada de autoritaria confianza… Solo fue una mirada… Su brazo se paraliza… Se me echa al cuello… Siento un cálido beso… Y desaparece.

DOMINGO.— (*Tras callar unos momentos.*) Eso es muy sospechoso… Duque, me estáis recordando algo… Admito que en mi pecho anidan pensamientos parecidos desde hace ya tiempo. Traté de escapar a esas ensoñaciones… Aún no se lo he confiado a nadie. Hay hojas de dos filos, amigos que tal vez no lo sean… Estos últimos me producen temor. Son difíciles de diferenciar y aún más difícil es conocer el fondo de las personas. Las palabras que se escapan son como confidentes ofendidos… Por eso enterré mi secreto hasta que el tiempo lo sacara a la luz. Realizar ciertos servicios a los reyes resulta complejo, duque. Un disparo atrevido que, si falla su objetivo, puede acabar rebotando y dándole al cazador… Estaba dispuesto a jurar lo

que digo sobre la Sagrada Forma… No obstante, algún testigo, alguna palabra fugaz, alguna nota en un papel pesa más en la balanza que la más clara de mis sensaciones… ¡Qué desgracia que estemos en suelo español!

ALBA.— ¿Por qué lo es estar precisamente aquí?

DOMINGO.— En cualquier otra corte uno se podría entregar a la pasión. Aquí hay terribles leyes que previenen estas caídas. Las reinas españolas tienen dificultades para pecar, soy consciente de ello, pero, por desgracia, estas dificultades solo se dan precisamente en aquellos pecados que nos resultarían más sencillos de descubrir.

ALBA.— Eso no es todo. Carlos ha tenido hoy una audiencia con el rey. La entrevista duró una hora. Pedía la administración de los Países Bajos. Lo exigía con vehemencia, a gritos; yo podía escucharlo desde el gabinete. Sus ojos estaban rojos por las lágrimas cuando me crucé con él en la puerta. Al mediodía apareció con gesto de triunfo. Estaba encantado de que el rey me hubiera preferido y le estaba agradecido. Dijo que la situación había cambiado y había mejorado. Nunca ha sido capaz de fingir. ¿Cómo cuadrar entonces estas contradicciones? ¡El príncipe se muestra dichoso por haber sido relegado y a mí el rey me concede su favor con muestras evidentes de cólera! ¿Qué he de creer? La verdad es que este nuevo puesto parece más un destierro que un privilegio.

DOMINGO.— ¿Así que hemos llegado a eso? ¿A eso? ¿Y un solo instante ha destruido aquello que llevamos construyendo años? ¿Y vos estáis tan tranquilo? ¿Tan relajado? ¿Conocéis realmente a este muchacho? ¿Os imagináis lo que nos espera cuando llegue a ser poderoso? El príncipe… Yo no soy su enemigo. Hay otras preocupaciones que me inquietan, preocupaciones por el trono, por Dios y por su Iglesia… El infante alberga un espantoso proyecto. Lo conozco, puedo ver a través de su alma. Toledo… Esconde el atroz proyecto de convertirse en regente y prescindir de nuestra sagrada fe. Su corazón arde en favor de una nueva virtud orgullosa y segura que cree que con ella sola basta y que no quiere tener que suplicarle nada a ninguna religión. ¡Él piensa!

Su mente se consume con esa extraña quimera. Él venera al ser humano. Duque, ¿creéis que da la talla para ser nuestro rey?

ALBA.— ¡Fantasmas! ¿Qué otra cosa puede ser? Tal vez su orgullo juvenil también quiera desempeñar un papel. ¿Acaso tiene otra opción? Todo esto pasará cuando sea su turno de gobernar.

DOMINGO.— Lo dudo… Se siente orgulloso de su libertad, no está acostumbrado a las obligaciones que uno ha de aceptar. ¿Está preparado para nuestro trono? Su espíritu es grande y atrevido y destrozará las líneas que hemos trazado con nuestra política. En vano traté de domeñar este ánimo testarudo en estos tiempos de placeres; supero la prueba… El espíritu que habita su cuerpo es pavoroso… Y Felipe ya tiene sesenta años.

ALBA.— Vuestras miras apuntan muy alto.

DOMINGO.— Él y la reina piensan igual. En el corazón de ambos ya se desliza, oculto quizá, el venenoso deseo del cambio; pero dentro de poco ganará espacio y se hará con el trono. Conozco a esa Valois. Temeremos la venganza de esta callada enemiga cuando la debilidad del rey Felipe se lo permita. Aún tenemos la suerte a nuestro favor. Adelantémonos. Con *un* solo golpe haremos que ambos caigan. Ahora solo necesitamos darle alguna pista al rey en esta dirección. No importa si está demostrado o no… Sin duda, habremos ganado mucho. Nosotros dos no albergamos duda alguna. Convencer no es difícil para aquel que ya está convencido. Además, también es posible que descubramos más cosas ahora que sabemos que hemos de descubrir algo.

ALBA.— No obstante, la cuestión más importante es quién se ocupará de desvelárselo al rey.

DOMINGO.— Ni vos ni yo. Escuchad, pues, el gran plan que llevo tiempo maquinando con callada determinación para obtener nuestro objetivo. Para completar nuestra alianza aún falta una tercera persona, la más importante. El rey ama a la princesa de Éboli. Yo alimento esa pasión que servirá a mis deseos. Soy su mensajero. Le explicaré nuestros planes. Si mi obra tiene éxito, en esta joven dama encontraremos una aliada, encontraremos una reina. Ella misma me acaba de pedir que

venga a esta habitación. Tengo grandes esperanzas. Una doncella española será capaz de cortar el tallo de esa flor de lis de Valois y quizá solo necesite de una noche.

ALBA.— ¿Qué es lo que oigo? ¿Es cierto lo que me decís? ¡Por todos los santos, esa sí que es una sorpresa! ¡Sí, es el golpe definitivo! Dominicano, os admiro. Es como si ya hubiéramos ganado.

DOMINGO.— ¡Silencio! ¿Quién viene? Es ella… en persona.

ALBA.— Estaré en la habitación contigua por si…

DOMINGO.— Está bien. Os llamaré. (*El duque de Alba sale.*)

Escena decimoprimera

La princesa. Domingo.

DOMINGO.— A vuestro servicio, noble princesa.

ÉBOLI.— (*Viendo con curiosidad cómo sale el duque.*) ¿Es que no estabais solo? Por lo que veo aún tenéis un testigo con vos, ¿no es cierto?

DOMINGO.— ¿Cómo?

ÉBOLI.— ¿Quién era quien acaba de abandonaros ahora mismo?

DOMINGO.— El duque de Alba, señora, que me ha pedido permiso para veros después de mí.

ÉBOLI.— ¿El duque de Alba? ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué podría querer? ¿Me lo podéis decir?

DOMINGO.— ¿Yo? ¿Antes de saber qué importante casualidad me ha granjeado la fortuna de volver a entrevistarme con la princesa de Éboli después de solicitarlo durante tanto tiempo? (*Pausa durante la cual espera su respuesta.*) ¿Es que al fin se han dado las circunstancias adecuadas para cumplir los deseos del rey? ¿Es que tengo motivos para esperar que una reflexión más calmada os haya llevado a aceptar aquella propuesta que rechazasteis solo por egoísmo y capricho? Vengo lleno de expectativas…

ÉBOLI.— ¿Comunicasteis al rey mi última respuesta?

DOMINGO.— Sigo retrasando el momento de asestarle una herida tan profunda. Aún estamos a tiempo, princesa. Su salud está en vuestras manos.

ÉBOLI.— Anunciadle al rey que lo espero.

DOMINGO.— ¿Es eso cierto, hermosa princesa?

ÉBOLI.— ¿Creéis que bromeo? ¡Por Dios! Me asustáis… ¿Qué os sucede? ¿Qué he hecho que incluso vos palidecéis…?

DOMINGO.— Princesa, es esta sorpresa… Apenas lo entiendo…

ÉBOLI.— Sí, venerable padre, así es como debe ser. Por nada del mundo querría que lo entendierais. Os basta con que sea así. Ahorraos el esfuerzo de elucubrar cuál ha sido el argumento al que debéis agradecer este giro en los acontecimientos. Para vuestro consuelo he de indicaros que *vos* no tenéis nada que ver con este pecado. En realidad la Iglesia tampoco, a pesar de que vos me probasteis que había casos en los que la Iglesia podría utilizar incluso los *cuerpos* de sus hijas jóvenes para alcanzar fines más elevados. La Iglesia tampoco fue la culpable. Esos piadosos motivos, venerable señor, son demasiado elevados para mí…

DOMINGO.— Gustosamente los retiro, princesa, si es que no eran necesarios.

ÉBOLI.— Pedidle al monarca de mi parte que no malinterprete mi manera de actuar. Sigo siendo lo que era. Es solo que las cosas han cambiado últimamente. Cuando rechacé indignada su petición creía que era feliz porque poseía la más hermosa de las reinas y creía que su fiel esposa merecía mi sacrificio. Eso era lo que creía entonces… Entonces. Ahora, la verdad es que ahora pienso de otra manera.

DOMINGO.— Princesa, continuad, continuad. Veo que nos entendemos.

ÉBOLI.— Basta, ha caído. Ya no tendré piedad con ella. La astuta ladrona ha sido atrapada. Ha engañado al rey, a toda España y me ha engañado a mí. Está enamorada. Sé que está enamorada. Aportaré pruebas que la hagan temblar. Ha engañado al rey, pero por Dios que no se irá de rositas. Le arrancaré su máscara de abnegación sublime, sobrenatural, para que todo el mundo pueda reconocer el rostro de la pecadora. El precio que tendré que pagar es gigantesco, pero lo que más me agrada, donde radica mi triunfo es que *ella* tendrá que pagar uno aún mayor.

DOMINGO.— Ha llegado el momento. Permitidme que llame al duque. (*Sale.*)

ÉBOLI.— (*Asombrada.*) ¿Qué significa eso?

Escena decimosegunda

La princesa. *El* duque de Alba. Domingo.

DOMINGO.— (*Entrando con el duque.*) Nuestra información llega demasiado tarde, duque. La princesa de Éboli acaba de desvelarnos un secreto que había de descubrir por nosotros.

ALBA.— Mi visita entonces os resultará menos chocante. No puedo creer lo que ven mis ojos. Este tipo de descubrimientos precisan una mirada femenina.

ÉBOLI.— ¿Estáis hablando de descubrimientos?

DOMINGO.— Querríamos saber, princesa, cuál sería el mejor lugar y el momento más apropiado…

ÉBOLI.— ¡También eso! Os esperaré mañana al mediodía. Tengo motivos para no ocultar durante más tiempo este vergonzoso secreto, para no negárselo al rey por más tiempo.

ALBA.— Eso es lo que me ha traído a mí aquí. El monarca debe saberlo de inmediato. Y debe saberlo a través de vos, de *vos*, princesa. ¿Quién podría tener mayor credibilidad ante él que la atenta y estricta acompañante de su esposa?

DOMINGO.— ¿Quién mejor que vos, que en cuanto queráis podréis dominarlo por completo?

ALBA.— Yo soy un enemigo declarado del príncipe.

DOMINGO.— Lo mismo se supone de mí. La princesa de Éboli está libre de prejuicios. Allí donde nosotros hemos de callar, la princesa está obligada por su posición. El rey no se nos escapará si vuestros gestos

obtienen resultados. Después seremos nosotros los que terminemos el trabajo.

ALBA.— En cualquier caso debe suceder pronto, ya mismo. Cada minuto es precioso. Puedo recibir la orden de partir en cualquier momento.

DOMINGO.— (*Tras meditar unos instantes, volviéndose a la princesa.*) ¿Sería posible encontrar alguna carta? Cartas del infante, naturalmente; si las interceptamos deberían causar un efecto favorable a nuestros fines… Veamos… ¿Es verdad…? Sí, ¿verdad que dormís, por lo que creo, en los mismos aposentos de la reina?

ÉBOLI.— Por ahora dormiré en este. Pero ¿qué tiene que ver conmigo?

DOMINGO.— Alguien que sepa de cerraduras… ¿Os habéis fijado en dónde suele guardar la llave de su cofre?

ÉBOLI.— (*Reflexionando.*) Eso podría funcionar… Sí… Creo que podría encontrar la llave.

DOMINGO.— Las cartas precisan mensajeros… La corte de la reina es amplia… ¡Quién pudiera tener alguna pista! El oro tiene mucho poder…

ALBA.— ¿Nadie se ha fijado en si el infante tiene alguien de confianza?

DOMINGO.— Ni *uno* solo, no tiene *ninguno* en todo Madrid.

ALBA.— Eso es extraño.

DOMINGO.— Podéis creerme; desprecia a toda la corte. Tengo mis pruebas.

ALBA.— ¿Pero cómo? Me estoy acordando ahora mismo de que, cuando salí del aposento de la reina, el infante estaba junto a uno de sus pajes y estaban cuchicheando en secreto…

ÉBOLI.— (*Interrumpiéndole de pronto.*) ¡No! ¡Eso no! Eso… eso era por algo distinto.

DOMINGO.— ¿Cómo podemos saberlo nosotros? No, las circunstancias resultan sospechosas. (*Al duque.*) ¿Conocíais al paje?

ÉBOLI.— ¡Cosas de niños! ¿Qué otra cosa pudo ser? Basta, yo sé de qué se trataba. Volveremos a vernos antes de que hable con el rey. Hasta entonces habrá ocasión de descubrir mucho.

DOMINGO.— (*Llevándosela a un lado.*) ¿Y el monarca puede albergar esperanzas? ¿Puedo anunciárselo? ¿De veras? ¿Y cuándo llegará el

precioso momento en el que se cumplirán por fin sus deseos? ¿También podré facilitarle esta información?

ÉBOLI.— Dentro de unos días me pondré enferma. Me separarán de la reina… Es la costumbre en nuestra corte, como sabréis. Permaneceré entonces en mis aposentos.

DOMINGO.— ¡Cuánta fortuna! El gran juego está ganado. Que el cielo se apiade de todas las reinas.

ÉBOLI.— ¡Escuchad! Preguntan por mí… La reina me llama. (*Sale deprisa.*)

Escena decimotercera

El duque de Alba. Domingo.

DOMINGO.— (*Tras una pausa en la que sigue a la princesa con la mirada.*) Duque, esta rosa… y sus espinas…

ALBA.— Y tu Dios… ¡Así bien puede llegar el rayo que ha de acabar con nosotros! (*Salen.*)

Escena decimocuarta

En un monasterio cartujo.
Don Carlos. *El* prior.

CARLOS.— (*Al prior mientras entra.*) ¿Así que ya ha estado aquí? Lo lamento.

PRIOR.— Desde esta mañana ya ha venido tres veces. Se marchó hace una hora…

CARLOS.— Pero tiene intención de regresar, ¿verdad? ¿No me dejará atrás?

PRIOR.— Prometió volver antes del mediodía.

CARLOS.— (*Junto a una ventana, mirando los alrededores.*) Vuestro monasterio está alejado de los caminos. Allí se ven aún algunas torres de Madrid… Sí, así es, y por aquí discurre el Manzanares. El paisaje aquí es justo lo que deseo… Aquí todo es silencio, como en un secreto.

PRIOR.— Como la entrada al más allá.

CARLOS.— He confiado a vuestra buena fe, venerable padre, lo más valioso que tengo, lo más sagrado. Ningún mortal debe saber o tan siquiera suponer con quién he hablado yo aquí y que lo he hecho en secreto. Tengo motivos importantísimos para ocultar a la persona que estoy esperando de todo el mundo. Por eso elegí este monasterio. Aquí estoy a salvo de traidores y de emboscadas, ¿verdad? ¿Recordáis aún lo que me habéis jurado?

PRIOR.— Confiad en nosotros, alteza. La suspicacia de los reyes no les lleva a registrar tumbas. El oído de la curiosidad solo escucha a través

de las puertas de la felicidad y la pasión. El mundo se acaba tras estas murallas.

CARLOS.— ¿Pensáis que tras estas precauciones, tras estos temores se esconde una conciencia culpable?

PRIOR.— Yo no pienso nada.

CARLOS.— Os equivocáis, venerable padre, realmente os equivocáis. Lo que hace temblar a mi conciencia son las personas, no Dios.

PRIOR.— Hijo mío, eso nos preocupa muy poco. Este sagrado refugio está abierto tanto al delito como a la inocencia. Si tus intenciones son buenas o malas, justas o pecaminosas, eso es algo que debes tratar con tu propio corazón.

CARLOS.— (*Con afecto.*) Lo que ocultamos no puede avergonzar a nuestro Dios. Es una hermosa obra suya… Incluso podría desvelároslo a vos.

PRIOR.— ¿Con qué fin? Prefiero que me dispenséis de ello. El mundo y sus maquinaciones hace tiempo que están sellados a la espera del largo viaje. ¿Por qué habría de romper ese sello otra vez ahora que tan poco queda para mi despedida? Para ser dichoso uno necesita muy poco. Ya están tañendo las campanas. Debo ir a rezar. (*El prior sale.*)

Escena decimoquinta

Don Carlos. *Entra el* marqués de Poza.

CARLOS.— Ah, por fin, por fin…

MARQUÉS.— ¡Qué gran prueba para la impaciencia de un amigo! El sol salió dos veces y se puso otras dos desde que se decidió el destino de mi Carlos y ahora, ahora lo oiré por vez primera. Hablad, ¿os habéis reconciliado?

CARLOS.— ¿Quiénes?

MARQUÉS.— Tú y el rey Felipe. ¿Y se ha decidido también qué sucede con Flandes?

CARLOS.— ¿Que el duque partirá hacia allá mañana? Sí, eso está decidido.

MARQUÉS.— No puede ser. Eso no. ¿Es que todo Madrid está equivocado? Se dice que tuviste una audiencia privada. El rey…

CARLOS.— Permaneció impasible. Nos hemos distanciado para siempre, más aún de lo que ya estábamos.

MARQUÉS.— ¿*No* vas a Flandes?

CARLOS.— ¡No! ¡No! ¡No!

MARQUÉS.— ¡Adiós a mis esperanzas!

CARLOS.— Eso es secundario. ¡Ay, Rodrigo, cuántas cosas he vivido desde que nos separamos! ¡Pero ahora lo más importante son tus consejos! He de hablar con ella…

MARQUÉS.— ¿Con tu madre? ¡No! ¿Con qué fin?

CARLOS.— Albergo esperanzas. ¿Palideces? Tranquilízate. Tengo que ser feliz y lo seré… Pero ya hablaremos de eso en otra ocasión. Ahora aconséjame cómo puedo hablar con ella…

MARQUÉS.— ¿Qué significa eso? ¿De dónde salen estas nuevas ensoñaciones febriles?

CARLOS.— ¡No son ensoñaciones! ¡Por Dios que no! ¡Realidad, realidad! (*Sacando la carta del rey a la princesa de Éboli.*) ¡Todo está aquí, en este importante papel! La reina es libre a los ojos de los hombres y a los ojos del cielo. Léelo y pon fin a tu asombro.

MARQUÉS.— (*Abriendo la carta.*) ¿Qué? ¿Qué es lo que veo? ¿Del puño y letra del monarca? (*Después de haberla leído.*) ¿A quién está dirigida esta carta?

CARLOS.— A la princesa de Éboli. Anteayer un paje de la reina me entregó una nota y una llave de manos desconocidas. Me citaron en el ala izquierda del palacio, donde vive la reina, en un gabinete en el que me esperaba una dama a la que yo amaba desde hacía tiempo. Sigo de inmediato sus indicaciones…

MARQUÉS.— Loco, ¿las seguiste?

CARLOS.— No conocía la letra… pero solo conozco a *una* dama de esas características. ¿Quién sino *ella* podría imaginar que Carlos la pretende? Llevado por dulces alas vuelo hasta el lugar designado. Un canto celestial me llega desde el interior de la estancia, me sirve de guía… Abro la habitación… ¿Y a quién encuentro? ¡Imagínate mi desilusión!

MARQUÉS.— ¡Ay, creo que ya sé qué pasó!

CARLOS.— Habría estado perdido y sin salvación posible de no haber caído en las manos de un ángel, Rodrigo. ¡Qué casualidad tan desgraciada! Traicionada por el descuidado lenguaje de mis ojos se entrega a la dulce confusión de creer que ella es la deidad a quien dedico esas miradas. Conmovida por el callado sufrimiento de mi alma, persuade imprudente y generosamente a su tierno corazón para corresponderme con su amor. Cree que el respeto me obliga a callar; ella tiene la audacia de romperlo. Me abre su preciosa alma.

MARQUÉS.— ¿Cuentas todo esto tan tranquilo? La princesa de Éboli ha visto lo que hay en tu corazón. Ya no hay duda, se ha adentrado en el secreto más íntimo de tu amor. Tú la has ofendido gravemente y ella domina al rey.

CARLOS.— (*Confiado.*) Es toda virtud.

MARQUÉS.— Lo es por el egoísmo del amor. Me temo que conozco bien este tipo de virtud. ¡Qué poco se acerca a aquel ideal que, plantado en el fértil suelo del alma con gracia y orgullo, surge voluntariamente y es capaz de producir fabulosas flores sin ayuda de jardinero alguno! Se trata de un injerto de una planta extraña criada con calor artificial en una región árida; educación, principios, llámalo como quieras, inocencia adquirida lograda después de luchar duramente contra el calor de la sangre por medio de la astucia, pero atribuida con todo cuidado y a conciencia al cielo, que será quien le exija cuentas o la premie. Piénsalo. ¿Podrá perdonar alguna vez a la reina que un hombre ignore su virtud, obtenida con tanto esfuerzo, para consumirse sin esperanza por la esposa del rey Felipe?

CARLOS.— ¿Tan bien conoces a la princesa?

MARQUÉS.— En absoluto. Apenas la he visto dos veces. Sin embargo, déjame decirte algo más: tuve la impresión de que evitaba con mucha habilidad las flaquezas del vicio, que conocía muy bien su virtud. Después vi también a la reina. ¡Ay, Carlos, qué distinto era todo lo que vi entonces! Una dignidad discreta e innata, con despreocupada ligereza, sin seguir los cálculos aprendidos de la educación, igual de alejada del temor que del atrevimiento, caminando con el firme paso de los héroes por la estrecha senda central de lo correcto, sin saber de la admiración que despierta porque nunca se le ha pasado por la cabeza ser merecedora de aplauso. Carlos, teniendo este espejo, ¿reconocéis en él también a tu Éboli? La princesa fue fiel porque amaba; el amor estaba literalmente ligado a su virtud. Tú no la has correspondido… Caerá.

CARLOS.— (*Con cierta vehemencia.*) ¡No! ¡No! (*Después de caminar arriba y abajo con energía.*) Te digo que no. ¡Si Rodrigo supiera lo

bien que le describe el robarle a su Carlos la más divina de las dichas, la fe en la perfección humana!

MARQUÉS.— ¿Acaso merezco yo eso? No, queridísimo amigo, esto no es lo que yo quería, por Dios que no. Ah, esa Éboli… Si fuera un ángel tan honorable como tú, yo me arrodillaría ante su gloria… Ay, si tan solo no hubiera descubierto tu secreto…

CARLOS.— ¡Mira qué vano es tu temor! ¿Es que tiene alguna prueba que signifique avergonzarse a sí misma? ¿Crees que pagará con su propio honor el triste placer de la venganza?

MARQUÉS.— Algunos se han expuesto a la humillación para devolver un sonrojo.

CARLOS.— (*Levantándose con ímpetu.*) No, eso es demasiado duro, demasiado cruel. Ella es noble y orgullosa; la conozco y no tengo miedo alguno. Intentas hacerme abandonar mis esperanzas en vano. Hablaré con mi madre.

MARQUÉS.— ¡Ahora! ¿Para qué?

CARLOS.— Ahora ya no tengo que contenerme. Debo saber mi destino. Preocúpate solo en cómo conseguir que hable con ella.

MARQUÉS.— ¿Y quieres enseñarle esa carta? ¿De verdad es lo que quieres?

CARLOS.— No me preguntes eso. ¡Ahora lo importante es cómo lograr que hable con ella!

MARQUÉS.— (*Con intención.*) ¿No me dijiste que *amabas* a tu madre? ¿Y quieres enseñarle esta carta? (*Carlos baja la mirada y calla.*) Carlos, puedo leer en tus gestos algo que para mí es totalmente nuevo, algo extraño hasta este momento. ¿Apartas la mirada ante mí? ¿*Por qué* no me miras? ¿Así que es cierto? ¿He interpretado bien la carta? Déjame ver… (*Carlos le entrega la carta. El marqués la rompe.*)

CARLOS.— ¿Qué has hecho, loco? (*Conteniendo sus emociones.*) De veras… Confieso que esta carta era muy importante para mí.

MARQUÉS.— Esa es la impresión que me dio. Por eso la he roto. (*El marqués tranquiliza al príncipe con mirada escrutadora, mientras que el joven lo contempla lleno de dudas. Se produce un largo silencio.*)

Habla… ¿Qué tiene que ver la profanación del lecho real con tu amor? ¿Es que el rey te suponía algún peligro? ¿Qué relación tiene que el marido incumpla sus obligaciones de esposo con tus atrevidas esperanzas? ¿Que él ha pecado allí donde tú amas? Ahora es cuando te entiendo de verdad. ¡Ay, qué mal había interpretado tu amor!

CARLOS.— ¿Cómo, Rodrigo? ¿Qué crees?

MARQUÉS.— Ay, creo que he de cambiar mi forma de pensar. Sí, antes era completamente distinto. ¡Eras tan rico, tan afectuoso, tan rico! El mundo entero hubiese cabido en tu amplio pecho. Todo eso ha desaparecido, devorado por *una* pasión, por un pequeño egoísmo. Tu corazón ha fallecido. Ya no te quedan lágrimas por el terrible destino de las provincias, ya no te queda ni siquiera una lágrima más. ¡Ay, Carlos, qué pobre eres, qué miserable desde que ya no amas a nadie que no seas tú mismo!

CARLOS.— (*Se deja caer en un sillón. Tras una pausa, apenas capaz de contener las lágrimas.*) Sé que ya no me aprecias.

MARQUÉS.— No es así, Carlos. Conozco esos arrebatos. No eran más que confusión en unos sentimientos loables. La reina era tuya, te fue robada por el monarca… pero hasta ahora desconfiabas modestamente de tus derechos. Quizá Felipe la mereciera. Solo te atrevías a decir tu opinión sin levantar la voz. La carta resultó decisiva. Eras tú quien la merecía. Con enorme alegría contemplabas el destino que espera a la tiranía, al robo. Te preciabas de ser el ofendido, ya que sufrir la injusticia es algo que halaga a los grandes espíritus. Sin embargo, aquí la fantasía tomó un rumbo equivocado, tu orgullo sintió satisfacción, tu corazón te ofrecía esperanza. Fíjate, sabía que en esta ocasión tú mismo no te comprendías.

CARLOS.— (*Conmovido.*) No, Rodrigo, te equivocas por completo. Nunca tuve unos pensamientos tan nobles como los que me atribuyes, ni mucho menos.

MARQUÉS.— ¿Tan poco me conoces? Mira Carlos, cuando te extravías intento encontrar entre tus cientos de virtudes aquella a la que he de culpabilizar de tu error. En cualquier caso, ahora que nos entendemos

mejor, cumpliré tu petición. Hablarás ahora con la reina, tienes que hacerlo.

CARLOS.— (*Abrazándolo.*) ¡Ay, soy tan poco comparado contigo!

MARQUÉS.— Tienes mi palabra. Déjame a mí el resto. Una idea osada, intrépida y feliz se abre paso en mi fantasía. Debes oírla pronunciada por unos labios hermosos. Me adelantaré a hablar con la reina. Quizá mañana se presente una salida. Hasta entonces, Carlos, no olvides que un proyecto concebido por una razón superior para aliviar el sufrimiento de la humanidad puede fracasar diez mil veces, pero nunca debe ser abandonado. ¿Me oyes? ¡Recuerda Flandes!

CARLOS.— Todo, haré todo lo que me ordenéis tú y la virtud.

MARQUÉS.— (*Se acerca a una ventana.*) Se nos ha acabado el tiempo. Puedo oír a tus hombres. (*Se abrazan.*) Volvemos a ser el príncipe heredero y su vasallo.

CARLOS.— ¿Irás ahora mismo a la ciudad?

MARQUÉS.— De inmediato.

CARLOS.— ¡Detente! ¡Una cosa más! ¡Qué fácil es olvidar! Se trata de una noticia de extrema importancia para ti: el rey abre las cartas a Brabante. ¡Ten mucho cuidado! Sé que los correos del imperio tienen órdenes secretas…

MARQUÉS.— ¿Cómo lo has descubierto?

CARLOS.— Don Ramón de Tassis es un buen amigo mío.

MARQUÉS.— (*Tras un silencio.*) ¡Encima eso! ¡Pues entonces darán un rodeo por Alemania! (*Ambos salen por distintas puertas.*)

Tercer acto

El dormitorio del rey.

Escena primera

Sobre una mesita de noche arden dos velas. Al fondo de la habitación hay algunos pajes de rodillas que se han quedado dormidos. El rey, *desnudo de cintura para arriba, se halla delante de la mesa, con un brazo apoyado sobre el sillón, en actitud pensativa. Ante él hay un medallón y varios papeles*.

REY.— Siempre ha sido una soñadora, ¿cómo negarlo? Yo nunca pude darle amor y sin embargo… ¿alguna vez ha dado la impresión de notar esta carencia? Lo que está claro es que es falsa. (*Aquí hace un movimiento que le hace volver en sí. Alza la vista, confuso.*) ¿Dónde estaba? ¿Nadie está vigilando al rey? ¿Cómo? ¿Las velas están casi consumidas? No se habrá hecho de día aún, ¿verdad? He perdido el sueño. ¡Pues que la naturaleza lo dé por recibido! Un rey no tiene tiempo para recuperar las noches perdidas. Ahora estoy despierto, así pues, tendrá que ser de día. (*Apaga las velas y descorre las cortinas.*

Mientras camina de un lado a otro nota la presencia de los jóvenes dormidos y se queda un rato de pie delante de ellos; entonces hace sonar la campanilla.) ¿Habrá alguien durmiendo también en la antesala?

Escena segunda

El rey. *El* conde de Lerma.

LERMA.— (*Sorprendido al ver al rey.*) ¿Su majestad no se encuentra bien?

REY.— En el pabellón izquierdo se ha declarado un incendio. ¿No habéis escuchado las alarmas?

LERMA.— No, su majestad.

REY.— ¿No? ¿Cómo? ¿Acaso ha sido solo un sueño? No puede haber sido casualidad. ¿No duerme la reina en esa ala?

LERMA.— Sí, su majestad.

REY.— El sueño me asusta. Habrá que doblar la guardia allí a partir de ahora, ¿me habéis oído? En cuanto se haga de noche… Pero habrá que hacerlo con total discreción… No quiero que… ¿Me estáis examinando con la mirada?

LERMA.— Estoy viendo unos ojos irritados que precisan dormir. ¿Me permitís la osadía de recordarle a vuestra majestad lo valiosa que es vuestra vida y que el pueblo vería extrañado y asustado las huellas de una noche en vela en vuestros rasgos? Solo un par de breves horas de sueño…

REY.— (*Con mirada turbada.*) ¿Sueño? ¡Ya encontraré reposo en El Escorial! Mientras el rey duerme, su corona, el corazón de su esposa está en peligro. ¡No, no! Ha sido una calumnia… ¿Acaso no fue una mujer la que me lo susurró? Mujer es sinónimo de calumnia. No creeré el crimen hasta que un hombre lo corrobore. (*A los pajes, que ya se han despertado.*) ¡Llamad al duque de Alba! (*Los pajes salen.*)

¡Acercaos, conde! ¿Es cierto? (*Permanece de pie ante el conde, escrutador.*) ¡Ay, qué no daría por un instante de omnisciencia! Jurádmelo, ¿es cierto? ¿Me han engañado? ¿A mí? ¿Es cierto?

LERMA.— Mi rey, majestad…

REY.— (*Retrocediendo.*) ¡Rey! ¡Solo rey! ¡Y siempre rey! ¿No puedo recibir una respuesta mejor que ese eco vacío y hueco? Golpeo estas piedras y quiero que brote agua, agua para saciar mi ardiente sed febril, pero solo me ofrecen oro fundido.

LERMA.— ¿Qué es lo que habría de ser cierto, mi rey?

REY.— Nada. Nada. Déjame. Vete. (*El conde pretende irse, pero el rey vuelve a llamarlo.*) ¿Estáis casado? ¿Sois padre?

LERMA.— Sí, su majestad.

REY.— ¿Estáis casado y os atrevéis a pasar una noche vigilando a vuestro señor? ¿Vuestros cabellos son ya grises como la plata y creéis sin sonrojaros que vuestra esposa es honesta? Ay, volved a casa. La encontrareis en los incestuosos brazos de vuestro hijo. Creed a vuestro rey, id… ¿Estáis perplejo? ¿Qué significa vuestra mirada? ¿Es porque yo también tengo canas? Desdichado, ¿en qué locuras estás pensando? Las reinas no ensucian su virtud. Como lo dudéis, daos por muerto.

LERMA.— (*Con vehemencia.*) ¿Quién podría dudarlo? En todos los estados de mi rey, ¿quién tendría suficiente desvergüenza para empañar con una venenosa sospecha esa virtud pura y angelical? La mejor de las reinas…

REY.— ¿La mejor? ¿Para vos también es la mejor? Me parece que tiene muy buenos amigos a mi alrededor. Le ha debido costar mucho, más de lo que puede dar, por lo que yo sé. Puedes irte. Que venga el duque.

LERMA.— Oigo que ya está en la antesala. (*A punto de irse.*)

REY.— (*En un tono más suave.*) Conde, lo que habéis dicho antes es totalmente cierto. Mi cabeza arde tras haber pasado la noche en vela. Olvidad lo que he dicho, hablaba dormido. ¿Me habéis oído? Olvidadlo. Soy vuestro rey. (*Le ofrece la mano para que la bese. Lerma se va y abre las puertas al duque de Alba.*)

Escena tercera

El rey *y el* duque de Alba.

ALBA.— (*Acercándose al rey con gesto inseguro.*) Una orden tan sorprendente… a una hora tan poco común… (*Se detiene al contemplar al rey con mayor detenimiento.*) Y esta mirada…

REY.— (*Se ha sentado y ha cogido el medallón de la mesa. Observa al duque en silencio durante un buen rato.*) ¿Así que es cierto? ¿No tengo ningún siervo que me sea fiel?

ALBA.— (*Se queda desconcertado.*) ¿Cómo?

REY.— Estoy mortalmente enfermo. ¡La gente lo sabe y no hay nadie que me advierta!

ALBA.— (*Mirándolo asombrado.*) ¿Mi rey enfermo y delante de mis ojos? ¿Sin que yo lo note?

REY.— (*Le muestra la carta.*) ¿Reconocéis la letra?

ALBA.— Es la de don Carlos…

REY.— (*Se detiene, contemplando atentamente al duque.*) ¿No suponéis nada? ¿Vos, que me habéis advertido de su ambición? ¿Era solo su ambición lo que debía hacerme temblar?

ALBA.— Ambición es una palabra muy vasta, muy amplia, que puede abarcar infinitos temas.

REY.— ¿Y no sabéis de nada en concreto, no hay nada que me podáis descubrir?

ALBA.— (*Tras un silencio, con gesto inescrutable.*) Vuestra majestad me confió la vigilancia del imperio. Le debo al imperio todos mis

conocimientos, incluso los más secretos, así como mi inteligencia. Pero lo que suponga, piense o sepa me pertenece solo a mí. Se trata de las posesiones más sagradas y tanto los esclavos como los vasallos tienen el derecho a ocultárselas a los reyes del mundo. No todo lo que parece evidente a los ojos de mi espíritu está lo suficientemente maduro como para compartirlo con mi rey. Si pese a todo desea que satisfaga su curiosidad, he de rogarle que no me pregunte como mi señor.

REY.— (*Le entrega la carta.*) Leed.

ALBA.— (*Lee y levanta la vista, asustado, hacia el monarca.*) ¿Quién ha sido el loco que ha puesto esta infausta misiva en manos de mi rey?

REY.— ¿Cómo? ¿Así que sabéis a quién está destinado el contenido? Por lo que yo sé, en el papel se evita mencionar el nombre.

ALBA.— (*Retrocediendo afectado.*) He sido demasiado rápido.

REY.— ¿Lo sabéis?

ALBA.— (*Tras una breve reflexión.*) Que salga a la luz. Mi señor me lo ordena, así que no debo contenerme más. No lo niego: conozco a la persona.

REY.— (*Levantándose con espantosa conmoción.*) ¡Ay, terrible Dios de la venganza, ayúdame a inventar una nueva forma de morir! Es algo tan claro, tan sabido por todo el mundo que, sin tomarse el esfuerzo de investigar, uno puede suponer de qué se trata con solo echar un vistazo. ¡Esto es demasiado! ¡No lo sabía! ¡Esto no! Y también soy el último que lo averigua, el último de todo mi imperio…

ALBA.— (*Se arroja a los pies del rey.*) Sí, reconozco mi culpa, majestad. Me avergüenzo de mi cobarde prudencia que me aconsejó callar cuando el honor de mi rey, la justicia y la verdad me obligaban a hablar. Pero como ahora todos quieren callar, como el hechizo de la belleza detiene las lenguas de todos los hombres, me atrevo al fin, hablaré; conozco las aduladoras protestas de un hijo, los atractivos encantos y las lágrimas de una esposa…

REY.— (*Rápidamente y con energía.*) Alzaos. Tenéis la palabra del rey. Alzaos y hablad sin temor.

ALBA.— (*Levantándose.*) Vuestra majestad quizá recuerda aún aquel episodio en el jardín de Aranjuez. Encontrasteis a la reina abandonada por todas sus damas, con la mirada confusa, en un cenador apartado.

REY.— ¡Ay! ¿Qué más me tocará oír? ¡Proseguid!

ALBA.— La marquesa de Mondéjar fue expulsada del reino porque tuvo la generosidad suficiente para sacrificarse por su reina. Ahora lo sabemos. Lo único que hizo la marquesa fue cumplir con lo que le habían ordenado. El príncipe estuvo allí.

REY.— (*Enfureciéndose horriblemente.*) ¡Que estuvo allí! Así que…

ALBA.— Las primeras sospechas las despertaron unas huellas masculinas en la arena que, partiendo de la entrada izquierda de ese cenador, se perdían en una gruta donde había un pañuelo que el príncipe había perdido. Un jardinero se encontró allí con el príncipe prácticamente en el mismo instante en el que vuestra majestad apareció en el cenador.

REY.— (*Volviendo en sí tras oscuras reflexiones.*) ¡Y ella lloró cuando manifesté extrañeza! ¡Me hizo sonrojar delante de toda mi corte! ¡Me hizo avergonzarme de mí mismo! ¡Por Dios! ¡Si parecía un criminal ante su virtud! (*Se produce un silencio largo y profundo. Se sienta y oculta el rostro.*) Sí, duque de Alba, tenéis razón… Esto podría llevarme a hacer algo terrible… Dejadme solo un instante.

ALBA.— Mi rey, incluso lo que acabo de decirle no resulta del todo decisivo…

REY.— (*Agarrando el papel.*) ¿Esto tampoco? ¿Esto? ¿Esto? ¿Y el conjunto de pruebas que los condenan? ¡Ay, está más claro que el agua! Es algo que preveía desde hacía mucho. El crimen comenzó ya en Madrid, cuando la trajisteis y yo la recibí por vez primera. Aún recuerdo la imagen de ella observando mis canas con mirada horrorizada, pálida como un espectro. ¡Entonces comenzó la farsa!

ALBA.— El príncipe perdió a su prometida cuando conoció a su joven madre. Ya habían estado alimentando el deseo, habían compartido ardientes sentimientos, prohibidos para la reina en su nueva situación. Ya habían vencido el miedo, el miedo que suele acompañar a la primera declaración, y la seducción podía emplear un lenguaje más

atrevido, recurriendo a imágenes conocidas que rememoraban un pasado en el que sus sentimientos estaban permitidos. Hermanados por la armonía de opiniones y años, irritados por la misma obligación, se entregaron a la ebullición de la pasión con el mayor descaro. La política se adelantó a su inclinación natural; pero ¿resulta creíble, majestad, que ella reconociera al consejo de Estado plenos poderes sobre su vida? ¿Que dominara su pasión para prestarle mayor atención a la elección del gabinete? Ella buscaba amor… y recibió una diadema.

REY.— (*Ofendido y con amargura.*) Discernís con mucha, mucha sabiduría, duque… Admiro vuestra elocuencia. Muchas gracias. (*Levantándose, con orgullo y frialdad.*) Tenéis razón: la reina ha cometido un grave error al ocultarme cartas de este contenido, al silenciar la censurable aparición del infante en el jardín. Llevada por una falsa generosidad ha cometido un grave error. Sabré castigarla. (*Hace sonar la campanilla.*) ¿Quién más está en la antecámara? A vos ya no os necesito. Retiraos.

ALBA.— ¿Es que os he disgustado por segunda vez con mi celo, majestad?

REY.— (*Al paje que entra.*) Haced pasar a Domingo. (*El paje sale.*) Os perdono que durante casi dos minutos me hayáis hecho temer a *mí* por un delito que puede cometerse en contra de *vos. (Alba se aleja.)*

Escena cuarta

El rey. Domingo.

REY.— (*Camina arriba y abajo para recuperar la calma.*)

DOMINGO.— (*Entra algunos minutos después que el duque, se acerca al rey, quien lo contempla durante un rato en solemne silencio.*) Me alegra y me admira veros tan tranquilo y sereno, majestad.

REY.— Os admira…

DOMINGO.— Doy gracias a la providencia de que mi miedo no tuviera fundamento. Ahora tengo motivos para la esperanza.

REY.— ¿Vuestro miedo? ¿Qué podría causároslo?

DOMINGO.— Su majestad, no puedo ocultar que sé de un secreto…

REY.— (*Tétrico.*) ¿Es que os he mostrado mi deseo de compartirlo con vos? ¿Quién se anticipa a mis deseos de esta manera sin que yo se lo pida? ¡Por mi honor que es todo un atrevimiento!

DOMINGO.— Mi rey, el lugar y la ocasión en la que lo he descubierto, el sagrado sello bajo el cual se me ha comunicado me libera de esa culpa. Se me confió en el confesionario como una mala acción que apesadumbraba la conciencia de aquella que me lo confesó buscando el perdón del cielo. La princesa lamentó entre lágrimas demasiado tarde una acción causada por ella y que puede tener terribles consecuencias para la reina.

REY.— ¿De veras? ¡Qué gran corazón! Vuestra suposición acerca del motivo de mi llamada es correcta. Debéis guiarme por el oscuro laberinto al que me ha arrojado un ciego exceso de celo. De vos espero

la verdad. Hablad libremente conmigo. ¿Qué he de creer? ¿Qué decisión tengo que tomar? Exijo la verdad de vuestro sagrado oficio.

DOMINGO.— Señor, incluso si mi ministerio no me obligara a ser indulgente y a cumplir la dulce obligación del perdón, suplicaría a vuestra majestad que no siguiera investigando, os rogaría por la paz de vuestra alma que abandonarais cualquier indagación en un secreto que nunca tendría un final feliz. Lo que se conoce ahora puede perdonarse. Una palabra del rey y cualquier desliz de la reina habrá desaparecido. La voluntad del monarca puede otorgar virtud o fortuna. Y si mi rey mantiene inalterada la calma podrá aplastar por completo las murmuraciones que ha propagado la maledicencia.

REY.— ¿Murmuraciones? ¿Mi pueblo murmura sobre mí?

DOMINGO.— ¡Infamias! ¡Despreciables mentiras! Os lo juro. No obstante, siempre hay casos en los que las creencias del pueblo, por infundadas que sean, tienen el mismo efecto que la verdad.

REY.— ¡Por Dios! ¡Y precisamente sobre este asunto!

DOMINGO.— El buen nombre es un preciado bien, el único en el que la reina debe rivalizar con las campesinas.

REY.— Y espero que ese bien no sea algo que deba hacerme temblar, ¿no es cierto? (*Le dedica una mirada dubitativa a Domingo. Tras un silencio.*) Capellán, aún he de oír algo malo de vuestros labios. No lo posterguéis. Hace ya rato que lo leo en vuestro rostro portador de desgracias. ¡Soltadlo de una vez y que sea lo que Dios quiera! No me torturéis por más tiempo. ¿Qué es lo que cree el pueblo?

DOMINGO.— Os repito, señor, que el pueblo puede equivocarse… y que en este caso es evidente que se equivoca. Lo que dicen es algo que no debería alterar al rey… pero… el hecho de que se atrevan a decir estas cosas…

REY.— ¿Qué? ¿Es que tengo que seguir pidiéndoos por más tiempo que me concedáis una gota de veneno?

DOMINGO.— El pueblo recuerda aquel mes en el que vuestra majestad estuvo cerca de la muerte… Treinta semanas más tarde lee que se ha producido un feliz alumbramiento… (*El rey se levanta y hace sonar la*

campanilla. Entra el duque de Alba. Domingo se muestra afectado.) ¡Estoy perplejo, majestad!

REY.— (*Saliendo al paso del duque de Alba.*) ¡Toledo! Vos sois un hombre. Protegedme de este clérigo.

DOMINGO.— (*Él y el duque de Alba intercambian miradas confusas. Tras una pausa.*) Si hubiésemos sabido antes que esta noticia provocaría el castigo del mensajero…

REY.— ¿Insinuáis que es una bastarda? ¿Decís que apenas había superado la muerte cuando ella se sintió madre? ¿Cómo? Si no me equivoco, fue cuando vos adorasteis a santo Domingo en todas las iglesias por el grandioso milagro que había obrado en mí. ¿Lo que entonces fue un milagro ya no lo es? Así que, o me mentisteis entonces, o lo hacéis ahora. ¿Qué queréis que crea? Ay, ya os entiendo. Si el complot hubiese estado ya maduro entonces, el santo hubiese perdido su fama.

ALBA.— ¡Complot!

REY.— ¿Es posible que vuestras opiniones hayan coincidido con esta armonía sin parangón y no haberlo acordado antes? ¿Queréis convencerme de ello? ¿A mí? ¿Es que creéis que no me he dado cuenta de la codicia y el ansia con la que os habéis abalanzado sobre vuestra presa? ¿Que no he notado el placer con el que os habéis regocijado con mi dolor, con la agitación de mi cólera? ¿Acaso no debería haberme dado cuenta de los ardientes esfuerzos del duque por apresurar la misión que estaba destinada a mi hijo? ¿Con cuánto gusto este piadoso hombre pretendía dar fuerza a su pequeño rencor con el colosal brazo de mi ira? ¿Os habéis imaginado que solo soy un arco que uno puede tensar a su gusto? Aún conservo mi voluntad y si he de dudar de algo, dejadme al menos que comience por dudar de vosotros.

ALBA.— No creíamos que nuestra fidelidad mereciera estas insinuaciones.

REY.— ¡Fidelidad! La fidelidad advierte de la amenaza de fechorías futuras, mientras que el deseo de venganza solo se ocupa de las ya cometidas. ¡Escuchémoslo! ¿Qué es lo que me ha proporcionado vuestra diligencia? Si lo que me presentáis es cierto, ¿qué otra opción me queda, que el dolor de la separación? ¿El triste triunfo de la represalia? Pero no, vosotros solo venís con vuestros temores y me

ofrecéis suposiciones dudosas… Me dejáis al borde de un abismo que conduce al infierno y huís.

DOMINGO.— Teniendo en cuenta que es imposible que uno vea a través de los ojos de otro, ¿qué otras pruebas podríamos presentar?

REY.— (*Tras una larga pausa, volviéndose a Domingo con gesto serio y solemne.*) Convocaré a los grandes de mi reino y yo mismo me sentaré en el tribunal. Alzaos entre todos, mostrad valor y acusadla de adúltera. Será condenada a muerte… No habrá salvación. Ella y el infante morirán… pero… ¡Recordadlo! Si puede limpiar su nombre… ¡Seréis vosotros! ¿Estáis dispuestos a honrar la verdad a través de un sacrificio como ese? Decidíos. ¿No queréis? ¿Calláis? ¿No queréis? Hasta ahí llega el celo de un embustero.

ALBA.— (*Quien ha permanecido de pie en la distancia, frío y tranquilo.*) Yo sí quiero.

REY.— (*Se vuelve sorprendido y mira fijamente al duque durante un rato.*) ¡Eso es tener valor! Sin embargo, recuerdo que vos habéis arriesgado la vida en duras batallas por cosas mucho menos importantes. La habéis puesto sobre la mesa con la inconsciencia de un jugador de dados por algo tan vacío como la fama. ¿Y qué es para vos la vida? No ofreceré sangre real a un loco que no espera otra cosa que abandonar su insignificante existencia con algo de gloria. Rechazo vuestro sacrificio. Marchaos. Marchaos y esperad nuevas órdenes mías en la sala de audiencias. (*Salen ambos.*)

Escena quinta

REY.— (*Solo.*) Bendita providencia, dame ahora un ser humano. Me has dado mucho. Concédeme ahora un ser humano. Tú… tú estás sola, ya que tus ojos pueden ver lo oculto… Te pido un amigo, ya que no soy omnisciente como tú. Los ayudantes que has designado para mí… Ya sabes lo que son para mí. Me han servido hasta donde han podido. Sus pequeños vicios, refrenados por mi brida, han resultado útiles a mis fines como las tormentas que tú envías y que limpian el mundo. Necesito verdad… Escarbar entre los oscuros escombros de la equivocación buscando su tranquilo manantial no forma parte del destino de los reyes. Dame uno de esos hombres poco corrientes con un corazón puro y abierto, con un espíritu despierto y mirada imparcial que me pueda ayudar a encontrarla. Sacudiré los cimientos del destino. Permíteme encontrar a aquel entre un millar que alce el vuelo en las alturas del disco solar, déjame encontrar a ese ser único. (*Abre un cofre y saca un portafolio. Después de hojearlo unos instantes.*) Simples nombres… Aquí no hay más que nombres y ni siquiera se mencionan los méritos de los que deben aparecer en esta lista… ¿Hay algo que se olvide con más facilidad que el agradecimiento? Sin embargo, en esta otra lista veo cada falta consignada minuciosamente. ¿Por qué? Esto no es bueno. ¿Acaso la memoria de la venganza necesita además este tipo de ayuda? (*Sigue leyendo.*) ¿El conde de Egmont? ¿Qué pinta él aquí? Hace tiempo que malogró sus méritos en la victoria de San Quintín. Lo incluiré dentro de los muertos. (*Borra el nombre y lo escribe en la otra lista. Después continúa leyendo.*) ¿Marqués de Poza?… ¿Poza? ¿Poza? Apenas puedo recordarlo. Y aparece

subrayado dos veces… ¡Una prueba de que lo creía capaz de grandes empresas! Y ¿cómo es posible? ¿Este hombre ha evitado presentarse ante mí hasta ahora? ¿Ha esquivado los ojos de un rey que está en deuda con él? ¡Por Dios! ¡Es la única persona a lo largo y ancho de mi imperio que no necesita de mí! Si fuera codicioso o ansiara honores, hace tiempo que se habría presentado ante mi trono. ¿Debería arriesgarme con este ser singular? Quien no me necesita podrá ofrecerme verdad. (*Sale.*)

Escena sexta

Sala de audiencias.
Don Carlos *conversando con el* príncipe de Parma. *Los* duques de Alba, Feria *y* Medina Sidonia. *El* conde de Lerma *y otros grandes con escritos en la mano. Todos esperan al rey*.

MEDINA SIDONIA.— (*Evitado manifiestamente por todos los que le rodean, se vuelve al duque de Alba, que camina ensimismado de un lado a otro.*) Vos habéis hablado ya con el rey, duque… ¿De qué humor lo encontrasteis?

ALBA.— Muy malo para vos y vuestras noticias.

MEDINA SIDONIA.— El fuego de los cañones ingleses me resultó más fácil de soportar que estar aquí. (*Carlos, quien lo ha mirado con callada comprensión, se acerca a él ahora y le estrecha la mano.*) Mi más sentido agradecimiento por estas lágrimas llenas de generosidad, príncipe. Ya veis cómo me evitan todos. Mi destino está sellado.

CARLOS.— Conservad la esperanza, amigo mío, mi padre es generoso y vos sois inocente.

MEDINA SIDONIA.— Perdí una flota suya que nunca había tenido igual en los mares. ¿Qué significa una cabeza en comparación a setenta galeones hundidos? Pero príncipe… cinco hijos cargados de ilusiones, como vos… Eso me rompe el corazón…

Escena séptima

El rey *sale con traje regio. Los anteriores*.
Todos se descubren y se apartan a ambos lados mientras forman un semicírculo a su alrededor. Callan.

REY.— (*Mirando de pasada todo el semicírculo.*) ¡Cubríos! (*Don Carlos y el príncipe de Parma son los primeros que se acercan al rey y le besan la mano. Él se vuelve al segundo con cierto cariño, sin querer notar la presencia de su hijo.*) Sobrino, vuestra madre quiere saber lo satisfechos que estamos en Madrid con vos.

PARMA.— Que no lo pregunte hasta que haya terminado mi primera batalla.

REY.— No os impacientéis. También os llegará vuestro turno cuando estos viejos troncos se sequen. (*Al duque de Feria.*) ¿Qué os trae ante mí?

FERIA.— (*Hincando una rodilla en tierra ante el rey.*) El gran comendador de la orden de Calatrava murió esta mañana. Aquí está su cruz de caballero.

REY.— (*Coge la orden y pasa su mirada por todo el círculo.*) Y tras él, ¿quién es el que más merece llevarla? (*Le hace un gesto a Alba para que se acerque. El duque hinca una rodilla ante él y el rey le cuelga la orden.*) Duque, sois mi primer general. No seáis *nada más* y nunca os faltará mi favor. (*Nota la presencia del duque de Medina Sidonia.*) ¡Mirad! ¡Mi almirante!

MEDINA SIDONIA.— (*Se aproxima dubitativo y se arrodilla ante el rey con la cabeza baja.*) Esto, gran rey, es todo lo que os devuelvo de la

juventud española y de la Armada.

REY.— (*Tras un largo silencio.*) Dios está por encima de mí. Os envié a luchar contra hombres, no contra tormentas y escollos. Os doy la bienvenida a Madrid. (*Le acerca la mano para que la bese.*) Y gracias por seguir siendo un digno vasallo. Así lo considero yo, mis grandes, y así quiero que se le considere. (*Le hace una seña para que se levante y se cubra la cabeza. Después se vuelve a los otros.*) ¿Qué más hay? (*A don Carlos y al príncipe de Parma.*) Os doy las gracias, mis príncipes. (*Estos se retiran. El resto de los grandes se acercan y, arrodillados, le entregan sus papeles al rey. Él les echa un vistazo fugaz y se los da al duque de Alba.*) Dejadlos en el gabinete para que los estudie más tarde. ¿Ya hemos terminado? (*Nadie responde.*) ¿Cómo es posible que entre mis grandes nunca se encuentre el marqués de Poza? Sé de buena tinta que este marqués de Poza me ha servido con honor y gloria. ¿Es que ya no vive? ¿Por qué no se deja ver?

LERMA.— El caballero ha regresado hace poco de un viaje que le ha llevado por toda Europa. Ahora mismo se encuentra en Madrid y tan solo espera a que llegue un día de audiencia pública para arrojarse a los pies de su majestad.

ALBA.— ¿El marqués de Poza? ¡Ah, sí! Es ese atrevido caballero de la orden de Malta de cuya fama se hablan maravillas, majestad. Cuando los caballeros fueron destinados a su isla por mandato del maestro de su orden durante el asedio de Solimán, el joven abandonó la Universidad de Alcalá a la edad de dieciocho años. Sin que nadie lo llamara apareció en La Valette. «Me compraron la cruz», dijo, «ahora quiero ganármela». Él era uno de los cuarenta caballeros que defendieron el castillo de San Elmo hasta el mediodía contra Piali, Ulucciali y Mustafá y Hassem, tras tres sucesivos asaltos. Cuando finalmente el castillo fue tomado y cayeron todos los caballeros a su alrededor, se arrojó al mar y fue el único que llegó con vida a La Valette. Dos meses más tarde el enemigo abandonó la isla y el caballero regresó para terminar los estudios que había comenzado.

FERIA.— Y este marqués de Poza fue también quien después descubrió aquella conspiración tristemente célebre en Cataluña. Solo gracias a

sus méritos pudo conservar la Corona la más importante de sus provincias.

REY.— Estoy asombrado. ¿Qué clase de persona es esa que logra todo lo que me habéis contado y que no despierta envidias en ninguno de los tres a los que he preguntado? ¡Está claro! O este hombre tiene un carácter extraordinario, o no tiene carácter alguno. Tengo que hablar con él para entender este milagro. (*Al duque de Alba.*) Cuando la misa termine, llevadlo a mi presencia en el gabinete. (*El duque sale. El rey llama al duque de Feria.*) Tomad vos mi puesto en el consejo privado. (*Sale.*)

FERIA.— Su majestad está hoy muy benévolo.

MEDINA SIDONIA.— Decid mejor que es un dios. Es lo que ha sido conmigo.

FERIA.— ¡Cuánto merecéis vuestra fortuna! Me alegro de todo corazón, almirante.

Uno de los grandes.— También yo.

OTRO.— Y yo, de verdad.

OTRO MÁS.— Mi corazón está loco de contento. ¡Un general de tanto mérito!

EL PRIMERO.— El rey no ha sido benévolo con vos: simplemente ha sido justo.

LERMA.— (*Mientras sale le dice a* Medina Sidonia.) ¡Cuánta fortuna habéis recibido con tan solo dos palabras! (*Todos salen.*)

Escena octava

El gabinete del rey.
El marqués de Poza *y el* duque de Alba.

MARQUÉS.— (*Entrando.*) ¿Él quiere verme? ¿A mí? No es posible. Os habréis equivocado de nombre… ¿Y qué puede querer de mí?

ALBA.— Quiere conoceros.

MARQUÉS.— Así que solo es por curiosidad… Pues entonces es una pena perder estos momentos… La vida pasa tan rápido…

ALBA.— Os dejo en manos de vuestra fortuna. El rey está a vuestra merced. Aprovechad este momento lo mejor que podáis y si lo perdéis achacáoslo a vos y solo a vos.

Escena novena

MARQUÉS.— Bien dicho, duque. Es necesario aprovechar este instante que solo se presenta *una vez*. Realmente este cortesano me ha proporcionado una valiosa lección, aunque no en el sentido que pretendía, sino en mi propio sentido. (*Tras dar unos pasos arriba y abajo.*) ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Ha sido solo un antojo de la caprichosa casualidad lo que hace que mi imagen se refleje ahora en estos espejos? ¿Por qué me ha elegido a mí entre un millón, al menos probable, y me ha llevado a la memoria del rey? ¿Es simple coincidencia? Quizá sea algo más… ¿Y qué otra cosa es la casualidad que la piedra en bruto que cobra vida en manos del escultor? La providencia aporta la casualidad, pero son los seres humanos los que deben darle forma para lograr un fin. Da lo mismo lo que el rey quiera de mí. Yo sé lo que he de lograr del rey. Y aunque solo consiga arrojar con osadía una pequeña chispa de verdad en el alma del déspota, ¡cuántos frutos podrá dar en manos de la providencia! De este modo lo que al principio me parece locura puede resultar muy útil, muy sensato. Sea locura o no lo sea, lo mismo da. Actuaré con esta esperanza. (*Camina por la habitación para quedarse al fin contemplando en silencio un cuadro. El rey aparece en la estancia contigua, donde da algunas órdenes. Después entra, se queda quieto junto a la puerta y observa detenidamente al marqués sin que él note su presencia.*)

Escena décima

El rey *y el* marqués de Poza.
El marqués se acerca al rey en cuanto lo ve e hinca una rodilla en el suelo ante él, se levanta y permanece de pie ante él sin dar muestra alguna de confusión.

REY.— (*Lo contempla con admiración.*) ¿Habíais hablado conmigo antes?

MARQUÉS.— No.

REY.— Habéis prestado servicio a mi Corona. ¿Por qué evitáis mi agradecimiento? En mi memoria se agolpan demasiados rostros. Solo hay un ser omnisciente. Os correspondía a vos buscar que os viera vuestro rey. ¿Por qué no lo hicisteis?

MARQUÉS.— Solo han pasado dos días desde que regresé al reino, majestad.

REY.— No me agrada estar en deuda con mis vasallos. Pedidme alguna merced.

MARQUÉS.— Ya disfruto de las leyes.

REY.— Los asesinos también tienen ese derecho.

MARQUÉS.— Pues con mayor razón lo disfrutan los buenos ciudadanos. Majestad, estoy satisfecho.

REY.— (*Para sí.*) ¡Tiene mucha seguridad en sí mismo y es atrevido, vive Dios! Era de esperar. Me gusta que el español tenga orgullo. Lo soporto con gusto, aunque puede que colme el vaso… He oído que abandonasteis mi servicio.

MARQUÉS.— Me retiré para dejar mi puesto a otro mejor que yo.

REY.— Lo lamento. Cuando espíritus como el vuestro descansan, mi reino pierde algo. Quizá temíais no encontraros en un destino digno de vuestro genio.

MARQUÉS.— ¡Oh, no! Estoy convencido de que un conocedor del espíritu humano con tanta experiencia en la materia habrá podido adivinar con un mero vistazo lo que soy capaz de hacer y lo que no. Agradezco humildemente el favor que su majestad me hace teniendo tan alta imagen de mí; no obstante… (*Se detiene.*)

REY.— ¿Vaciláis?

MARQUÉS.— Estoy… Majestad, debo admitir que ahora mismo no estoy preparado para disfrazar en palabras propias de un súbdito vuestro lo que pienso como ciudadano del mundo. Cuando creí que mis vínculos con la Corona habían terminado, pensé que también estaría dispensado de la necesidad de explicar los motivos para haber dado ese paso.

REY.— ¿Tan débiles son esos motivos? ¿Teméis perder algo si me los exponéis?

MARQUÉS.— Si dispongo del tiempo suficiente, lo máximo que podría perder es mi vida. Si me lo negáis, entonces tendré que renunciar a la verdad. He de elegir entre sufrir vuestro desprecio y vuestro castigo y, si he de tomar una decisión, prefiero que penséis de mí que soy un criminal antes que un necio.

REY.— (*Con gesto expectante.*) ¿Y bien?

MARQUÉS.— No puedo servir a reyes. (*El monarca lo mira con asombro.*) No quiero engañar al comprador, majestad… Si queréis honrarme con un cargo, solo estaréis buscando los actos más relevantes. Solo querréis mi brazo y mi valor en el campo de batalla, solo buscaréis mi inteligencia en el consejo. Sin embargo, el objetivo de mis actos no debe ser el aplauso que encuentran en el trono. Para mí lo que tiene un valor propio es la virtud en sí. La felicidad que el monarca pudiera plantar con mis manos la crearía yo mismo y mis obligaciones se convertirían en acciones realizadas por voluntad propia. ¿Es esto lo que deseáis? ¿Podéis permitir que otros creen en lo que ha de ser vuestra propia creación? Y de ser así, ¿he de rebajarme yo a ser cincel,

cuando podría ser artista? Yo amo a la humanidad y en las monarquías no podría amar a nadie sino a mí mismo.

REY.— Ese ardor es loable. Queréis crear algo bueno y la forma en la que lo consigáis es algo que poco le importará al patriota o al sabio. Buscaos un puesto en mi reino que os permita cumplir con estas nobles inclinaciones.

MARQUÉS.— No encuentro ninguno.

REY.— ¿Cómo es posible?

MARQUÉS.— Lo que su majestad desea propagar a través de mis manos ¿realmente es felicidad humana? ¿Es la misma felicidad que mi amor puro aspira a conseguir para el ser humano? Esta felicidad haría temblar a su majestad… ¡No! La política de la Corona ha creado una nueva felicidad que aún puede distribuir con suficiente generosidad y que sirve para apagar nuevas ansias en los corazones de los hombres. En sus monedas aparece acuñada la verdad, *la* verdad que puede tolerar. Todos los cuños que no se asemejen a esa verdad son desechados. Sin embargo, ¿lo que puede servir a la Corona es también suficiente para mí? ¿El amor que siento por mis hermanos puede servir para limitar a mis semejantes? ¿Prefiero que sean felices a que puedan pensar? Señor, no me elijáis para propagar la felicidad que vos acuñáis para nosotros. Debo negarme a extender ese sello. No puedo servir a reyes.

REY.— (*Con cierta viveza.*) ¡Vos sois un protestante!

MARQUÉS.— (*Tras reflexionar un momento.*) Vuestra fe es la mía, señor. (*Después de una pausa.*) Me habéis entendido mal. Esto era lo que me temía. Me habéis visto retirar con mis propias manos el velo que oculta los secretos de la realeza. ¿Quién os asegura que aún considero sagrado aquello que ha dejado de provocarme miedo? Soy peligroso porque he reflexionado sobre mí mismo… No lo soy, mi rey. Mis deseos mueren aquí. (*Se pone la mano sobre el pecho.*) Jamás hervirá mi sangre con el furor ridículo de la reforma, que tan solo sirve para aumentar el peso de unas cadenas que no puede romper. El siglo aún no está maduro para mi ideal. Soy un ciudadano de siglos venideros.

¿Acaso un retrato puede alterar vuestra calma? Podéis hacerlo desaparecer utilizando tan solo vuestro aliento.

REY.— ¿Soy el primero que conoce esta faceta vuestra?

MARQUÉS.— Esta faceta… Sí.

REY.— (*Se levanta, da algunos pasos y permanece de pie delante del marqués. Hablando para sí.*) ¡Este tono al menos es algo nuevo! Las alabanzas acaban por agotarse. Los hombres de mérito se humillan al tratar de imitar… Por una vez me encuentro una prueba de todo lo contrario. ¿Por qué no? Lo sorprendente también agrada. Si así lo queréis, bien, me adaptaré a este nuevo servidor de la Corona: el espíritu fuerte.

MARQUÉS.— Escucho, majestad, lo bajo que es vuestro concepto de la dignidad humana, viendo incluso en las palabras de un hombre libre los ardides de un adulador y creo saber quién os ha llevado a pensar así. La gente os ha obligado; ellos han renunciado voluntariamente a su nobleza, han descendido por voluntad propia a este nivel tan bajo. Huyen aterrados del fantasma de su propia grandeza, se agradan en su miseria, adornan sus cadenas de cobarde sabiduría y llaman virtuoso al que las lleva con elegancia. Ese es el mundo que habéis recibido. Así se lo transmitieron a vuestro gran padre. ¿Cómo podríais honrar a la humanidad tras contemplar esta triste mutilación?

REY.— Algo de verdad encuentro en vuestras palabras.

MARQUÉS.— ¡Qué lástima! Cuando recibisteis al ser humano de las manos del Creador y lo transformasteis en obra de vuestras manos para luego presentaros como dios ante esa nueva criatura que habíais fundido, cometisteis un error: vos mismo seguíais siendo un ser humano, un ser humano obra del Creador. Vos, como mortal, seguíais sufriendo, seguíais teniendo deseos; necesitabais comprensión… Pero a un Dios solo se le pueden ofrecer sacrificios, solo se puede temblar en su presencia y rezarle. ¡Qué transformación más lamentable! ¡Qué desgraciada manipulación de la naturaleza! Habiendo degradado a los hombres a ser solo las cuerdas que tañéis, ¿quién podrá compartir con vos la armonía?

REY.— (¡Cómo ve el fondo de mi alma!)

MARQUÉS.— Pero para vos este sacrificio no os supone nada. A cambio os habéis convertido en algo excepcional, un género único. El precio que pagáis os ha convertido en un dios… Y sería espantoso si no fuera así, si hubieseis pisoteado la felicidad de millones de personas para no lograr nada. Si la libertad que habéis destruido fuese lo único que saciara vuestros deseos… Majestad, os ruego que me permitáis retirarme. Este tema me altera demasiado. Mi corazón rebosa… La sensación de estar ante la única persona a la que quiero abrírselo es demasiado intensa. (*El conde de Lerma entra y le comenta algo al rey en voz baja. Este le hace un gesto ordenándole que se retire y permanece sentado en el lugar anterior.*)

REY.— (*Al marqués, después de que el conde haya salido.*) ¡Decidlo todo!

MARQUÉS.— (*Tras un momento de silencio.*) Majestad, siento… todo el valor…

REY.— ¡Terminad! Aún tenéis más cosas que decirme.

MARQUÉS.— ¡Majestad! He regresado hace poco de Flandes y Brabante… ¡Qué provincias tan ricas y florecientes! Un pueblo fuerte, un gran pueblo… Y también un buen pueblo… Y pensé: ¡el padre de este pueblo debe ser un dios!… Pero allí encontré miembros humanos calcinados… (*Aquí se detiene. Clava su mirada en el rey, quien trata de mantenerla, pero acaba bajando los ojos, afligido y confuso.*) Tenéis razón. Es *vuestra* obligación. Pero el hecho de que hayáis podido hacer lo que creíais obligado me ha llenado de asombro y me ha estremecido. ¡Qué lástima que la víctima, bañada en su propia sangre, sea incapaz de cantar alabanzas a quien la ha sacrificado! ¡Qué lástima que sean hombres los que escriben la historia del mundo y no seres celestiales! Vendrán siglos más benévolos a sustituir la época del rey Felipe; ellos traerán una sabiduría menos cruel; la felicidad de los ciudadanos será compatible con la grandeza de sus dirigentes, el Estado no derrochará la vida de sus hijos y las necesidades que primen serán las de las personas.

REY.— ¿Cuándo creéis que habrían llegado esos siglos más humanos si me hubiese temblado la mano en este ante la maldición que aqueja al actual? Contemplad mi España. Aquí los ciudadanos son felices

disfrutando de una paz inalterable. Y esta paz es la que quiero ofrecerle a Flandes.

MARQUÉS.— (*Con celeridad.*) ¡La paz de un cementerio! ¿Y esperáis terminar lo que habéis comenzado? ¿Esperáis detener el cambio que muestra la cristiandad, detener esta primavera universal que rejuvenece el rostro del mundo? ¿Queréis quedaros solo en toda Europa, oponeros a la rueda de los acontecimientos que avanza imparable y a toda velocidad? ¿Queréis detenerla introduciendo un brazo humano entre sus radios? ¡No lo lograréis! Ya hay miles que huyen de vuestras tierras, pobres pero felices. Los súbditos que habéis perdido por la fe eran los más nobles de todos. La reina Isabel recibe con sus maternales brazos abiertos a los fugitivos y Bretaña florece con las artes de nuestro país. Ahora que ha perdido la laboriosidad de los cristianos nuevos, Granada está desierta y Europa contempla llena de júbilo cómo su enemigo se desangra por las heridas que se ha autoinfligido. (*El rey está conmovido, el marqués lo nota y se acerca a él algunos pasos.*) ¿Queréis dejar un fruto para la eternidad y plantáis muerte? Una obra lograda por la fuerza no hará perdurar el espíritu de su creador. Habéis construido desagradecimiento… Habéis librado en vano una dura pugna contra la naturaleza, habéis sacrificado en vano la vida de un rey, dedicándola a proyectos destructivos. El ser humano es más de aquello por lo que vos lo tenéis. Romperá los lazos de su largo sueño y exigirá de nuevo sus sagrados derechos. Arrojará vuestro nombre al sitio donde yacen los de Nerón o Busiris… Y eso me duele, porque fuisteis bueno.

REY.— ¿Qué os hace estar tan seguro?

MARQUÉS.— (*Hablando ardientemente.*) ¡Sí, por Dios! ¡Sí, sí! Lo repito. Devolvednos lo que nos habéis arrebatado. Sed benévolo y permitid que de vuestro cuerno de la abundancia brote felicidad para el ser humano como antes mostrasteis fuerza. Dejad que los espíritus maduren entre los muros de vuestro mundo. Devolvednos lo que nos habéis arrebatado. Sed un rey entre millones de reyes. (*Se acerca a él con osadía, mientras fija en él sus ojos cargados de fuego.*) ¡Ojalá pudiera flotar sobre mis labios la elocuencia de todos esos millares de

personas a los que afecta esta gran hora, ojalá pudiera hacer que el brillo que veo en estos ojos se alzase convertido en llamas! Abandonad esta divinización artificial que nos destruye. Convertíos en un modelo de lo eterno y lo verdadero para todos nosotros. Nunca, jamás poseyó mortal tanto y tuvo la capacidad de emplearlo de manera tan celestial. Todos los reyes de Europa respetan el nombre de España. Poneos a la cabeza de todos esos reyes. Con un trazo de pluma de vuestras manos, la tierra cobrará nueva forma. Otorgad libertad de pensamiento. (*Arrojándose a sus pies.*)

REY.— (*Sorprendido, volviendo el rostro y después mirando de nuevo al marqués fijamente.*) ¡Qué apasionamiento tan poco común! De todas maneras… Alzaos… Yo…

MARQUÉS.— Mirad a vuestro alrededor y contemplad la extraordinaria naturaleza. Ha sido creada libre ¡y qué rica es gracias a esa libertad! El Creador arroja un gusano al interior de una gota de rocío e incluso permite que en el imperio huero de la putrefacción reine la arbitrariedad… *Vuestra* creación, por otra parte, ¡qué limitada es, qué pobre! El ruido que produce una hoja al agitarse estremece al señor de la cristiandad. *Vos* estáis en la obligación de temblar ante cualquier tipo de virtud. Para no alterar la cautivadora apariencia de la libertad, *Él* prefiere permitir que el terrible ejército del mal campe por su universo. Uno no le percibe nunca, porque el Artista se oculta discretamente tras las leyes eternas; el librepensador *las* ve, pero no lo ve a *Él*. ¿Para qué hace falta un Dios?, dice; el mundo se basta a sí mismo. Y ninguna devoción cristiana ha alabado más al Creador que esta blasfemia del librepensador.

REY.— ¿Y vuestra intención es instaurar este modelo divino en el mundo mortal de mis estados?

MARQUÉS.— Vos, vos podéis lograrlo. ¿Quién si no? Dedicad la fuerza del gobernante a la felicidad de sus pueblos, una fuerza que ha sido empleada únicamente para alimentar la grandeza del trono durante, ay, demasiado tiempo. Devolvedle a la humanidad su nobleza perdida. Que los ciudadanos vuelvan a ser lo que eran antes, el objeto de los esfuerzos de la Corona, y que la única obligación que los ate sean los

derechos que comparten con sus hermanos. Y entonces, cuando el ser humano se recupere a sí mismo, cuando haya despertado la sensación de su propia valía y se extiendan las excelsas y nobles virtudes de la libertad, cuando hayáis hecho de vuestro propio reino el más dichoso de la tierra, entonces, majestad, será vuestra obligación someter al resto del mundo.

REY.— (*Tras un largo silencio.*) Os he permitido hablar hasta el final… Entiendo que en vuestra mente el mundo se dibuja de manera distinta al resto de los humanos, así que tampoco os mediré con el mismo rasero. Soy la primera persona a la que mostráis esta faceta tan íntima. Lo creo porque lo sé. Ya que habéis sido capaz de conteneros y ocultar hasta este día estas opiniones que defendéis con tanto ardor, ya que habéis sido inteligente y discreto, tengo intención de olvidar que las he oído y cómo las he oído, noble muchacho. Levantaos. Quiero rebatir vuestros argumentos de joven impulsivo como anciano y no como rey. Así lo quiero. Creo que incluso el veneno puede convertirse en algo mejor de presentarse en una naturaleza benévola… Pero evitad a mi Inquisición. Lamentaría mucho…

MARQUÉS.— ¿De veras? ¿Lo lamentaríais?

REY.— (*Con la mirada perdida.*) Nunca he visto a un hombre semejante… ¡No! ¡No, marqués! Lo lamentaría mucho. No quiero ser Nerón. No quiero serlo… Y tampoco quiero estar en vuestra contra. No todo tipo de felicidad ha de marchitarse bajo mi mando. Vos, vos mismo podréis avanzar en el camino de ser un hombre bajo mis ojos.

MARQUÉS.— (*Con celeridad.*) ¿Y mis compatriotas, majestad? No se trataba de mí, mi intención no era tratar *mis* asuntos. ¿Qué pasa con vuestros súbditos, alteza?

REY.— Puesto que sabéis tan bien cómo me juzgará la historia, que el futuro aprenda de vos cómo me he comportado con una persona auténtica cuando la he encontrado.

MARQUÉS.— El más justo de los reyes no puede convertirse de pronto en el más injusto. En vuestras provincias de Flandes hay miles mejores que yo. Pero *vos*… ¿Puedo confesároslo sin tapujos, majestad? Vos quizá veáis la libertad por vez primera de esta manera tan pacífica.

REY.— (*Con seriedad contenida.*) No sigáis con este tema, joven. Sé que pensaréis de otra manera cuando conozcáis a las personas como yo. No obstante, no me gustaría que esta fuese la última vez que nos veamos. ¿Cómo puedo empezar a vincularos a mí?

MARQUÉS.— Dejadme ser como soy. ¿De qué os serviría si también me pudierais sobornar a mí, alteza?

REY.— No soporto esta soberbia. A partir de hoy estáis a mi servicio. ¡Sin objeciones! Así lo quiero. (*Tras una pausa.*) ¿Cómo? ¿Qué es lo que quería? ¿No era verdad lo que buscaba? Y aquí he encontrado algo más… Me habéis conocido en mi trono, marqués, ¿no queréis conocerme también en mi casa? (*Al ver que el marqués parece reflexionar.*) Os entiendo. Sin embargo, a pesar de ser el más desgraciado de todos los padres, ¿acaso no puedo ser feliz como esposo?

MARQUÉS.— Si el contar con un hijo en el que descansan tantas esperanzas, si el contar con la más adorable de las esposas le da derecho a algún mortal a este calificativo, entonces, alteza, tener a ambos os permite ser considerado el más dichoso sobre la tierra.

REY.— (*Con ánimo sombrío.*) ¡No, no lo soy! Y nunca lo he sentido de forma tan profunda como ahora mismo… (*Mirando al marqués con melancolía y detenimiento.*)

MARQUÉS.— Los pensamientos del príncipe son nobles y buenos. Siempre lo he visto así.

REY.— Pues yo lo he visto distinto… Lo que me ha arrebatado no me lo puede devolver ninguna Corona… ¡Una reina tan virtuosa!

MARQUÉS.— ¿Quién puede atreverse a afirmar eso, majestad?

REY.— ¡El mundo! ¡La maledicencia! ¡Yo mismo! Hay testigos que la condenan de manera irrefutable; aún hay algunos más que me llevan a temer lo peor… Pero marqués, me resulta difícil, muy difícil creer a tan siquiera *uno*. ¿Quién la acusa? Si ella… hubiese sido capaz de deshonrarme de manera tan grave, ¿con cuánta más razón puedo yo creer que alguien como la princesa de Éboli la calumnia? ¿Es que el

sacerdote no odia a la reina y a mi hijo? ¿Es que no sé que el duque de Alba busca venganza? Mi esposa vale más que todos ellos juntos.

MARQUÉS.— Alteza, además, en el alma de las mujeres habita algo que está por encima de las apariencias y de todas las habladurías: se trata de la virtud femenina.

REY.— ¡Sí! Eso mismo me digo yo también. Caer tan bajo como dicen que ha caído la reina cuesta mucho. Los finos lazos del honor no se desgarran con la facilidad que me quieren hacer creer. Vos conocéis al ser humano, marqués. Hace mucho que necesitaba un hombre así. Vos sois bueno y honesto y también conocéis a las personas… Por eso os he elegido…

MARQUÉS.— (*Sorprendido y asustado.*) ¿A mí, alteza?

REY.— Os habéis presentado ante vuestro señor y no habéis pedido nada para vos, nada. Eso es algo nuevo para mí. Vos seréis justo. La pasión no empañará vuestra mirada. Acercaos a mi hijo, sondead el corazón de la reina. Quiero que tengáis plenos poderes para hablar con ellos en privado. ¡Y ahora marchaos! (*Hace sonar una campanilla.*)

MARQUÉS.— ¿Puedo considerar que alguna de mis esperanzas se hará realidad? De ser así, este es el día más hermoso de mi vida.

REY.— (*Le tiende la mano para que la bese.*) En la mía, este no ha sido un día perdido. (*El marqués se levanta y sale. El conde de Lerma entra.*) En el futuro este caballero podrá venir a mi presencia sin necesidad de anunciarse.

Cuarto acto

Escena primera

Sala en los aposentos de la reina.
La reina. *La* duquesa de Olivares. *La* princesa de Éboli. *La* condesa de Fuentes *y otras damas más*.

REINA.— (*A la camarera mayor, levantándose.*) ¿Así que no encontráis la llave? Entonces habrán forzado mi cofre y habrá sido… (*Nota la presencia de la princesa de Éboli, que se acerca a ella y le besa la mano.*) Bienvenida, querida princesa. Me alegra que os hayáis recuperado… Aunque seguís muy pálida…

FUENTES.— (*Con cierta malicia.*) La culpa es de la malvada fiebre, que se agarra por sorpresa a los nervios. ¿No es cierto, princesa?

REINA.— Tenía muchos deseos de visitaros, querida amiga… Pero no me lo permitieron.

OLIVARES.— Al menos a la princesa de Éboli no le faltó compañía.

REINA.— Lo creo. ¿Qué os pasa? Tembláis.

ÉBOLI.— Nada… No es nada, mi reina. Os ruego que me permitáis retirarme.

REINA.— ¿No estaréis intentando ocultarnos que os encontráis peor de lo que creemos, verdad? Si incluso el permanecer de pie os resulta ingrato. Ayudadla a sentarse en ese taburete, condesa.

ÉBOLI.— Me sentiré mejor fuera. (*Sale.*)

REINA.— Id con ella, condesa… ¡Vaya enfermedad! (*Entra un paje y habla con la duquesa, quien se vuelve a la reina.*)

OLIVARES.— El marqués de Poza, alteza. Viene enviado por su majestad el rey.

REINA.— Hacedle pasar. (*El paje sale y le abre las puertas al marqués.*)

Escena segunda

El marqués de Poza. *Las anteriores*.
El marqués clava una rodilla en tierra ante la reina, la cual le hace una seña para que se levante.

REINA.— ¿Cuáles son las órdenes de mi esposo? ¿Podemos hablar en público…?

MARQUÉS.— Me ha sido ordenado comunicárselo a su alteza real en privado. (*Las damas se alejan siguiendo un gesto de la reina.*)

Escena tercera

La reina. *El* marqués de Poza.

REINA.— (*Asombrada.*) ¿Cómo es posible? ¿He de creer lo que ven mis ojos, marqués? ¿El rey os ha enviado a vos a mi presencia?

MARQUÉS.— ¿Tan extraño os parece, majestad? A mí no me sorprende en absoluto.

REINA.— Pues entonces el mundo se ha vuelto loco. *Vos* y *él*… Tengo que confesar…

MARQUÉS.— ¿Que suena extraño? Puede ser… La época actual es fértil en prodigios.

REINA.— Dudo que sean más asombrosos que este.

MARQUÉS.— Supongamos que al final me hubiese dejado convencer, que estuviese cansado de interpretar el papel de excéntrico de la corte del rey Felipe. ¡De excéntrico! ¿Qué significado tendría? Quien quiera resultar útil a los hombres ha de intentar primero igualarse a ellos. ¿Para qué servía el pomposo traje de sectario? ¿Quién está tan libre de vanidad que no encuentre placer en propagar sus propias creencias? Supongamos que tratara de imponer las mías al trono…

REINA.— ¡No! No, marqués. Ni siquiera en broma aceptaría que tuvieses esta fantasía infantil. Vos no sois uno de esos soñadores que se embarcan en una tarea que no pueden llevar a puerto.

MARQUÉS.— Precisamente esa es la cuestión, creo yo.

REINA.— Lo más que podría aceptar de vos, marqués, aunque me extrañaría muchísimo, sería… sería…

MARQUÉS.— Emplear términos equívocos. Puede ser.

REINA.— Al menos ser ambiguo. Es probable que el rey no quisiera que me comunicaseis lo que vais a decirme.

MARQUÉS.— No.

REINA.— ¿Y un buen fin puede justificar unos medios erróneos? Disculpadme la duda, pero ¿acaso vuestro orgullo de caballero puede prestarse a esta tarea? Me resulta difícil de creer…

MARQUÉS.— Tampoco *yo* lo creería si se tratara tan solo de engañar al rey. Sin embargo, eso no es lo que pienso. En esta ocasión considero que le estoy sirviendo mejor de esta manera que si hiciera lo que me ha ordenado.

REINA.— Este sí es el marqués que conozco. Ya es suficiente. ¿Y qué es lo que hace?

MARQUÉS.— ¿El rey? Por lo que parece, pronto podré resarcirme de vuestras estrictas acusaciones. Lo que tengo que deciros es algo que no me corre prisa, pero por lo que parece vos tenéis aún menos interés en conocerlo. En cualquier caso, tengo que contároslo. El monarca os pide que no le concedáis hoy audiencia al embajador de Francia. Esta era mi misión y ya la he cumplido.

REINA.— ¿Y eso es todo lo que tenéis que decirme de su parte?

MARQUÉS.— Prácticamente esto es todo lo que me permite estar aquí.

REINA.— Acepto gustosamente desconocer aquello que debe seguir siendo un secreto para mí, marqués.

MARQUÉS.— Es necesario que sea así, mi reina. He de decir que, si no fueseis vos, me apresuraría a explicaros unas cuantas cosas, os advertiría que tuvieseis cuidado con ciertas personas… Pero eso no es necesario en vuestro caso. A vuestro lado pueden surgir peligros o desvanecerse, pero vos no debéis saberlo. Todo esto es demasiado insignificante para desvelar el valioso sueño de un ángel. Tampoco es eso lo que me ha traído aquí. El príncipe Carlos…

REINA.— ¿Cómo estaba cuando lo dejasteis?

MARQUÉS.— Como el único sabio de su época que considera un delito venerar la verdad… Y que está tan dispuesto a morir por lo que ama

como lo está el sabio. Os traigo unas pocas palabras… Pero aquí podréis leerlas de su puño y letra. (*Le entrega una carta a la reina.*)

REINA.— (*Después de haberla leído.*) Dice que tiene que hablar conmigo.

MARQUÉS.— Yo también lo creo.

REINA.— ¿Le hará feliz ver con sus propios ojos que yo tampoco soy dichosa?

MARQUÉS.— No… Pero sí le hará ser más decidido y le animará a actuar.

REINA.— ¿Cómo?

MARQUÉS.— El duque de Alba ha sido designado para gobernar Flandes.

REINA.— Eso he oído.

MARQUÉS.— El rey no puede retractarse. Ya sabemos cómo es. Sin embargo, también es cierto que el príncipe no puede quedarse aquí. Ahora no puede permanecer aquí de ninguna manera. Y tampoco se puede sacrificar Flandes.

REINA.— ¿Sabéis cómo evitarlo?

MARQUÉS.— Sí… Quizá. El medio es casi tan malo como el peligro. Es una osadía desesperada. No obstante, no encuentro otra solución.

REINA.— Contádmelo.

MARQUÉS.— Solo me atrevo a mostrároslo a vos, mi reina. Carlos solo puede oírlo de vuestros labios sin espantarse. El nombre que se le da suena algo duro…

REINA.— Rebelión…

MARQUÉS.— Debe desobedecer al rey, debe acudir en secreto a Bruselas, donde los flamencos lo esperan con los brazos abiertos. Los Países Bajos al completo se levantarán a su señal. Aquella buena causa se fortalecerá gracias al hijo del rey. Sus armas harán temblar el trono español. Lo que el padre le niega en Madrid, se lo concederá en Bruselas.

REINA.— ¿Hablasteis hoy con él y pensáis eso?

MARQUÉS.— Precisamente porque hablé hoy con él.

REINA.— (*Tras una pausa.*) El plan que me mostráis me aterra… y al mismo tiempo también me atrae. Pienso que no estáis equivocado…

La idea es atrevida y creo que por eso me gusta. Quiero madurarla. ¿Lo sabe el príncipe?

MARQUÉS.— Mi plan es que la escuche de vuestros labios por vez primera.

REINA.— ¡Sin duda! La idea es grandiosa… No obstante, la juventud del príncipe…

MARQUÉS.— No será ningún obstáculo. Allí se encontrará con el conde de Egmont y el príncipe de Orange, los valientes guerreros del emperador Carlos, unos hombres tan inteligentes en el consejo como temibles en el campo de batalla.

REINA.— ¡No! La idea es grande y hermosa… El príncipe debe actuar. Es lo que siento en mi corazón. El papel que le toca desempeñar aquí en Madrid me llena de tristeza… Le prometo Francia; también Saboya. Estoy completamente de acuerdo con vos, marqués: tiene que actuar… Sin embargo, esta empresa necesita fondos.

MARQUÉS.— Eso está ya dispuesto.

REINA.— Yo también conozco alternativas.

MARQUÉS.— Así que ¿puedo darle esperanzas en el futuro?

REINA.— Me gustaría meditarlo.

MARQUÉS.— Carlos necesita una respuesta con urgencia, majestad… Le he prometido no volver con las manos vacías. (*Entregándole un portafolios a la reina.*) Con dos líneas bastará por ahora.

REINA.— (*Después de haber escrito.*) ¿Volveré a veros?

MARQUÉS.— Siempre que lo ordenéis.

REINA.— ¿Siempre que lo ordene? ¡Marqués! ¿Cómo he de entender esta libertad vuestra?

MARQUÉS.— De la manera más inocente que podáis. Contamos con esa libertad… Eso es suficiente para mi reina.

REINA.— (*Interrumpiéndole.*) ¡Cuánto me alegraría si Europa pudiera conservar ese refugio de la libertad, marqués! ¡Si fuese así gracias a *él*! Contad con mi discreta colaboración…

MARQUÉS.— (*Con pasión.*) ¡Lo sabía, sabía que aquí me entenderían!

OLIVARES.— (*Aparece en la puerta.*)

REINA.— (*Al marqués, con frialdad.*) Las palabras del rey mi señor las respeto como si fueran la misma ley. Marchaos y aseguradle que cumpliré sus deseos. (*Le hace una seña. El marqués sale.*)

Escena cuarta

Galería.
Don Carlos *y el* conde de Lerma.

CARLOS.— Nadie nos molestará aquí. ¿Qué es lo que tenéis que comunicarme?

LERMA.— Su alteza tenía a un amigo en esta corte.

CARLOS.— (*Sorprendido.*) ¡Uno que no conocía! ¿Cómo es posible? ¿Qué queréis decir?

LERMA.— He de pediros perdón por haber averiguado más de lo que debería saber. No obstante, para tranquilizar a vuestra majestad, os diré que esta información la tengo de primera mano, ya que soy yo mismo quien lo ha descubierto.

CARLOS.— ¿De quién estamos hablando?

LERMA.— Del marqués de Poza.

CARLOS.— ¿Y bien?

LERMA.— Si él supiera de vuestra alteza más de lo que debería, como me atrevo a temer…

CARLOS.— ¿A temer?

LERMA.— Estuvo con el rey.

CARLOS.— ¿Y bien?

LERMA.— Dos horas completas y en audiencia privada.

CARLOS.— ¿De veras?

LERMA.— El tema no debió carecer de importancia.

CARLOS.— Ya imagino.

LERMA.— Oí mencionar vuestro nombre varias veces, príncipe.

CARLOS.— Espero que no sea ninguna mala señal.

LERMA.— Esta mañana, en los aposentos del rey, también se ha mencionado el nombre de la reina de manera muy misteriosa.

CARLOS.— (*Retrocede espantado.*) ¿Conde de Lerma?

LERMA.— Cuando el marqués se fue, recibí la orden de permitirle entrar en lo sucesivo sin necesidad de anunciarse.

CARLOS.— Eso es demasiado.

LERMA.— Es algo inaudito, príncipe, que yo recuerde no ha pasado nunca en los años que llevo sirviendo al rey.

CARLOS.— Demasiado. Realmente demasiado. ¿Y cómo fue? ¿En qué términos decís que se mencionó a la reina?

LERMA.— (*Retrocede.*) ¡No, príncipe, no! Eso iría en contra de mi deber.

CARLOS.— ¡Qué extraño! Me decís una cosa y la otra me la ocultáis.

LERMA.— La primera era mi obligación con vos; la segunda, mi obligación con el monarca.

CARLOS.— Tenéis razón.

LERMA.— Lo cierto es que siempre he tenido al marqués por un hombre de honor.

CARLOS.— Entonces lo habéis juzgado bien.

LERMA.— Cualquier virtud está libre de mácula… hasta el instante en el que se la pone a prueba.

CARLOS.— Hay algunas que resisten la prueba.

LERMA.— Pero el favor de un gran rey es algo que, en mi opinión, hace que merezca la pena cuestionárselo. Este anzuelo de oro ha logrado capturar virtudes muy sólidas.

CARLOS.— Cuánta razón tenéis.

LERMA.— A menudo resulta incluso sensato descubrir lo que no puede quedar oculto.

CARLOS.— ¡Sí! ¡Es sensato! Sin embargo, habéis afirmado que siempre habéis tenido al marqués por un hombre de honor.

LERMA.— Si lo es *aún*, entonces mis dudas no le afectarán, y vos saldréis ganando por partida doble. (*Hace ademán de irse.*)

CARLOS.— (*Lo sigue emocionado y le da la mano.*) Gano por partida triple, noble y admirable caballero. Ahora cuento con un amigo más y este tesoro no me ha costado perder al amigo que ya tenía. (*Lerma sale.*)

Escena quinta

El marqués de Poza *llega a través de la galería*. Carlos.

MARQUÉS.— ¡Carlos! ¡Carlos!

CARLOS.— ¿Quién me llama? ¡Ah! ¡Eres tú! Justo a tiempo. Me adelantaré y te esperaré en el monasterio. Ven después. (*Hace intención de irse.*)

MARQUÉS.— Quédate solo un par de minutos.

CARLOS.— Si nos sorprendieran…

MARQUÉS.— No lo harán. Solo será un instante. La reina…

CARLOS.— ¿Estuviste con mi padre?

MARQUÉS.— Sí, me mandó llamar.

CARLOS.— (*Expectante.*) ¿Y bien?

MARQUÉS.— Solucionado. Hablarás con ella.

CARLOS.— ¿Y el rey? ¿Qué quería el rey?

MARQUÉS.— ¿Él? No mucho… Curiosidad, saber quién soy… Algún buen amigo le habrá hablado bien de mí sin que yo se lo pida. ¿Qué sé yo? Me ofreció un puesto.

CARLOS.— Que habrás rechazado, ¿no?

MARQUÉS.— Por supuesto.

CARLOS.— ¿Y cómo acabó vuestra conversación?

MARQUÉS.— Bastante bien.

CARLOS.— ¿Así que no hablasteis de mí?

MARQUÉS.— ¿De ti? Sí, sí que hablamos. Por encima. (*Saca el portafolios y se lo entrega al príncipe.*) Aquí tienes. Solo ha podido escribirte un

par de frases, pero mañana me enteraré de dónde y cómo…

CARLOS.— (*Lee muy distraído, se guarda el portafolios y hace intención de marcharse.*) Me encontrarás con el prior.

MARQUÉS.— Espera. ¿Por qué estas prisas? No viene nadie.

CARLOS.— (*Fingiendo una sonrisa.*) ¿En serio hemos cambiado nuestros papeles? Hoy te muestras sorprendentemente seguro.

MARQUÉS.— ¿Hoy? ¿Por qué hoy?

CARLOS.— ¿Y qué es lo que me ha escrito la reina?

MARQUÉS.— ¿Es que no acabas de leerlo hace un instante?

CARLOS.— ¿Yo? Ah, sí.

MARQUÉS.— ¿Qué tienes? ¿Qué te sucede?

CARLOS.— (*Lee la nota otra vez. Con entusiasmo y pasión.*) ¡Ángel celestial! ¡Sí! Quiero serlo. Quiero ser merecedor de ti. Los espíritus elevados hacen que el amor sea algo aún más sublime. Que sea lo que Dios quiera. Si *tú* me lo pides, yo obedezco… Escribe que debo prepararme para una importante decisión. ¿A qué puede referirse? ¿No lo sabes?

MARQUÉS.— Incluso si yo lo supiera, Carlos, ¿estás ahora preparado para escucharlo?

CARLOS.— ¿Te he ofendido? Estaba distraído. Perdóname, Rodrigo.

MARQUÉS.— ¿Distraído? ¿Por qué?

CARLOS.— Porque… Ni yo lo sé. ¿Así que este portafolios es mío ahora?

MARQUÉS.— No del todo. Es más, he venido a pedirte incluso el tuyo.

CARLOS.— ¿El mío? ¿Para qué?

MARQUÉS.— Y cualquier otra cosa, por pequeña que sea, que pueda caer en manos de terceros, ya sea cartas o notas hechas pedazos que lleves contigo… En definitiva, quiero tu cartera…

CARLOS.— Pero ¿para qué?

MARQUÉS.— Solo por si acaso. ¿Quién está libre de sorpresas desagradables? Nadie sospechará que yo la tengo. Dámela.

CARLOS.— (*Muy intranquilo.*) ¡Esto es rarísimo! ¿De dónde sale esta repentina…?

MARQUÉS.— Puedes estar tranquilo. No he insinuado nada. De verdad que no. No es más que una precaución *antes* de que aparezca el peligro. No quería sugerir que tuvieses motivos para asustarte, de veras.

CARLOS.— (*Le entrega su cartera.*) Protégela bien.

MARQUÉS.— Así lo haré.

CARLOS.— (*Lo mira con intención.*) ¡Rodrigo! Es mucho lo que te he entregado.

MARQUÉS.— Y, sin embargo, no es tanto como lo que ya tenía. Ya terminaremos allí nuestra conversación. Y ahora hasta pronto… Adiós. (*Hace ademán de irse.*)

CARLOS.— (*Lucha con sus propias dudas. Al final lo llama.*) Devuélveme las cartas de nuevo. Entre ellas hay una de ella que me escribió en Alcalá cuando estuve al borde de la muerte. Siempre la he llevado junto a mi corazón. Separarme de esta carta me resulta difícil. Déjame esa carta… Solo esa… Puedes llevarte todas las demás. (*La saca y le devuelve la cartera.*)

MARQUÉS.— Carlos, no me gusta hacer esto. Precisamente esa carta era lo que lo ha motivado todo.

CARLOS.— ¡Adiós! (*Se aleja despacio y en silencio. Cuando llega a la puerta permanece un momento de pie, vuelve y le devuelve la carta.*) Aquí la tienes. (*Su mano tiembla. Lágrimas brotan de sus ojos, se echa al cuello del marqués y, abrazándolo, aprieta su rostro contra su pecho.*) Esto es algo que mi padre no puede hacer, ¿no es cierto, Rodrigo? ¿Verdad que no puede hacer *esto? (Sale precipitadamente.)*

Escena sexta

MARQUÉS.— (*Siguiéndolo con la mirada, asombrado.*) ¿Es posible? ¿Lo es? ¿Puede ser que no lo conociera, no del todo? ¿Se me habrá pasado de verdad este pliegue de su corazón? ¡Desconfía de su amigo! ¡No! ¡Estoy calumniándole! ¿Qué es lo que me ha hecho para que le acuse de las debilidades que sufren los más débiles? Yo mismo estoy cometiendo la falta de la que le acuso… Sorpresa… Puede ser, eso sí que me lo creo. ¿Cuándo ha adquirido este extraño hermetismo con su amigo? ¡También puede ser dolor! No te los puedo ahorrar, Carlos, y aún tendré que torturar tu noble espíritu por más tiempo. El rey creyó en el recipiente al que entregó su sagrado secreto, y la confianza merece agradecimiento. ¿Por qué habría de ser indiscreto si mi silencio no te causará sufrimiento, e incluso puede que te lo ahorre? ¿Para qué mostrarle a quien está durmiendo una nube de tormenta que se cierne sobre su cabeza? Basta con que la aleje de ti en silencio y que, cuando despiertes, el cielo esté despejado.

Escena séptima

Gabinete del rey.
El rey *en un sillón, junto a él se encuentra la* infanta Clara Eugenia.

REY.— (*Tras un profundo silencio.*) ¡No! Pese a todo es mi hija. ¿Cómo puede la naturaleza mentir con estas certezas? ¡Estos ojos azules son míos! ¿Es que no me reconozco en cada uno de estos rasgos? Hija de mis amores, sí, lo eres. Te abrazo con todo mi corazón. Tú eres sangre de mi sangre. (*Se detiene sorprendido.*) ¡Mi sangre! ¿Qué hay peor que eso? ¿Es que mis rasgos no son también los de él? (*Ha cogido el medallón con la mano y mira alternativamente la imagen y el espejo que tiene enfrente. Finalmente lo tira al suelo, se levanta de pronto y aparta a la infanta.*) ¡Fuera, fuera! Este abismo acabará conmigo.

Escena octava

El conde de Lerma. *El* rey.

LERMA.— Su majestad la reina acaba de presentarse en la antecámara.
REY.— ¿Ahora?
LERMA.— Y pide que le concedáis audiencia…
REY.— ¿Precisamente ahora? ¿Ahora? ¿A esta hora tan poco corriente? ¡No! Ahora no puedo hablar con ella… Ahora no…
LERMA.— Aquí está su majestad en persona… (*Sale.*)

Escena novena

El rey. *La* reina *entra. La* infanta.
Esta última se lanza corriendo al encuentro de su madre y se abraza a ella. La reina le hace una reverencia al rey, que permanece mudo y confuso.

REINA.— Mi esposo y señor… Tengo que… Me veo obligada a buscar justicia en el trono.

REY.— Justicia…

REINA.— Me siento ultrajada en esta corte. Mi cofre ha sido forzado.

REY.— ¿Qué?

REINA.— Y han desaparecido objetos de gran valor para mí.

REY.— De gran valor para vos…

REINA.— Por el significado que pudiera otorgarle la imprudencia de algún ignorante…

REY.— Imprudencia… Significado… Pero… Levantaos.

REINA.— No hasta que me hayáis prometido emplear la fuerza de vuestro real brazo para presentar ante mí a los autores y que se haga justicia, esposo mío. De lo contrario me alejaré de una corte en la que se da asilo a quien me roba.

REY.— Levantaos, por favor… Esta posición… Levantaos…

REINA.— (*Se levanta.*) Sé que se trata de alguien de elevada posición, ya que en el cofre había perlas y diamantes que valían mucho más de un millón, pero el ladrón se contentó con las cartas…

REY.— Cartas que yo…

REINA.— Os lo explicaré con mucho gusto, esposo. Eran cartas y un medallón del infante.

REY.— Del…

REINA.— Del infante, vuestro hijo.

REY.— ¿Para vos?

REINA.— Para mí.

REY.— ¡Del infante! ¿Y me lo decís *a mí*?

REINA.— ¿Por qué no habría de hacerlo, esposo?

REY.— ¡Qué desfachatez!

REINA.— ¿Qué os sucede? Creo que recordáis las cartas que don Carlos me escribió a Saint Germain con el beneplácito de ambas coronas. Si el adjuntar su retrato también formaba parte de ese beneplácito o si dio este atrevido paso por cuenta propia llevado por unas esperanzas del todo precipitadas, es algo que yo no voy a juzgar. Pero, si fue precipitación, me parece de lo más excusable. Aquí sí respondo por él, ya que entonces no pudo saber que yo acabaría siendo su madre… (*Ve lo alterado que está el rey.*) ¿Qué sucede? ¿Qué os pasa?

INFANTA.— (*Que mientras su madre hablaba ha encontrado el medallón en el suelo y ha estado jugando con él, se lo lleva a la reina.*) ¡Mamá, mira! Es un cuadro muy bonito…

REINA.— ¿A ver, hija…? (*Reconoce el medallón y se queda de pie y sin palabras. Ella y el rey se miran fijamente. Tras un largo silencio.*) ¡De verdad, señor! Esta forma de poner a prueba el corazón de una esposa no me parece ni noble ni digna de un rey… No obstante, me gustaría haceros una pregunta.

REY.— Las preguntas las hago yo.

REINA.— Al menos mis sospechas no han de hacer sufrir a ningún inocente. Así que si este robo se ha producido por orden vuestra…

REY.— Sí.

REINA.— Entonces no he de acusar ni compadecer a nadie… A nadie más que a *vos*, que no tenéis una esposa que disculpe estas argucias.

REY.— Ya conozco esa forma de hablar. Sin embargo, *madame*, no me engañaréis por segunda vez como me engañasteis en Aranjuez. Una

reina pura como los ángeles que se defendía con dignidad… Ahora os conozco mejor.

REINA.— ¿Qué queréis decir?

REY.— ¡Responded directamente y sin subterfugios, *madame*! ¿Es cierto que no hablasteis allí con nadie? ¿Sigue siendo cierto? ¿Con nadie? ¿De veras fue así?

REINA.— Hablé con el infante, es cierto.

REY.— ¿Sí? Así que al fin sale a la luz. Está claro. ¡Qué desvergüenza! ¡Qué poca consideración con mi honor!

REINA.— ¿Honor, señor? Si se trataba de defender el honor, me temo que estaba en juego uno mayor que el que me entregó Castilla como regalo de boda.

REY.— ¿Por qué me lo negasteis?

REINA.— Porque no estoy acostumbrada a que me interroguen como si fuera una delincuente en presencia de la corte, señor. Nunca hubiese negado la verdad si me la hubiesen pedido con respeto y cortesía. ¿Fue ese el tono que empleó su majestad conmigo en Aranjuez? ¿Acaso un grupo de grandes de España son el tribunal ante el que una reina debe rendir cuentas de sus actos? Di mi consentimiento al príncipe para que se produjera el encuentro que él me solicitaba con urgencia. Lo hice, esposo, porque quise, porque no deseo que se convierta en una costumbre el que me juzguen por cosas que considero inocentes… Y os lo oculté porque no me apetecía discutir esta libertad con vuestra majestad delante de mi séquito.

REY.— Habláis con osadía, *madame*, con mucha osadía.

REINA.— Y por eso añadiré también que el infante apenas disfruta de la equidad que merece en el corazón de su padre.

REY.— ¿Que merece?

REINA.— Entonces, ¿por qué habría yo de ocultarlo, señor? Le tengo mucho aprecio y le estimo como a mi pariente más querido, alguien que fue considerado digno de recibir por mi parte un título mucho más íntimo. Todavía no comprendo por qué debería comportarme con él con mayor frialdad que con cualquier otro precisamente por tenerle

más cariño que a cualquier otro. Debería ser algo más difícil romper los vínculos que vuestras máximas de Estado crean cuando lo consideran oportuno. Yo no quiero odiar porque sea mi obligación… Y ya que finalmente me han obligado a hablar, no quiero hacerlo. No quiero que mi voluntad siga estando atada.

REY.— ¡Isabel! Me habéis visto en momentos de debilidad. Son esos recuerdos los que os hacen tan atrevida. Confiáis en ese poder absoluto que habéis ejercido a menudo contra mi severidad. Pero no dejéis de temerme, pues lo que me hizo ser débil también puede provocar mi furia.

REINA.— ¿Qué pecado he cometido, pues?

REY.— (*Coge su mano.*) Si ha sucedido, si *realmente* ha sucedido… ¿Acaso no está ya probado? El vaso de vuestra culpa ya está colmado y si cayera alguna gota más, aunque no fuera más pesada que un suspiro… Si me siento engañado… (*Suelta su mano.*) Puedo superar esta última muestra de debilidad. Puedo y lo haré. Después, ¡ay de mí y ay de vos, Isabel!

REINA.— ¿Y qué es lo que he hecho?

REY.— Entonces, por mí que corra la sangre…

REINA.— ¿Tan lejos hemos llegado? ¡Dios mío!

REY.— Ya no me reconozco a mí mismo. Ya no respeto ley alguna, no respeto la voz de la naturaleza ni respeto ningún contrato entre naciones.

REINA.— Cuánto compadezco a vuestra majestad…

REY.— (*Fuera de sí.*) ¡Compasión! ¡La compasión de una ramera!

INFANTA.— (*Se abraza asustada a su madre.*) El rey está enfadado y mi querida madre llora.

REY.— (*Separa a la niña de la reina de un empujón, sin ningún miramiento.*)

REINA.— (*Con delicadeza y dignidad, pero con temblor en la voz.*) Debo proteger a esta niña del maltrato. Ven conmigo, hija. (*La coge en brazos.*) Si el rey ya no te quiere reconocer, entonces haré que vengan

ciudadanos del otro lado de los Pirineos para que defiendan nuestra causa. (*Intenta irse.*)

REY.— (*Turbado.*) ¿Mi reina?

REINA.— Ya no puedo más… Esto es demasiado. (*Intenta alcanzar la puerta y cae al suelo con la niña en brazos cuando llega al umbral.*)

REY.— (*Corre hacia ella espantado.*) ¡Dios mío! ¿Qué es esto?

INFANTA.— (*Grita aterrada.*) ¡Ah! ¡Mi madre está sangrando! (*Sale corriendo.*)

REY.— (*Ocupándose de ella con inquietud.*) ¡Qué espantosa casualidad! ¡Sangre! ¿Acaso merezco que me castiguéis con tanta dureza? Levantaos. ¡Recobraos! ¡Levantaos! ¡Viene gente! Nos sorprenderán… Levantaos… ¿Es que toda mi corte tiene que disfrutar de este espectáculo? ¿He de rogaros que os levantéis? (*La reina se incorpora con el apoyo del rey.*)

Escena décima

Los anteriores. Alba *y* Domingo *entran asustados. Les siguen unas damas*.

REY.— Llevad a la reina a sus aposentos. Se siente mal. (*La reina sale acompañada de las damas. Alba y Domingo se acercan.*)

ALBA.— La reina tenía el rostro cubierto de lágrimas y sangre…

REY.— ¿Y eso les sorprende a los diablos que me han conducido a esto?

Alba y DOMINGO.— ¿Nosotros?

REY.— Los que me dijeron lo suficiente para enfurecerme, pero nada de lo que estar seguro.

ALBA.— Os dimos lo que teníamos…

REY.— ¡Que el infierno os lo pague! Me arrepiento de lo que he hecho. ¿Acaso las suyas eran las palabras que pronuncia una conciencia culpable?

MARQUÉS.— (*Aún fuera de escena.*) ¿Puedo hablar con el monarca?

Escena decimoprimera

El marqués de Poza. *Los anteriores*.

REY.— (*Muy alterado al oír esta voz; dando algunos pasos hacia el marqués.*) ¡Ah! ¡Es él! Sed bienvenido, marqués… A vos, duque, por ahora ya no os necesito. Dejadnos. (*El duque de Alba y Domingo se miran con callado asombro y salen.*)

Escena decimosegunda

El rey *y el* marqués de Poza.

MARQUÉS.— ¡Señor! A un hombre adulto que se ha enfrentado a la muerte por vos en decenas de batallas le debe resultar duro verse alejado de esta manera.

REY.— Pensar así os cuadra a vos, como me cuadra a mí actuar de esta manera. Lo que habéis sido para mí en pocas horas no lo ha sido él en todos los años de su existencia. No quiero ocultar mis predilecciones. El sello del favor real debe brillar claro y amplio sobre vuestra frente. Quiero que envidien al hombre que he escogido como amigo.

MARQUÉS.— ¿Incluso cuando solo una capa de oscuridad le ha hecho merecedor de recibir tal nombre?

REY.— ¿Qué me traéis?

MARQUÉS.— Cuando me encontraba en la antecámara escuché un espantoso rumor que me pareció increíble… Una discusión acalorada… Sangre… La reina…

REY.— ¿Venís de allí?

MARQUÉS.— Me sentiría desolado si el rumor no fuese del todo falso, si vuestra majestad hubiese… He hecho importantes descubrimientos que cambian la situación por completo.

REY.— ¿Y bien?

MARQUÉS.— Encontré ocasión para sustraerle al príncipe una cartera que contiene algunos papeles que, espero, arrojen alguna luz… (*Le entrega al rey la cartera de Carlos.*)

REY.— (*La registra con ansia.*) Una carta del emperador, mi padre. ¿Cómo? ¿Una carta de la que no recuerdo tener noticia? (*La lee y, dejándola a un lado, vuelve impaciente al resto de papeles.*) El plano de una fortaleza… Pensamientos extraídos de Tácito… ¿Y qué tenemos aquí? ¡Conozco esta letra! Es de una dama. (*Lee con atención, a veces en silencio, a veces en voz alta.*) «Esta llave… Las habitaciones posteriores del pabellón de la reina»… ¡Ajá! ¿Qué es esto?… «Aquí el amor… libremente… será escuchado… hermosa recompensa»… ¡Traidora del demonio! Ahora me doy cuenta, es ella. ¡Es su letra!

MARQUÉS.— ¿La letra de la reina? Imposible…

REY.— La princesa de Éboli.

MARQUÉS.— Así que era cierto lo que me confesó hace poco el paje Henares, que llevó la carta y la llave.

REY.— (*Cogiéndole la mano al marqués, muy conmovido.*) ¡Marqués, veo que estoy en manos de gente terrible! Esta mujer, lo confieso, es quien forzó el cofre de la reina, marqués. Fue quien me dio el primer aviso. Quién sabe cuánto sabe el monje de todo esto… Todo ha sido un vil engaño.

MARQUÉS.— Entonces quizá fuese adecuado…

REY.— ¡Marqués! ¡Marqués! Empiezo a temer que me he excedido con mi esposa…

MARQUÉS.— Si han tenido lugar acuerdos secretos entre el príncipe y la reina, seguro que el contenido era uno bien distinto a aquel del que se les acusa. He recibido ciertas noticias de que el deseo del príncipe de partir hacia Flandes tuvo su origen en la reina.

REY.— Yo siempre lo he creído así.

MARQUÉS.— La reina es ambiciosa… ¿Puedo añadir algo más? Considera defraudadas sus altas esperanzas y lamenta verse apartada de la toma de decisiones del trono. La impulsiva juventud del príncipe era ideal para presentar sus ambiciosos proyectos… Su corazón… dudo que pueda amar.

REY.— Sus planes políticos no me causan ningún miedo.

MARQUÉS.— ¿Es amada? ¿Hemos de esperar algo peor por parte del infante? Esta cuestión me parece que merece una investigación. Creo que es aquí donde es más necesario estar muy alerta.

REY.— Responderéis de él ante mí.

MARQUÉS.— (*Después de reflexionar.*) Si vuestra majestad me considera capaz de llevar a cabo esta misión, entonces os ruego que lo pongáis todo en mis manos, sin ninguna limitación.

REY.— Así será.

MARQUÉS.— Al menos que no me entorpezca ningún ayudante, sea quien sea, para poder tomar las medidas que considere necesarias…

REY.— Nadie os molestará. Os doy mi palabra. Habéis sido un ángel para mí. Muchas gracias, estoy en deuda con vos por esta información. (*A Lerma, que ha entrado mientras pronunciaba estas últimas palabras.*) ¿En qué estado habéis dejado a la reina?

LERMA.— Aún está agotada por el desmayo. (*Dedica al marqués una mirada ambigua y sale.*)

MARQUÉS.— (*Al rey, tras una pausa.*) Aún creo que es necesaria una precaución más. Me temo que alguien puede advertir al príncipe. Cuenta con muchos buenos amigos… Quizá incluso tenga contactos con los rebeldes de Gante. El miedo puede llevarle a tomar decisiones desesperadas. Por eso aconsejaría adoptar ahora mismo las medidas necesarias para enfrentarse a esta situación con medios que permitan una respuesta rápida.

REY.— Tenéis toda la razón. Pero cómo…

MARQUÉS.— Una orden de arresto secreta puesta en mis manos por su majestad que me permitiera hacerla efectiva inmediatamente en un momento de peligro… y… (*Al ver que el rey parece dudar.*) Será un secreto de Estado hasta…

REY.— (*Mientras va al escritorio y redacta la orden de arresto.*) El imperio está en juego… El acuciante peligro nos autoriza a tomar medidas poco corrientes… Aquí tenéis, marqués… No hace falta que os pida que obréis con consideración…

MARQUÉS.— (*Recibiendo la orden.*) Tendré la máxima posible, mi rey.

REY.— (*Poniéndole la mano sobre el hombro.*) Marchad, marchad, querido marqués, a devolverle la paz a mi corazón y a traer reposo a mis noches de insomnio. (*Ambos salen por distintos lados.*)

Escena decimotercera

Galería.
Carlos *entra muy alterado. El* conde de Lerma *sale a su encuentro*.

CARLOS.— Precisamente os estaba buscando.

LERMA.— Y yo a vos.

CARLOS.— ¿Es cierto? Por el amor de Dios, ¿es cierto?

LERMA.— ¿A qué os referís?

CARLOS.— Que él sacó un puñal, que la han sacado de sus aposentos cubierta de sangre. ¡Por todos los santos, respondedme! ¿Qué he de creer? ¿Cuál es la verdad?

LERMA.— Perdió el conocimiento y se hizo una herida al caer. Nada más.

CARLOS.— ¿Así que no corre peligro? ¿No ha pasado nada más? ¿Me lo juráis por vuestro honor, conde?

LERMA.— La reina no corre ningún peligro… Pero vos sí.

CARLOS.— ¡Mi madre está bien! ¡Gracias a Dios! Escuché un terrible rumor en el que el rey atacaba furioso a la hija y a su madre y que se había descubierto un secreto.

LERMA.— Lo último bien puede ser cierto…

CARLOS.— ¡Cierto! ¿Cómo?

LERMA.— Príncipe, hoy os he ofrecido una advertencia y la habéis despreciado. Haced mejor uso de la segunda.

CARLOS.— ¿Cómo?

LERMA.— Si no me equivoco, hace pocos días vi en vuestras manos una cartera de terciopelo azul celeste con entrelazado de oro…

CARLOS.— (*Algo confuso.*) Tengo una así, sí. ¿Y bien?

LERMA.— Creo que en la cubierta hay una silueta ribeteada con perlas…

CARLOS.— Efectivamente.

LERMA.— Cuando antes entré de forma inesperada en el gabinete del rey creí verla en manos del rey, y el marqués de Poza se encontraba a su lado.

CARLOS.— (*Tras un momento en el que se queda paralizado, responde con violencia.*) Eso no es cierto.

LERMA.— (*Ofendido.*) Entonces debo ser yo el que os engaña.

CARLOS.— (*Lo observa unos instantes.*) Sí, lo sois.

LERMA.— ¡Ay! Os lo perdono.

CARLOS.— (*Va de un lado a otro, terriblemente alterado, y al final se queda de pie ante el conde.*) ¿Qué mal te ha hecho? ¿Qué te ha hecho este inocente vínculo que te esfuerzas por romper con infernal diligencia?

LERMA.— Príncipe, respeto el dolor que os lleva a ser injusto.

CARLOS.— ¡Ay, Dios! ¡Dios! ¡Dios! ¡Protégeme de la desconfianza!

LERMA.— También recuerdo las palabras del rey. Cuando entré dijo: Muchas gracias, estoy en deuda con vos por esta información.

CARLOS.— ¡Oh, callad, callad!

LERMA.— El duque de Alba ha debido de caer en desgracia… Le han quitado el gran sello al príncipe Ruy Gómez y se lo han entregado al marqués…

CARLOS.— (*Perdido en profundas reflexiones.*) ¡Y a mí me oculta sus pensamientos! ¿Por qué me los oculta?

LERMA.— Toda la corte está asombrada al verlo ya como ministro plenipotenciario, como favorito absoluto…

CARLOS.— Él me tenía cariño, mucho cariño. Me quería tanto como a su propio espíritu. Sí, eso lo sé… Me lo ha demostrado miles de veces. ¿Pero es que la suerte de millones de personas, la suerte de su patria no habría de ser más importante para él que la de un solo hombre? Su

corazón era demasiado grande para un amigo y la felicidad de Carlos era demasiado pequeña para su amor. Me ha sacrificado por sus valores. ¿Puedo culparle por ello? ¡Sí, está claro! Ahora está claro. Ahora le he perdido. (*Se aparta y oculta el rostro.*)

LERMA.— (*Tras un silencio.*) Querido príncipe, ¿qué puedo hacer por vos?

CARLOS.— (*Sin mirarle.*) Id a ver al rey y traicionadme también. No tengo nada que ofrecer.

LERMA.— ¿Queréis quedaros esperando a las consecuencias?

CARLOS.— (*Se apoya en la balaustrada y mira fijamente al exterior.*) Lo he perdido. ¡Ay, ahora estoy completamente abandonado!

LERMA.— (*Se acerca a él, conmovido.*) ¿No queréis pensar en vuestra salvación?

CARLOS.— ¿En mi salvación? ¡Qué buena persona sois!

LERMA.— ¿Es que no hay nadie más por quien preocuparos?

CARLOS.— (*Alterándose.*) ¡Dios! ¿Qué me estáis advirtiendo? ¡Mi madre! ¡La carta que le devolví! ¡La que no quería darle al principio y que acabé entregándole! (*Camina de un lado a otro retorciéndose las manos.*) ¿Qué ha hecho *ella* para merecerse que él la trate así? Tendría que haberla dejado al margen. Lerma, ¿no es así? (*De pronto, con resolución.*) Debo ir a verla… Debo advertirla, prepararla… Lerma, querido Lerma… ¿Quién os envía? ¿Es que no tengo a nadie más? ¡Alabado sea Dios! Aún me queda *un* amigo… Y aquí ya no queda nada que pueda ir peor. (*Sale deprisa.*)

LERMA.— (*Le sigue, llamándole.*) ¡Príncipe! ¿A dónde vais? (*Sale.*)

Escena decimocuarta

Una habitación de las dependencias de la reina.
La reina. Alba. Domingo.

ALBA.— Si nos permitís, alteza…

REINA.— ¿Qué deseáis?

DOMINGO.— La sincera preocupación por la augusta persona de su majestad nos impide guardar silencio respecto a un acontecimiento que amenaza vuestra seguridad.

ALBA.— Hemos venido a toda prisa para avisaros a tiempo y desmontar así un complot que se está gestando en vuestra contra.

DOMINGO.— Y para poner a los pies de vuestra majestad nuestro celo y nuestros servicios.

REINA.— (*Los mira asombrada.*) Honorable padre y vos, mi noble duque, realmente me sorprendéis. No sospechaba que ni Domingo ni Alba me tuvieran tanta fidelidad. Sabré valorarla como merece… Mencionáis un complot que me amenaza. ¿Puedo saber quién…?

ALBA.— Os rogamos que os cuidéis del marqués de Poza, que está llevando a cabo encargos secretos de su majestad.

REINA.— Me agrada ver que el rey ha escogido con acierto. Llevo tiempo oyendo que el marqués es una persona excelente y un gran hombre. Nunca nadie recibió ese privilegio con mayor justicia…

DOMINGO.— ¿Con mayor justicia? Nosotros estamos mejor informados.

ALBA.— Hace mucho que ha dejado de ser un secreto los asuntos para los que se presta este hombre.

REINA.— ¿Cómo? ¿A qué os referís? Me tenéis en ascuas.

DOMINGO.— ¿Hace mucho que no revisáis vuestro cofre?

REINA.— ¿Qué?

DOMINGO.— ¿Y no habéis echado en falta nada de valor?

REINA.— ¿Y eso? ¿Por qué? Toda la corte sabe lo que me ha sido sustraído… Pero ¿el marqués de Poza? ¿Qué relación tiene el marqués con todo esto?

ALBA.— Mucha, majestad, ya que al príncipe también le han desaparecido documentos importantes que han sido vistos esta mañana en las manos del rey… mientras celebraba una audiencia privada con él.

REINA.— (*Tras una reflexión.*) ¡Qué extraño! ¡Qué situación tan singular! Acabo de encontrarme con un enemigo del que nunca hubiese sospechado y al mismo tiempo me he topado con dos amigos que jamás hubiese imaginado tener… En realidad… (*Dedicándoles una penetrante mirada a los dos.*) He de confesar que corría el peligro de perdonaros por el mal servicio que me habéis hecho ante el rey mi señor.

ALBA.— ¿Nosotros?

REINA.— Sí.

DOMINGO.— ¡Duque de Alba! ¡Nosotros!

REINA.— (*Aún con los ojos fijos en ellos.*) Cuánto me alegro de no haberme precipitado. Había decidido presentarme a su majestad sin más tardanza y pedirle hoy mismo que presentara ante mí a quienes me acusan. ¡Pero así es mejor! Ahora puedo emplear el testimonio del duque de Alba.

ALBA.— ¿Mi testimonio? ¿Habláis en serio?

REINA.— ¿Por qué no?

DOMINGO.— Así todos los servicios que os prestamos en secreto perderían…

REINA.— ¿En secreto? (*Seria y altiva.*) Duque de Alba, me gustaría saber qué asuntos tiene que tratar la mujer del rey con vos o con usted, padre, que no deba saber su esposo. ¿Soy inocente o culpable?

DOMINGO.— ¡Vaya pregunta!

ALBA.— Pero ¿qué pasaría si el rey no fuera tan justo? ¿O si al menos no lo fuera en este caso?

REINA.— Entonces esperaré hasta que lo sea. Feliz aquel que sea recompensado por su justicia. (*Les hace una reverencia y sale; los otros se marchan por otro lado.*)

Escena decimoquinta

Aposentos de la princesa de Éboli.
Princesa de Éboli. *Poco después* Carlos.

ÉBOLI.— ¿Así que es cierta la extraña noticia que circula por toda la corte?

CARLOS.— (*Entra.*) ¡No os asustéis, princesa! Seré bueno como un niño.

ÉBOLI.— Príncipe… Esta sorpresa…

CARLOS.— ¿Seguís ofendida? ¿Todavía?

ÉBOLI.— ¡Príncipe!

CARLOS.— (*Con mayor apremio.*) ¿Seguís ofendida? Por favor, decídmelo.

ÉBOLI.— ¿Qué significa esto? Príncipe, parece que olvidáis… ¿Qué queréis de mí?

CARLOS.— (*Cogiéndole la mano con energía.*) ¿Podéis odiar para siempre, muchacha? ¿Nunca perdonaréis un amor ofendido?

ÉBOLI.— (*Intentando soltarse.*) ¿Qué estáis recordándome, príncipe?

CARLOS.— Tu bondad y mi ingratitud… ¡Ay! ¡Bien lo sé! Te he ofendido gravemente, he destrozado tu tierno corazón, he causado lágrimas en esa angelical mirada… ¡Ay, y ni siquiera estoy aquí ahora para lamentarlo!

ÉBOLI.— Príncipe, dejadme… Yo…

CARLOS.— He venido porque eres una muchacha dulce, porque confío en tu espíritu bello y bondadoso. Mira, muchacha, mira, en el mundo no me queda ningún amigo excepto tú. Una vez me tuviste aprecio… No puedes odiar eternamente ni puede ser imposible la reconciliación.

ÉBOLI.— (*Volviéndole el rostro.*) ¡Oh, callad! No digáis nada más, por el amor de Dios, príncipe…

CARLOS.— Permíteme recordarte los tiempos dorados, permíteme rememorar tu amor, tu amor del que yo fui indigno. Déjame que ahora recurra a lo que fui para ti, a lo que me entregaron los sueños de tu corazón… Una vez más… Solo una vez más imagínate que soy lo que fui para tu corazón y ofrécele a esta sombra lo que a mí jamás podrías ofrecerme.

ÉBOLI.— ¡Ay, Carlos! ¡Qué cruel sois jugando así conmigo!

CARLOS.— Sé superior al resto de las mujeres. Perdona los insultos, haz lo que ninguna otra mujer hizo antes que tú y ninguna hará después. Te pido algo inaudito… Permíteme… De rodillas te lo ruego… Déjame hablar un instante con mi madre. (*Se arroja a sus pies.*)

Escena decimosexta

Los anteriores. El marqués de Poza *entra de golpe. Tras él entran dos oficiales de la guardia personal del rey*.

MARQUÉS.— (*Sin aliento, interponiéndose entre ambos.*) ¿Qué ha confesado? No le creáis una palabra.

CARLOS.— (*Aún de rodillas, levantando la voz.*) ¡Por lo más sagrado…!

MARQUÉS.— (*Interrumpiéndole con energía.*) Ha perdido la razón. No escuchéis a este loco.

CARLOS.— (*Con mayor apremio, gritando.*) Es una cuestión de vida o muerte. Llevadme junto a ella.

MARQUÉS.— (*Separa a la princesa de él con violencia.*) Si le escucháis os mataré. (*A uno de los oficiales.*) Conde de Cordua. En nombre del rey. (*Le muestra la orden de arresto.*) El príncipe es vuestro prisionero. *(Carlos se queda paralizado, como alcanzado por un rayo. La princesa da un grito de horror e intenta huir, los oficiales son presa del mayor asombro. Se produce una pausa larga y profunda. Se ve al marqués temblar con fuerza, esforzándose por mantener la compostura.) (Al príncipe.)* Os ruego que me entreguéis vuestro puñal. Princesa de Éboli, vos permaneceréis aquí; y… (*Al oficial.*) Os hago responsable de que nadie hable con su alteza, nadie, ni siquiera vos. ¡Responderéis con vuestra cabeza! (*Le da algunas instrucciones más al oficial en voz baja, después se vuelve a los demás.*) Iré inmediatamente a dar cuenta al rey… (*A Carlos.*) Y también a vos. Esperadme, príncipe, os veré en una hora. (*Carlos se deja llevar sin*

dar ninguna muestra de ser consciente de lo que sucede excepto una mirada neutra y sin vida que le dedica al marqués al pasar a su lado. El marqués oculta el rostro. La princesa trata de escapar de nuevo; le marqués la retiene del brazo.)

Escena decimoséptima

Princesa de Éboli. Marqués de Poza.

ÉBOLI.— Por el amor de Dios, déjame salir de aquí…

MARQUÉS.— (*Llevándola a la parte delantera del escenario, con terrible seriedad.*) ¿Qué os ha dicho, desdichada?

ÉBOLI.— Nada… Dejadme… No me ha dicho nada…

MARQUÉS.— *(Sujetándola con violencia. Aún más serio.) ¿Cuánto* te ha contado? Aquí ya no queda escapatoria posible. En esta vida no podréis decírselo a nadie.

ÉBOLI.— (*Mirándole a la cara, aterrada.*) ¡Por Dios! ¿Qué queréis decir? No pretenderéis matarme, ¿verdad?

MARQUÉS.— (*Saca un puñal.*) Lo cierto es que estoy dispuesto a ello. Habla rápido.

ÉBOLI.— ¿A mí? ¿A mí? ¡Por todos los santos! ¿Qué es lo que he hecho?

MARQUÉS.— (*Mirando al cielo, con el puñal sobre el pecho de la princesa.*) Aún hay tiempo. El veneno todavía no ha salido de estos labios. Destruiré el recipiente y todo seguirá como antes. ¡El destino de España o la vida de una mujer! (*Permanece en esta posición, dudando.*)

ÉBOLI.— (*Cae a sus pies y lo mira fijamente al rostro.*) ¿Y bien? ¿Por qué vaciláis? No os estoy pidiendo clemencia. ¡No! Merezco morir y quiero que así sea.

MARQUÉS.— (*Deja caer el brazo lentamente. Tras una breve reflexión.*) Esto sería tan cobarde como bárbaro… ¡No! ¡No! ¡Alabado sea el

Señor! ¡Aún hay otra solución! (*Suelta el puñal y sale a toda prisa. La princesa sale por otra puerta.*)

Escena decimoctava

En los aposentos de la reina.
La reina.

REINA.— (*A la condesa de Fuentes.*) ¿Qué es toda esta agitación en el palacio? Condesa, hoy cualquier ruido me asusta. Por favor, enteraos de qué sucede y venid a contármelo. (*La condesa de Fuentes sale y entonces entra precipitadamente la princesa de Éboli.*)

Escena decimonovena

La reina. *La* princesa de Éboli.

ÉBOLI.— (*Sin aliento, pálida y desencajada, se arrodilla ante la reina.*) ¡Majestad! Auxilio. Está preso.

REINA.— ¿Quién?

ÉBOLI.— El marqués de Poza lo ha detenido por orden del rey.

REINA.— ¿Pero a quién? ¿A quién?

ÉBOLI.— Al príncipe.

REINA.— ¿Te has vuelto loca?

ÉBOLI.— Ahora mismo se lo están llevando.

REINA.— ¿Y quién lo ha detenido?

ÉBOLI.— El marqués de Poza.

REINA.— ¡Alabado sea el Señor si es el marqués quien lo ha apresado!

ÉBOLI.— ¿Cómo podéis decir eso con tanta calma, alteza? ¡Qué frialdad! ¡Ay, Dios! No os imagináis… No sabéis…

REINA.— ¿Por qué lo han tomado preso? Supongo que por alguna equivocación propia de su fuerte carácter juvenil.

ÉBOLI.— ¡No, no! Yo sé bien lo que ha pasado. No… ¡Ay, alteza! ¡Una acción abyecta, diabólica! ¡Ya no hay salvación para él! ¡Morirá!

REINA.— ¿Morirá?

ÉBOLI.— ¡Y yo seré su asesina!

REINA.— ¡Morirá! Insensata, ¿sabes lo que estás diciendo?

ÉBOLI.— ¡Y por qué, por qué morirá! ¡Ay, si hubiese podido saber que llegaría a este punto!

REINA.— (*La coge de la mano con ternura.*) ¡Princesa! Seguís muy alterada. Recobrad la calma primero y contádmelo todo con más tranquilidad y no con esas terribles imágenes que me horrorizan. ¿Qué sabéis? ¿Qué ha sucedido?

ÉBOLI.— ¡Oh, no, no mostréis esa celestial condescendencia, no seáis bondadosa, alteza! Golpea mi consciencia como llamas del infierno y hace que arda. No soy digna de elevar mi mirada pecadora a vuestra gloria. Pisotead a la miserable que se retuerce a vuestros pies llena de arrepentimiento, vergüenza y desprecio por sí misma.

REINA.— ¡Desdichada! ¿Qué tenéis que confesarme?

ÉBOLI.— ¡Ángel de la luz! ¡Santa celestial! Aún no conocéis, no podéis imaginar a qué demonio sonreís con tanto cariño. Hoy lo conoceréis. Yo… Yo fui la ladrona que os robó.

REINA.— ¿Vos?

ÉBOLI.— Y quien le dio aquellas cartas al rey…

REINA.— ¿Vos?

ÉBOLI.— Quien tuvo la desfachatez de acusaros…

REINA.— ¿Vos? ¿Vos pudisteis…?

ÉBOLI.— Venganza… Amor… Locura… Os odiaba y amaba al infante…

REINA.— ¿Y porque lo amabais…?

ÉBOLI.— Porque se lo confesé y no me vi correspondida.

REINA.— (*Tras un silencio.*) ¡Ah, ahora todo cobra sentido! Levantaos. Estabais enamorada de él… Ya os he perdonado. Ya está olvidado. Levantaos. (*Le ofrece la mano.*)

ÉBOLI.— ¡No! ¡No! Aún debo hacer una espantosa confesión más. Hasta entonces no me levantaré, alteza…

REINA.— (*Atenta.*) ¿Qué más he de oír? Hablad…

ÉBOLI.— El rey… La pasión… ¡Ay, ya no queréis mirarme! Puedo leer el desprecio en vuestro rostro… El delito del que os acusé… Lo cometí yo. (*Esconde su rostro avergonzado contra el suelo. La reina sale. Se produce una larga pausa. Tras unos minutos, la duquesa de Olivares*

sale del gabinete en el que ha entrado la reina y encuentra a la princesa en la misma posición de antes. Se acerca a ella en silencio; al oírla, la princesa se incorpora y enloquece al ver que la reina ya no está allí.)

Escena vigésima

La princesa de Éboli. *La* duquesa de Olivares.

ÉBOLI.— ¡Dios! ¡Me ha abandonado! Se acabó.

OLIVARES.— (*Se acerca un poco más.*) Princesa de Éboli…

ÉBOLI.— Sé a qué venís, duquesa. La reina os envía para informarme de cuál es mi veredicto. ¡Rápido!

OLIVARES.— He recibido la orden de su majestad de hacerme cargo de vuestra cruz y vuestra llave…

ÉBOLI.— (*Se saca del pecho una cruz de oro y se la entrega a la duquesa.*) No obstante, ¿se me permitirá besar *una vez* más la mano de la mejor de las reinas?

OLIVARES.— En el convento de Santa María os comunicarán lo que se haya decidido sobre vos.

ÉBOLI.— (*Entre lágrimas.*) ¿No volveré a ver a la reina?

OLIVARES.— (*La abraza volviendo el rostro.*) ¡Adiós y tratad de ser feliz! (*Sale rápidamente. La princesa la sigue hasta la puerta del gabinete, que se cierra en cuanto la duquesa la cruza. La princesa permanece allí de rodillas, inmóvil y en silencio, durante algunos minutos. Entonces se levanta y sale precipitadamente, ocultando el rostro.*)

Escena vigesimoprimera

Reina. Marqués de Poza.

REINA.— ¡Al fin, marqués! ¡Qué suerte haberos encontrado!

MARQUÉS.— (*Pálido, con el rostro desencajado, voz temblorosa y con actitud solemne y profunda durante todo la escena.*) ¿Está sola su majestad? ¿No hay nadie en las habitaciones contiguas que pueda escucharnos?

REINA.— Nadie… ¿Por qué? ¿Qué noticias traéis? (*Lo mira con más detenimiento y retrocede asustada.*) ¡Cómo habéis podido cambiar tanto! ¿Qué os pasa? Me estáis haciendo temblar, marqués. Vuestros rasgos parecen los de un moribundo.

MARQUÉS.— Posiblemente ya sepáis…

REINA.— ¿Que Carlos está preso y que habéis sido vos quien lo ha apresado? ¿Así que es cierto? No quería creerlo hasta que no lo oyera de vos.

MARQUÉS.— Es cierto.

REINA.— ¿Vos?

MARQUÉS.— Yo.

REINA.— (*Lo mira un instante, desconcertada.*) Respeto vuestra forma de actuar incluso si no la comprendo. Sin embargo, os ruego que disculpéis en esta ocasión mi temor femenino. Me temo que estáis participando en un juego peligroso.

MARQUÉS.— He perdido la partida.

REINA.— ¡Por el amor de Dios!

MARQUÉS.— Estad tranquila, mi reina. Me he ocupado de que a *él* no le pase nada. Soy *yo* quien está perdido.

REINA.— ¡Qué oigo! ¡Dios mío!

MARQUÉS.— ¿Quién me mandaba apostarlo todo a una incierta tirada de dados? ¡Todo! ¿Quién me mandaba jugar contra el cielo con tanta seguridad, con tanta osadía? ¿Qué hombre se atreve a dirigir el pesado timón de la casualidad sin ser omnisciente? ¡Ay, es de justicia! Pero ¿por qué hablar ahora de mí? ¡Cada momento es valioso como una vida humana! ¿Y quién sabe si la avara mano del juez no ha apurado ya las últimas gotas de mi existencia?

REINA.— ¿La mano del juez? ¡Qué tono tan solemne! No entiendo qué queréis decir, pero vuestras palabras me resultan espantosas…

MARQUÉS.— ¡Él está a salvo! ¡Qué más da el precio que se haya de pagar! Pero solo lo está por hoy. Cuenta con poco tiempo. Espero que lo administre bien. Tiene que abandonar Madrid esta misma noche.

REINA.— ¿Esta misma noche?

MARQUÉS.— Ya están hechos los preparativos. En el mismo monasterio cartujo que nos ha servido durante mucho tiempo de refugio para nuestra amistad le espera una posta de caballos. Aquí tengo en letras de cambio todo lo que la fortuna me ha proporcionado en la vida. Añadid *vos* lo que falte. Bien es verdad que aún tengo algunas cosas en el corazón que me hubiese gustado contarle a mi querido Carlos, algunas cosas que él debe saber; sin embargo, es posible que me falte la ocasión de tratar estos asuntos con él en persona. Vos hablaréis con él esta noche, así que os las comentaré a vos…

REINA.— No me mantengáis con esta agitación, marqués. Explicadme de forma clara qué ha sucedido y no empleéis más estos terribles acertijos.

MARQUÉS.— Aún he de hacer una importante confesión; la dejo en vuestras manos. He tenido una suerte muy poco común: amar al hijo de un rey… ¡Mi corazón, al estar entregado a uno solo, abarcaba al mundo entero! En el alma de Carlos creé un paraíso para millones de seres. ¡Ay, qué hermosos eran mis sueños! Sin embargo, la providencia

decidió llamarme antes de que llegara la época en la que cosecharía los hermosos frutos plantados. Pronto no tendrá a su Rodrigo al lado. El amigo cede su puesto a la amada. Aquí, aquí… aquí… en este sagrado altar, en el corazón de su reina deposito mi último y valioso legado, aquí lo encontrará cuando yo haya dejado de existir… (*Vuelve el rostro, las lágrimas ahogan su voz.*)

REINA.— Esa es la forma de hablar de un moribundo. Aún conservo la esperanza de que se trate solo de una consecuencia de vuestro carácter… ¿O es que hay algo de sentido en estas palabras?

MARQUÉS.— (*Ha intentado calmarse y continúa en tono solemne.*) Decidle al príncipe que ha de pensar en el juramento que hicimos sobre una hostia partida en dos en aquella época feliz. Yo he mantenido el mío, le he sido fiel hasta la muerte… Ahora le toca a él cumplir el suyo.

REINA.— ¿Hasta la muerte?

MARQUÉS.— Tiene que hacer realidad aquel sueño. ¡Oh, por favor, decídselo! El osado sueño de un nuevo Estado, el fruto divino de la amistad. Él será el primero que talle esta roca sin pulir. No importa que pueda terminar el trabajo o que sucumba. Debe empezar a tallarla. Cuando pasen los siglos, la providencia volverá a poner al hijo de un rey en un trono como el suyo y hará que arda la misma ilusión en su nuevo favorito. Decidle que debe cuidar los sueños de su juventud cuando sea hombre, que no ha de abrir el corazón, que es flor divina y delicada, al insecto mortal de la afamada razón. Que no debe dejarse confundir cuando la polvorienta sabiduría critique la ilusión, esa descendiente de los cielos. Ya se lo he dicho anteriormente…

REINA.— ¿Cómo, marqués? ¿Adónde lleva…?

MARQUÉS.— Y decidle que dejo a cargo de su espíritu la felicidad de la raza humana, que se lo exijo estando a las puertas de la muerte. ¡Lo exijo! ¡Y tengo derecho a hacerlo! Me habría sido posible hacer surgir una nueva aurora sobre este imperio. El rey me entregó su corazón. Me llamó hijo suyo. Llevo su sello y Alba ya no es nada. (*Se detiene y contempla a la reina en silencio durante unos instantes.*) Lloráis… Ay, conozco esas lágrimas, bello espíritu: es la alegría quien las hace brotar. Sin embargo, ya ha acabado, todo ha acabado. Carlos o yo. La

elección fue rápida y horrible. Uno de los dos estaba perdido y quiero serlo *yo*. Mejor yo… No queráis saber nada más.

REINA.— Ahora, justo ahora empiezo a entenderos por fin… Desdichado, ¿qué habéis hecho?

MARQUÉS.— Sacrificar dos breves horas de noche para salvar un soleado día de verano. Renuncio al rey. De todas maneras, ¿qué puedo ser yo para el rey? En ese duro suelo ya no puede brotar ninguna de mis rosas. ¡El destino de Europa madura en el interior de mi gran amigo! A él le encomiendo España. ¡Que sangre hasta entonces bajo la mano del rey Felipe! No obstante, ¡ay de mí y ay de él si tuviese que lamentar haber hecho la peor elección! ¡No, no! Conozco a mi Carlos, eso no pasará nunca, y *vos*, alteza, seréis mi garante. (*Tras un silencio.*) Yo vi cómo se gestaba este amor, vi cómo echaba raíces en su corazón la más desgraciada de las pasiones… Por aquel entonces estaba en mi mano combatirla. No lo hice. Alimenté ese amor que a mí no me parecía desgraciado. El mundo puede juzgarlo de forma distinta. Yo no lo lamento. Mi corazón no me hace reproche alguno. Yo vi vida donde otros solo encuentran muerte… En aquellas llamas sin esperanza reconocí bien pronto el rayo dorado de la esperanza. Quise guiarle a lo sublime, traté de elevarle a la más alta belleza: mi condición mortal me negó una imagen, el idioma no me proporcionó palabras… Así que le ofrecí *esta* imagen: mi objetivo fue explicarle el amor que sentía por vos.

REINA.— Marqués, vuestros pensamientos estaban tan ocupados con vuestro amigo que os olvidasteis de mí. ¿En serio creíais que desaparecería toda mi feminidad, que podríais convertirme en su ángel y que sus armas se volverían virtud? Seguro que no pensasteis el peligro que corre nuestro corazón cuando tratamos de ponerle nombres nobles como esos a la pasión.

MARQUÉS.— Eso es válido para todas las mujeres excepto para *una*. Por *una* pongo la mano en el fuego. ¿O es que vos habríais de avergonzaros del más noble de los deseos, de ser la inspiradora de virtudes heroicas? ¿Qué le importa al rey Felipe si su Transfiguración del Escorial hace que arda el deseo de inmortalidad en el pintor que la

contempla? ¿Es que la dulce armonía que descansa en un arpa le pertenece al dueño que la custodia pese a ser sordo? Él ha adquirido el derecho de hacerla pedazos, pero no el arte de extraer de ella una nota bien tañida y de fundir esa nota en el placer de una melodía. La verdad está al alcance del sabio, mientras que la belleza es accesible a un corazón sensible. Ambos están predestinados a estar juntos. Ningún prejuicio cobarde podrá destruir esta creencia mía. Prometedme que siempre le amaréis, que lo amaréis por siempre, sin cambios, sin sufrir la tentación de negarlo vilmente llevada por el temor humano o un falso heroísmo. ¿Me lo prometéis? Alteza, ¿podéis prometerlo ante mí? (*Le tiende la mano.*)

REINA.— Os prometo que mi corazón siempre será el único juez de mi amor.

MARQUÉS.— (*Retirándole la mano.*) Ahora puedo morir en paz. Mi trabajo ha terminado. (*Le hace una reverencia a la reina y hace amago de marcharse.*)

REINA.— (*Lo acompaña en silencio con la mirada.*) Marqués, ¿os marcháis sin decirme cuándo nos veremos, sin decirme si será pronto?

MARQUÉS.— (*Regresa de nuevo, volviendo el rostro.*) ¡Seguro! Volveremos a vernos.

REINA.— Os he entendido, Poza… Os he entendido muy bien… ¿Por qué me habéis hecho esto?

MARQUÉS.— Él o yo.

REINA.— ¡No! ¡No! Os arrojáis en el abismo de esa acción que consideráis sublime. No lo neguéis, os conozco, deseabais algo así desde hace tiempo. Aunque mañana se rompan miles de corazones, a vos no os preocupará si vuestro orgullo se siente satisfecho. ¡Ay, ahora os entiendo! Lo único que buscabais era que os admiraran.

MARQUÉS.— (*Dolido, para sí.*) ¡No! No estaba preparado para algo así…

REINA.— (*Tras un silencio.*) Marqués, ¿no hay salvación posible?

MARQUÉS.— Ninguna.

REINA.— ¿Ninguna? Pensadlo bien. ¿No hay ninguna posibilidad? ¿Ni siquiera si yo intercedo?

MARQUÉS.— Ni siquiera si intercedéis vos.

REINA.— Solo conocéis una parte de mí… Soy valiente.

MARQUÉS.— Lo sé.

REINA.— ¿Y aun así no hay salvación?

MARQUÉS.— No.

REINA.— (*Se aleja de él y oculta el rostro.*) Marchaos. Ya no aprecio a ningún hombre.

MARQUÉS.— (*Conmovido hasta la médula, arrodillándose ante ella.*) ¡Alteza! ¡Ay, Dios! Pese a todo, la vida es hermosa. (*Se levanta y sale deprisa. La reina entra en su gabinete.*)

Escena vigesimosegunda

Antesala del rey.
El duque de Alba *y* Domingo *caminan arriba y abajo en silencio y por separado. El* conde de Lerma *sale del gabinete del rey. Después* don Raimundo de Tassis, *el correo mayor*.

LERMA.— ¿Aún no ha visto nadie al marqués?

ALBA.— Todavía no. (*Lerma intenta entrar de nuevo.*)

TASSIS.— (*Aparece.*) Conde de Lerma, anunciadme.

LERMA.— El rey no recibe a nadie.

TASSIS.— Decidle que tengo que hablar con él. Se trata de un tema de suma importancia para su majestad. Daos prisa. El asunto no admite demora. (*Lerma entra en el gabinete.*)

ALBA.— (*Se dirige al correo mayor.*) Querido Tassis, acostumbraos a ser paciente. No podréis hablar con el rey…

TASSIS.— ¿No? ¿Y eso por qué?

ALBA.— Deberíais haberos tomado la precaución de solicitar el permiso del marqués de Poza, en cuyas manos se encuentran presas la voluntad del padre y del hijo.

TASSIS.— ¿De Poza, decís? ¡Efectivamente! Justo él fue quien me entregó esta carta…

ALBA.— ¿Carta? ¿Qué carta?

TASSIS.— La que debería llevar a Bruselas…

ALBA.— (*Atento.*) ¿Bruselas?

TASSIS.— Esta misma que le traigo al rey…

ALBA.— ¡Bruselas! ¿Habéis oído, capellán? ¡A Bruselas!

DOMINGO.— (*Se une a ellos.*) Esto es muy sospechoso.

TASSIS.— ¡Y hay que ver lo temeroso y confuso que estaba cuando me la entregó!

DOMINGO.— ¿Temeroso, decís?

ALBA.— ¿A quién está dirigida?

TASSIS.— Al príncipe de Nassau y Orange.

ALBA.— ¿A Guillermo?… ¡Capellán, esto es traición!

DOMINGO.— ¿Qué otra cosa pudiera ser? Sí, está claro, hay que entregarle esta carta al rey de inmediato. ¡Qué gran mérito el vuestro, noble caballero! ¡Con cuánto celo estáis al servicio de su majestad!

TASSIS.— Solo cumplí con mi obligación, padre.

ALBA.— Hicisteis bien.

LERMA.— (*Sale del gabinete. Al correo mayor.*) El rey quiere hablaros. (*Tassis entra.*) ¿El marqués aún no ha llegado?

DOMINGO.— Lo están buscando por todas partes.

ALBA.— Es algo extraño, muy poco común. El príncipe es prisionero de Estado y ni siquiera el mismo rey sabe por qué.

DOMINGO.— ¿Ni siquiera ha venido a dar explicaciones?

ALBA.— ¿Cómo se lo está tomando el rey?

LERMA.— Su majestad aún no ha pronunciado palabra. (*Ruido en el gabinete.*)

ALBA.— ¿Qué ha sido eso? ¡Silencio!

TASSIS.— (*Sale del gabinete.*) ¡Conde de Lerma! (*Ambos entran.*)

ALBA.— (*A Domingo.*) ¿Qué está pasando aquí?

DOMINGO.— ¡Qué tono tan asustado! ¿Y si esta carta…? No preveo nada bueno, duque.

ALBA.— ¡Ha mandado llamar a Lerma! Y seguro que sabe que vos y yo estamos en la antesala…

DOMINGO.— Nuestro tiempo ha pasado.

ALBA.— ¿Es que no soy el mismo a quien antes se le abrían todas las puertas? Cuánto ha cambiado todo a mi alrededor… Qué extraño me resulta…

DOMINGO.— (*Se ha acercado en silencio a la puerta del gabinete y se queda allí escuchando.*) ¡Oíd!

ALBA.— (*Tras una pausa.*) Todo está en silencio como en un cementerio. Se les puede oír respirar.

DOMINGO.— La doble tapicería ahoga el sonido.

ALBA.— ¡Fuera de aquí! Están saliendo.

DOMINGO.— (*Se aleja de la puerta.*) Todo me parece tan solemne y angustioso que tengo la sensación de que en este instante se está decidiendo el destino de alguien importante.

Escena vigesimotercera

Entran el príncipe de Parma, *los* duques de Feria *y* Medina Sidonia *y algunos grandes más. Los anteriores*.

PARMA.— ¿Podemos hablar con el rey?

ALBA.— No.

PARMA.— ¿No? ¿Y quién está con él?

FERIA.— Sin duda, será el marqués de Poza, ¿verdad?

ALBA.— Se espera su llegada en cualquier momento.

PARMA.— Acabamos de regresar de Zaragoza. El temor se extiende por todo Madrid. ¿Es cierto entonces?

DOMINGO.— Por desgracia sí.

FERIA.— ¿Es verdad? ¿El caballero de Malta lo ha detenido?

ALBA.— Así es.

PARMA.— ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

ALBA.— ¿Por qué? Eso es algo que no sabe nadie excepto su majestad y el marqués de Poza.

PARMA.— ¿Sin convocar a las cortes del reino?

FERIA.— ¡Mal haya todo el que participe en este crimen de Estado!

ALBA.— ¡Mal haya! Eso mismo espero yo también.

MEDINA SIDONIA.— Yo también.

EL RESTO DE GRANDES.— Y todos nosotros.

ALBA.— ¿Quién me sigue al gabinete? Me pondré a los pies de su majestad.

LERMA.— (*Sale del gabinete.*) ¡Duque de Alba!

DOMINGO.— ¡Al fin! ¡Alabado sea el Señor! (*Alba entra a toda prisa.*)

LERMA.— (*Sin aliento, muy alterado.*) Cuando llegue el caballero de Malta ha de saber que su majestad no se encuentra solo y que le hará llamar…

DOMINGO.— (*A Lerma. Todos los demás se han congregado a su alrededor, llenos de curiosidad y expectación.*) Conde, ¿qué ha sucedido? Estáis pálido como un cadáver.

LERMA.— (*Intenta salir precipitadamente.*) ¡Es algo infernal!

PARMA y FERIA.— ¿Qué? ¿A qué os referís?

MEDINA SIDONIA.— ¿Qué hace el rey?

DOMINGO.— (*Al mismo tiempo.*) ¿Infernal? ¿Qué queréis decir?

LERMA.— El rey ha estado llorando.

DOMINGO.— ¡Llorando!

TODOS.— (*Al mismo tiempo, asombrados y perplejos.*) ¡El rey ha llorado! (*Se escucha una campanilla en el gabinete. Lerma entra a toda prisa.*)

DOMINGO.— (*Siguiéndole, con intención de detenerle.*) Conde, una cosa más… Disculpad… ¡Se ha ido! Y aquí quedamos nosotros, presos del horror.

Escena vigesimocuarta

Princesa de Éboli. Feria. Medina Sidonia. Parma. Domingo *y el resto de grandes*.

ÉBOLI.— (*Deprisa, fuera de sí.*) ¿Dónde está el rey? ¿Dónde? He de hablar con él. (*A Feria.*) Duque, llevadme junto a él.

FERIA.— El rey está despachando asuntos de gran importancia. Nadie puede pasar.

ÉBOLI.— ¿Está ya firmando la terrible sentencia? Le han engañado. Le demostraré que le han engañado.

DOMINGO.— (*Le hace desde la distancia un gesto cargado de significado.*) ¡Princesa de Éboli!

ÉBOLI.— (*Va a su encuentro.*) ¿También estás aquí, padre? ¡Perfecto! Os necesito justo a vos. Vos corroboraréis mis argumentos. (*Lo coge de la mano e intenta llevarlo con ella al gabinete.*)

DOMINGO.— ¿Yo? ¿Habéis perdido la razón, princesa?

FERIA.— No entréis. El rey no os escuchará ahora.

ÉBOLI.— Tiene que escuchar. Ha de oír la verdad… ¡La verdad! ¡Y aunque fuera diez veces más que un dios!

DOMINGO.— ¡Fuera! ¡Fuera! Lo estáis echando todo a perder. No entréis.

ÉBOLI.— Padre, temblad vos ante la ira de vuestro falso dios. Yo no tengo nada que perder. (*Entra en el gabinete y sale de inmediato.*)

ALBA.— (*Sus ojos brillan, en su andar se refleja el triunfo. Se acerca a Domingo a toda prisa y lo abraza.*) Haced que en todas las iglesias se entone un *Te Deum*. La victoria es nuestra.

DOMINGO.— ¿Nuestra?

ALBA.— (*A Domingo y al resto de los grandes.*) Entremos ahora a ver a nuestro soberano. Aún tengo algunas cosas que comunicaros.

Quinto acto

Una estancia del Palacio Real separada de un gran antepatio por medio de una verja de hierro ante la que pasean montando guardia unos centinelas.

Escena primera

Carlos, *sentado junto a una mesa, apoya la cabeza sobre los brazos como si estuviera durmiendo. En el fondo de la habitación hay algunos oficiales que están encerrados con él. El* marqués de Poza *entra sin que se dé cuenta e intercambia unas palabras en voz baja con los oficiales, que se marchan inmediatamente. Se acerca a Carlos y lo contempla triste y en silencio durante unos instantes. Al final hace un movimiento que saca al príncipe de su sopor*.

CARLOS.— (*Se levanta, nota la presencia del marqués y retrocede asustado. Después lo mira durante un rato con los ojos fijos y muy abiertos y se pasa la mano por la frente, como si quisiera recordar algo.*)

MARQUÉS.— Soy yo, Carlos.

CARLOS.— (*Le da la mano.*) ¡Incluso vienes a verme! Qué amable por tu parte.

MARQUÉS.— Pensé que te vendría bien tener aquí a tu amigo.

CARLOS.— ¿En serio? ¿De verdad pensaste eso? Mira, me alegra, no sabes cuánto. ¡Ay, sabía que seguirías conservando algo de bondad para mí!

MARQUÉS.— Merezco que me hables así.

CARLOS.— ¿No es cierto? Aún nos entendemos a la perfección. Me encanta que sea así. Esta consideración, esta suavidad en las formas es propia de los espíritus elevados como tú y como yo. Disculpa que una de mis exigencias fuera injusta y desmesurada… ¿Es ese motivo para negarme también las que eran razonables? La virtud puede ser estricta, pero nunca cruel, nunca inhumana… ¡Te habrá costado mucho! Ay, sí, imagino que tu tierno corazón habrá sangrado mucho y bien mientras preparabas a tu víctima para el altar.

MARQUÉS.— ¡Carlos! ¿Cómo dices eso?

CARLOS.— Tú llevarás ahora a cabo lo que yo debí haber hecho y no pude. Tú les entregarás a los españoles la edad de oro que en vano esperaban recibir de mí. Yo ya estoy acabado… acabado para siempre. Te has dado cuenta… Ay, este terrible amor ha segado sin remisión todas las flores tempranas de mi espíritu. Para *tus* grandes esperanzas estoy muerto. La previsión o la casualidad te llevan al rey… El hacerle tuyo solo te cuesta mi secreto… Tú puedes convertirte en su ángel. Para mí ya no queda salvación… Pero tal vez la haya para España… Ay, aquí no hay nada que lamentar, nada excepto mi loca ceguera de no haber entendido hasta hoy que tu… tu grandeza es igual a tu ternura.

MARQUÉS.— ¡No! No lo había previsto… No había previsto que la generosidad de un amigo podría ser más ingeniosa que mis precauciones de hombre de mundo. Mi edificio se desmorona… Me olvidé de tu corazón.

CARLOS.— Lo cierto es que si te hubiera sido posible ahorrarle a *ella* este destino, te hubiese estado eternamente agradecido. ¿Es que no podía cargar yo solo con todo? ¿Era necesario que ella fuese la segunda víctima?… ¡Pero basta ya de eso! No quiero hacerte ningún reproche.

¿Qué te importa a *ti* la reina? ¿Acaso *tú* la amas? ¿Es que las pequeñas preocupaciones de tu amor han de poner en duda tu recta virtud? Discúlpame… No he sido justo.

MARQUÉS.— Lo eres. Sin embargo, no por este reproche. Si me merezco *uno*, entonces los merezco todos… Y entonces no estaría así ante ti. (*Saca su portafolios.*) Aquí te devuelvo algunas de las cartas que me dejaste en custodia. Cógelas.

CARLOS.— (*Mira alternativamente al marqués y las cartas con asombro.*) ¿Cómo?

MARQUÉS.— Te las devuelvo porque ahora estarán más seguras en tus manos que en las mías.

CARLOS.— ¿Qué significa esto? ¿Así que el rey no las leyó? ¿No llegó a verlas?

MARQUÉS.— ¿*Estas* cartas?

CARLOS.— ¿No se las enseñaste todas?

MARQUÉS.— ¿Quién te ha dicho que llegué a enseñarle *alguna*?

CARLOS.— (*Extremadamente perplejo.*) ¿Es posible? El conde de Lerma…

MARQUÉS.— ¿*Él* te lo dijo? ¡Sí! ¡Ahora está todo claro, todo! ¿Quién podría haberlo previsto?… ¿Así que fue Lerma?… No, *ese* hombre nunca ha sabido mentir. Tiene razón, el resto de las cartas están en manos del rey.

CARLOS.— (*Lo contempla largo tiempo asombrado y en silencio.*) Pero ¿por qué estoy aquí entonces?

MARQUÉS.— Por precaución, no vayas a estar tentado por segunda vez a elegir a una Éboli como confidente…

CARLOS.— (*Como si despertara de un sueño.*) ¡Ah! ¡Al fin! Ahora lo veo… Ahora se hace la luz…

MARQUÉS.— (*Va hacia la puerta.*) ¿Quién viene?

Escena segunda

El duque de Alba. *Los anteriores*.

ALBA.— (*Se acerca respetuosamente al príncipe, dándole la espalda al marqués durante toda la escena.*) Príncipe, sois libre. El rey me envía para anunciároslo. (*Carlos mira al marqués sorprendido. Todos permanecen en silencio.*) Al mismo tiempo me siento afortunado de ser el primero que tiene ocasión…

CARLOS.— (*Mira a ambos, perplejo. Después de una pausa, al duque.*) ¿Me han llevado a prisión y me han declarado en libertad sin saber en ninguno de los dos casos por qué?

ALBA.— Por lo que yo sé, ha sido por equivocación, príncipe, una equivocación a la que algún traidor ha arrastrado al monarca.

CARLOS.— No obstante, estoy aquí por orden del rey, ¿no es verdad?

ALBA.— Sí, por una equivocación de su majestad.

CARLOS.— Lo siento mucho… Sin embargo, si el rey se equivoca, le corresponde al rey en persona reparar su error. (*Busca la mirada del príncipe y observa su orgulloso desprecio por el duque.*) Aquí me llaman el hijo del rey Felipe. En mí se clavan los ojos de la curiosidad y la maledicencia. No quiero que parezca que lo que su majestad hace por obligación se lo deba yo agradecer a su clemencia. De no ser así estoy dispuesto a presentarme ante el tribunal de las cortes. No aceptaré la devolución de mi puñal de vuestras manos.

ALBA.— El rey no tendrá reparo en concederle a su majestad tan justa exigencia si tenéis la bondad de permitirme que os acompañe a su

presencia…

CARLOS.— Permaneceré aquí hasta que el rey o Madrid entera me saquen de este calabozo. Llevadle esta respuesta. (*Alba se aleja. Aún se le ve unos instantes en el antepatio impartiendo órdenes.*)

Escena tercera

Carlos *y el* marqués de Poza.

CARLOS.— (*Después de que el duque haya salido, mirando al marqués asombrado y expectante.*) ¿Qué ha sido eso? Explícamelo. ¿Es que no eres ministro?

MARQUÉS.— Lo he sido, como puedes ver. (*Acercándose a él, emocionado.*) Ay, Carlos, ha funcionado. Ha funcionado. Ha salido bien. Ahora ya está hecho. Alabado sea el Señor por haberlo permitido.

CARLOS.— ¿Permitido? ¿Qué? No entiendo tus palabras.

MARQUÉS.— (*Le coge de la mano.*) Estás a salvo, Carlos… Eres libre… Y yo… (*Se detiene.*)

CARLOS.— ¿Y tú?

MARQUÉS.— Y yo… Te abrazo con pleno derecho, con justicia por vez primera. He adquirido este derecho con todo, absolutamente todo lo que tenía algún valor para mí… ¡Ay, Carlos, qué dulce, qué sublime es este instante! Me siento satisfecho de mí mismo.

CARLOS.— ¡Qué cambio tan repentino en tus facciones! Nunca te había visto así. Tu pecho se alza orgulloso y tu mirada refulge.

MARQUÉS.— Hemos de despedirnos, Carlos. No temas. Sé un hombre. No importa lo que oigas, Carlos, prométeme que un dolor incontenible, indigno de los espíritus elevados, no hará que me resulte más difícil esta separación. Me dejas, Carlos. Por muchos años. Los locos dicen que es para siempre. (*Carlos retira la mano, le mira fijamente y no responde.*) Sé un hombre. Cuento contigo, no he podido evitar pasar

contigo la angustiosa hora que recibe el horrible nombre de la última… Sí, ¿quieres que te confiese una cosa, Carlos? Me alegro de que llegue. Vamos, sentémonos. Me siento agotado, débil. (*Se acerca a Carlos, quien sigue paralizado como un cadáver, dejándose sentar por el marqués sin dar muestra alguna de voluntad.*) ¿Dónde estás? ¿No me respondes? Seré breve. El día después a cuando nos vimos en los cartujos, el rey me mandó llamar. Sabes del éxito de aquella entrevista, todo Madrid lo sabe. Lo que no sabes es que le habían contado tu secreto, que habían encontrado cartas en el cofre de la reina y que las habían empleado en tu contra, que yo me enteré de todo esto de los labios del mismo rey, y que… fui su confidente. (*Se detiene para ver la respuesta de Carlos; este persiste en su silencio.*) ¡Sí, Carlos! Destruí mi fidelidad hacia ti de palabra. Yo mismo dirigí el complot que te haría caer en desgracia. Los hechos resultaban demasiado evidentes. Era demasiado tarde para argumentar a tu favor. La única opción que me quedaba era asegurarme de ser el ejecutor de su venganza… Y así me convertí en tu enemigo para servirte mejor… ¿No me escuchas?

CARLOS.— Te escucho. Continúa, continúa.

MARQUÉS.— Hasta este momento no cometí falta alguna. Sin embargo, pronto me traicionan los desusados oropeles del favor real. Te llegan estas noticias, como yo había previsto. Pero yo, espoleado por un cariño mal entendido, cegado por el loco orgullo, confío a la amistad mi peligroso secreto y no cuento contigo para completar mi atrevido plan. ¡Fue demasiado precipitado! Te he fallado gravemente. Lo sé. Mi confianza no era más que locura. Perdona… Se basaba en tu eterna amistad. (*Aquí guarda silencio. Carlos pasa de su inmovilidad a una llamativa emoción.*) Sucedió lo que temía. Aparecieron peligros imaginarios que te hicieron temblar. La reina cubierta de sangre… el horror que resuena por todo el palacio… la desafortunada ayuda de Lerma… y mi incomprensible silencio, todo se agolpa en tu sorprendido corazón… Vacilas… Me das por perdido… No obstante, eres demasiado noble para dudar de la buena fe de tu amigo y adornas su caída con grandeza; solo entonces te atreves a considerar que ha

dejado de ser fiel a tu amistad, porque incluso siendo infiel puedes seguir respetándolo. Abandonado por tu único amigo, te arrojas a los brazos de la princesa de Éboli… ¡Desdichado! En los brazos de un demonio, puesto que ella fue quien te traicionó. (*Carlos se levanta.*) Te veo ir corriendo a su encuentro. Un mal presentimiento ensombrece mi corazón. Te sigo. Es demasiado tarde. Ya estás a sus pies. La confesión ya había abandonado tus labios. No había salvación para ti…

CARLOS.— ¡No! ¡No! Estaba emocionada. Te equivocas. Seguro que estaba emocionada.

MARQUÉS.— ¡Entonces se me nublan los sentidos! Nada… Nada… No hay salida… No hay solución… No hay ninguna posibilidad en parte alguna de la tierra. La desesperación me transforma en una furia, en una bestia… Estaba dispuesto a clavar un puñal en el pecho de una mujer… Pero entonces… Entonces un rayo de sol se abre camino en mi espíritu. «¿Y si engañase al rey? ¿Y si consiguiera aparecer yo mismo como culpable? ¡Sea o no probable! Para el rey Felipe será suficiente, porque cualquier maldad le resulta creíble. ¡Que así sea! Me arriesgaré. Quizá este inesperado rayo que cae sobre él haga que el tirano vacile. ¿Y qué más puedo desear? Él se para a meditar y Carlos consigue tiempo suficiente para huir a Brabante.»

CARLOS.— Y eso… ¿Eso es lo que hiciste?

MARQUÉS.— Escribí una carta a Guillermo de Orange en la que confesaba que amaba a la reina, que había conseguido que sospechasen falsamente de ti para escapar de la suspicacia del rey… Que el mismo monarca me había proporcionado un medio para acercarme libremente a su esposa. Añadí que me preocupaba ser descubierto, que tú, conociendo mi pasión, habías acudido a ver a la princesa de Éboli para tal vez utilizarla para advertir a la reina… Que en ese momento te apresé y que, viéndolo todo perdido, tenía la intención de huir a Bruselas. Esta carta…

CARLOS.— (*Lo interrumpe, asustado.*) No se la habrás confiado al correo, ¿verdad? Sabes que las cartas a Brabante y a Flandes…

MARQUÉS.— Se las entregan al rey… Tal como están las cosas, supongo que Tassis ya habrá cumplido con su obligación.

CARLOS.— ¡Dios mío! ¡Entonces estoy perdido!

MARQUÉS.— ¿Tú? ¿Por qué tú?

CARLOS.— ¡Desdichado! Y también te habré perdido a ti. Mi padre nunca te perdonará este monstruoso engaño. ¡No! Jamás lo perdonará.

MARQUÉS.— ¿Engaño? Estás confuso. Cálmate. ¿Quién le va a decir que ha sido un engaño?

CARLOS.— (*Mirándolo fijamente a los ojos.*) ¿Preguntas que quién? Yo mismo. (*Intenta irse.*)

MARQUÉS.— Eso es una locura. Quédate.

CARLOS.— ¡Fuera! ¡Fuera de mi camino! Por el amor de Dios, no me detengas. Mientras yo pierdo aquí el tiempo, es posible que ya esté contratando a un asesino.

MARQUÉS.— Tanto más importante es este tiempo entonces. Aún tenemos mucho que decirnos.

CARLOS.— ¿Qué? Antes de que él… (*Intenta marcharse de nuevo. El marqués lo coge de un brazo y le dedica una mirada cargada de significado.*)

MARQUÉS.— Escucha, Carlos… ¿Fui yo también tan raudo, tan escrupuloso cuando tú sangraste por mí siendo un niño?

CARLOS.— (*Se detiene conmovido y asombrado ante él.*) ¡Ay, bendita precaución!

MARQUÉS.— ¡Sálvate para Flandes! El reino es tu destino. Morir por ti es el mío.

CARLOS.— (*Camina hacia él y le coge la mano con la más profunda emoción.*) ¡No, no! Él no… ¡No podrá resistirse! ¡No podrá resistirse ante tanta nobleza! Te llevaré junto a él. Quiero que vayamos ante él, tu brazo en mi brazo. Le diré: «Padre, esto es lo que un amigo ha hecho por su amigo». Le conmoverá. ¡Créeme! Mi padre no es ningún monstruo. ¡Sí! Seguro que se sentirá conmovido. De sus ojos brotarán cálidas lágrimas y nos perdonará, a ti y a mí… (*Se oye un disparo a través de la reja. Carlos da un respingo.*) ¡Ay! ¿A quién iría dirigido?

MARQUÉS.— Creo… que a mí. (*Cae.*)

CARLOS.— (*Cae al suelo junto a él con un grito de dolor.*) ¡Por el amor de Dios!

MARQUÉS.— (*Con voz entrecortada.*) Ha sido rápido… el rey… Esperaba… más tiempo… Piensa en tu salvación… ¿Me oyes? En tu salvación… Tu madre lo sabe todo… Yo ya no puedo… (*Carlos permanece echado junto al cadáver como si también estuviera muerto. Pasado algún tiempo entra el rey acompañado de varios grandes y retrocede al ver esta escena. Pausa general y profunda. Los grandes forman un semicírculo alrededor de los dos y miran alternativamente al rey y a su hijo. Este último sigue en el suelo sin ningún signo de vida. El rey lo observa reflexionando en silencio.*)

Escena cuarta

El rey. Carlos. *Los* duques de Alba, Feria *y* Medina Sidonia. *El* príncipe de Parma. *El* conde de Lerma. Domingo *y varios grandes*.

REY.— (*Con tono benevolente.*) Tu petición se ha cumplido, infante mío. Aquí estoy, en persona, con todos los grandes de mi imperio, para anunciar tu libertad. (*Carlos alza la mirada y mira a su alrededor como si acabara de despertar de un sueño. Sus ojos miran alternativamente al rey y al muerto. No responde.*) Te devuelvo tu espada. Se te juzgó con demasiada precipitación. (*Se acerca a él, le ofrece la mano y le ayuda a levantarse.*) Mi hijo no se encuentra en el lugar que le corresponde. Levántate. Ven a los brazos de tu padre.

CARLOS.— (*Recibe el abrazo del rey de manera inconsciente, pero de pronto vuelve en sí, se detiene y lo mira con mayor detenimiento.*) Hueles a asesino. No puedo abrazarte. (*Lo rechaza de un empujón. Todos los grandes se sorprenden.*) ¡No! ¡No os quedéis ahí tan afectados! ¿Es que he hecho alto monstruoso? ¿He tocado al ungido por los cielos? No temáis. No le pondré la mano encima. ¿Es que no veis el estigma sobre su frente? Dios le ha marcado.

REY.— (*Intenta salir.*) Seguidme, mis grandes.

CARLOS.— ¿A dónde vais? No os mováis, señor… (*Le sujeta violentamente con ambas manos y consigue agarrar con una de ellas la espada que le ha traído el rey. La espada sale de la vaina.*)

REY.— ¿Desenvainas la espada contra tu padre?

TODOS LOS GRANDES PRESENTES.— (*Desenvainando sus armas.*) ¡Magnicidio!

CARLOS.— (*Sujetando al rey fuertemente con una mano y sosteniendo la espada desnuda con la otra.*) Envainad vuestras espadas. ¿Qué pretendéis? ¿Creéis que me he vuelto loco? No, no estoy loco. Si lo estuviera no sería una buena idea que me recordaseis que su vida pende de la punta de mi espada. Os ruego que os mantengáis alejados. Un Estado como el mío precisa un trato sumiso, así que permaneced al margen. Lo que tengo que tratar con el rey no tiene nada que ver con vuestros juramentos de fidelidad. ¡Mirad la sangre en sus dedos! ¡Fijaos bien! ¿Lo veis? Y mirad también aquí… ¡Esto es obra suya, del gran artista!

REY.— (*A los grandes, quienes, preocupados, tratan de rodearle.*) Retroceded todos. ¿Qué teméis? ¿Acaso no somos padre e hijo? Hay actos viles que la naturaleza…

CARLOS.— ¿Naturaleza? Nada sé de ella. El asesinato es ahora la solución. Los lazos de la humanidad están rotos. Tú mismo los has destruido en tu imperio, señor. ¿Es que he de venerar aquello de lo que tú haces burla? ¡Ay, mirad! ¡Mirad aquí! Nunca se ha producido un asesinato como el de hoy… ¿Es que no hay Dios, eh? ¿Es que a los reyes les está permitido exterminar a sus criaturas? Pregunto que si no hay Dios. Desde que las madres alumbran seres al mundo solo ha habido *uno, uno* que haya muerto de manera tan inmerecida. ¿Sabes qué has hecho? No, no lo sabe, desconoce que la vida que ha arrebatado al mundo era más importante, más noble y más valiosa que él y todo su siglo.

REY.— (*Con tono suave.*) Si actué con precipitación, ¿te corresponde a ti exigirme responsabilidades teniendo en cuenta que lo hice *por ti*?

CARLOS.— ¿Cómo? ¿Es posible? No os imagináis lo que el muerto significaba para mí… Oh, díselo… Ayuda al que todo lo sabe a solucionar este difícil enigma. El muerto era mi amigo… ¿Y queréis saber por qué murió? Ha muerto por mí.

REY.— ¡Ah, lo que imaginaba!

CARLOS.— Amigo que aquí te desangras, perdona que lo revele ante tales oyentes, pero este gran conocedor del género humano morirá de vergüenza al ver que su anciana sabiduría ha sido superada por la inteligencia de un jovenzuelo. ¡Sí, alteza! ¡Éramos hermanos! Hermanos por medio de un vínculo aún más noble que los que forja la naturaleza. Su vida estuvo dedicada al amor. Su sublime y hermosa muerte fue una muestra de amor por mí. Era mío cuando os hizo grande gracias a su atención, cuando empleó su burlona elocuencia para jugar con vuestro espíritu orgulloso y colosal. Tuvisteis el delirio de dominarle y no erais más que una obediente herramienta para sus planes, que perseguían un fin más elevado. He acabado preso por obra de su amistad y su meditado plan. Para salvarme escribió la carta al príncipe de Orange… ¡Ay, Dios, era la primera mentira de su vida! Para salvarme se lanzó al encuentro de la muerte que acabó sufriendo. Vos le ofreciste vuestro favor… Él murió por mí. Le importunasteis con vuestro corazón y vuestra amistad, vuestro cetro era un juguete en sus manos. ¡Él lo desdeñó y murió por mí! (*El rey permanece de pie sin moverse, con la vista fija en el suelo. Todos los grandes lo miran perplejos y temerosos.*) ¿Y cómo fue posible? ¿Cómo pudisteis creer tamaña mentira? ¡Qué baja consideración debía tener de vos si recurrió a un truco tan burdo! ¡Tuvisteis el atrevimiento de aspirar a su amistad y fracasasteis ante tan sencilla prueba! Oh, no, no era alguien para vos. ¡No era persona para vos! Él mismo lo tenía bien claro cuando os rechazó con todas vuestras coronas. Un instrumento de cuerda tan delicado acabaría rompiéndose entre vuestras manos de hierro. Lo único que pudisteis hacer fue asesinarlo.

ALBA.— (*No ha perdido de vista al rey ni un segundo y ha contemplado con visible intranquilidad los movimientos de su rostro. Ahora se acerca temeroso.*) Señor, no guardéis este silencio mortal. Mirad a vuestro alrededor. Hablad con nosotros.

CARLOS.— Vos no le resultabais indiferente. Hace tiempo que contabais con su interés. ¡Quizá hubiese podido haceros feliz! Su corazón era suficientemente rico como para satisfaceros con lo que le sobraba. Un átomo de su espíritu os hubiera convertido en un dios. Os habéis

robado a vos mismo. ¿Qué podéis ofrecer para compensar la pérdida de un alma así? (*Se produce un profundo silencio. Muchos de los grandes miran hacia otro lado u ocultan su rostro con sus capas.*) Los aquí congregados, los que calláis por asombro y espanto, no condenéis al joven que habla en estos términos contra su padre y rey. ¡Mirad aquí! ¡Ha muerto por mí! ¿Tenéis lágrimas? ¿Por vuestras venas corre sangre o bronce candente? ¡Mirad aquí y no me condenéis! (*Se vuelve al rey con mayor calma y serenidad.*) Quizá estáis esperando conocer el final de esta historia contra natura… Aquí está mi espada. Volvéis a ser mi rey. ¿Creéis que vuestra furia me hace temblar? Asesinadme a mí también como asesinasteis al más noble de los hombres. Merezco la muerte. Lo sé. ¿Qué significa ya la vida para mí? Aquí renuncio a todo lo que me esperaba en el mundo. Buscaos un hijo entre extraños. Aquí se encuentra mi imperio… (*Se arrodilla junto al cadáver y ya no participa en lo que sigue. Comienza a oírse a lo lejos un confuso estruendo de voces y el ruido de mucha gente. Alrededor del rey se ha impuesto un profundo silencio. Sus ojos recorren todo el círculo, pero nadie cruza con él su mirada.*)

REY.— ¿Y bien? ¿Es que nadie quiere responder?… Todos miran al suelo… Los rostros permanecen ocultos… Ya se ha dictado mi sentencia. La veo anunciada en estos mudos semblantes. Mis súbditos me han juzgado. (*El silencio anterior. El tumulto cada vez se acerca más y aumenta su volumen. Un murmullo va extendiéndose entre los grandes que rodean al rey y que hacen gestos de desconcierto. Finalmente el conde de Lerma empuja suavemente al duque de Alba.*)

LERMA.— Tengo la impresión de que se acerca una tormenta.

ALBA.— (*En voz baja.*) Eso mismo temo yo.

LERMA.— Están subiendo. Viene alguien.

Escena quinta

Un oficial de la Guardia de Corps. *Los anteriores*.

OFICIAL.— (*Apremiante.*) ¡Es una rebelión! ¿Dónde está el rey? (*Se abre paso entre la multitud y llega hasta el monarca.*) ¡Todo Madrid se ha levantado en armas! El palacio está rodeado por el pueblo y miles de soldados furiosos. Se ha extendido el rumor de que el príncipe Carlos está preso y que su vida corre peligro. El pueblo quiere verlo con vida o hará que las llamas consuman Madrid.

TODOS LOS GRANDES.— (*Muy agitados.*) ¡Salvad al rey! ¡Salvadle!

ALBA.— (*Al rey, que permanece tranquilo e inmóvil.*) Escapad, alteza… Corréis peligro… Aún no sabemos quién le ha entregado armas al pueblo…

REY.— (*Despertando de su letargo, se incorpora y se coloca en el centro de sus vasallos majestuosamente.*) ¿Mi trono sigue en pie? ¿Aún soy el rey de estas tierras?… No, ya no lo soy. Estos cobardes están llorando, los ha ablandado un muchacho. Solo esperan una señal para abandonarme. Los rebeldes me han traicionado.

ALBA.— ¡Alteza, esa fantasía es terrible!

REY.— ¡Ahí! ¡Ahí es donde debéis arrodillaros! ¡Postraos ante el rey joven y en pleno auge! ¡Yo ya no soy más que un débil anciano!

ALBA.— ¡Hasta qué punto hemos llegado! ¡Españoles! (*Todos rodean al rey y se arrodillan ante él con las espadas desenvainadas. Carlos se queda solo junto al cadáver, abandonado por todos.*)

REY.— (*Se arranca su manto y lo arroja al suelo.*) Vestidle a él con las insignias reales. Alzad su trono pisoteando mi cadáver. (*Se desmaya en los brazos de Alba y Lerma.*)

LERMA.— ¡Auxilio! ¡Por Dios!

FERIA.— ¡Virgen santa, qué desgracia!

LERMA.— Está fuera de sí…

ALBA.— (*Deja al rey en los brazos de Lerma y Feria.*) Llevadlo a la cama. Mientras tanto yo pondré paz en Madrid. (*Sale. Sacan al rey y todos los grandes le acompañan.*)

Escena sexta

Carlos *permanece en escena solo, junto al cadáver. Tras unos instantes aparece* Luis Mercado, *que mira tímidamente a su alrededor y guarda silencio durante un rato detrás del príncipe, quien no nota su presencia*.

MERCADO.— Vengo por orden de su majestad la reina. (*Carlos vuelve a apartar la mirada y no responde.*) Mi nombre es Mercado… Soy el médico de cámara de su majestad… Aquí está la prueba. (*Le muestra un anillo con un sello. Este permanece encerrado en su silencio.*) La reina desearía vivamente hablar con vos hoy mismo… Tiene importantes asuntos que tratar.

CARLOS.— Ya no hay nada en el mundo que sea importante para mí.

MERCADO.— Dijo que se trata de un encargo que le había dejado el marqués de Poza.

CARLOS.— (*Levantándose de golpe.*) ¿Cómo? Voy inmediatamente. (*Hace intención de salir con él.*)

MERCADO.— ¡No! Ahora no, alteza. Habréis de aguardar hasta la noche. Todas las entradas están cubiertas y se ha doblado la guardia. Es imposible entrar en esta ala del palacio sin que nadie lo note. Pondríais todo en peligro.

CARLOS.— Pero…

MERCADO.— Solo habría una posibilidad, príncipe. Es idea de la reina. Quiere proponéroslo, pero es arriesgado, extraño y peligroso.

CARLOS.— ¿De qué se trata?

MERCADO.— Como bien sabéis, hace tiempo que circula la leyenda de que a medianoche, en el deambulatorio abovedado del castillo real, el espíritu del emperador vaga en soledad vestido con hábito de monje. El pueblo cree este rumor y los centinelas sienten temor al ocupar este puesto. Si estáis decidido a serviros de ese disfraz, podréis alcanzar los aposentos de la reina pasando junto a los guardias sin que os molesten ni os descubran y entrar utilizando esta llave. Vuestro aspecto sagrado os protegerá de cualquier ataque. Pero debéis decidiros ya, príncipe. En vuestro cuarto encontrareis el disfraz y la máscara que necesitaréis. Debo llevar rápidamente una respuesta a la reina.

CARLOS.— ¿Y a qué hora será?

MERCADO.— A las doce.

CARLOS.— Decidle que me espere. (*Mercado sale.*)

Escena séptima

Carlos. Conde de Lerma.

LERMA.— Salvaos, príncipe. El rey está furioso con vos. Se ha planeado un ataque contra vuestra libertad… si no es contra vuestra vida. No me preguntéis más. Me he escapado para avisaros. Tenéis que huir sin demora.

CARLOS.— Estoy en manos del Todopoderoso.

LERMA.— Como acaba de decirme la reina, debéis abandonar Madrid hoy mismo y escapar a Bruselas. ¡No lo retraséis lo más mínimo! Los desórdenes facilitarán vuestra fuga. La reina los ha organizado con este propósito. Ahora no se atreverán a emplear la violencia en vuestra contra. En el monasterio cartujo os espera una posta de caballos y aquí tenéis armas, por si os vieseis obligados… (*Le entrega una daga y unas pistolas.*)

CARLOS.— ¡Gracias, muchísimas gracias, conde!

LERMA.— Lo que ha sucedido hoy con vos me ha conmovido profundamente. ¡Ya nadie ama así a un amigo! Todos los patriotas lloran por vos. No puedo deciros más.

CARLOS.— ¡Conde de Lerma! Este hombre recién fallecido os consideraba un hombre de honor.

LERMA.— Os lo repito, príncipe. Marchad con bien. Llegarán tiempos más hermosos, aunque para entonces yo ya no existiré. Recibid, pues, aquí mi homenaje. (*Hinca una rodilla en tierra.*)

CARLOS.— (*Intenta detenerle, conmovido.*) No, por favor, por favor, conde… Me conmovéis… No me gustaría ablandarme.

LERMA.— (*Besando su mano con sentimiento.*) ¡Rey de mis hijos! Ay, mis hijos podrán morir por vos. Yo no. Acordaos de mis hijos. Regresad a España en paz. Sed un ser humano cuando estéis en el trono del rey Felipe. Vos también sabéis lo que es el sufrimiento. ¡No emprendáis ninguna acción sanguinaria contra vuestro padre! ¡Por favor, nada de sangre, príncipe! Felipe II obligó a su anciano padre a abandonar el trono… Ese mismo Felipe tiembla hoy ante su propio hijo. Pensad en ello, príncipe… ¡Y que el cielo os acompañe! (*Sale rápidamente. Carlos está a punto de salir a toda prisa por otro camino, pero de repente se da la vuelta y se echa sobre el cadáver del marqués, al que abraza una vez más. Después abandona precipitadamente la estancia.*)

Escena octava

Antesala del rey.
El duque de Alba *y el* duque de Feria *comienzan una conversación*.

ALBA.— La ciudad está en calma. ¿Cómo estaba el rey cuando lo dejasteis?

FERIA.— De un humor terrible. Se ha encerrado y no permite que pase nadie bajo ningún pretexto. La traición del marqués ha cambiado de golpe su naturaleza. Ya no lo reconocemos.

ALBA.— Debo verle. Esta vez no puedo tener miramientos. Un importante descubrimiento que acabo de hacer…

FERIA.— ¿Un nuevo descubrimiento?

ALBA.— Un monje cartujo se ha introducido en secreto en los aposentos del príncipe y ha estado preguntando por la muerte del marqués de Poza con una insistencia sospechosa, llamando la atención de mis guardias. Le dan el alta, lo investigan. El miedo a la muerte le lleva a confesar que lleva consigo papeles de gran valor que debía entregarle en mano al príncipe si no veía al marqués antes del anochecer, siguiendo órdenes de este último.

FERIA.— ¿Y bien?

ALBA.— Las cartas dicen que Carlos ha de abandonar Madrid entre la medianoche y el amanecer.

FERIA.— ¿Cómo?

ALBA.— Que en Cádiz le espera un barco listo para zarpar que le llevará a Flesinga, que los estados de los Países Bajos esperan su llegada para

librarse de las cadenas españolas.

FERIA.— ¡Qué me estáis contando!

ALBA.— Otras cartas informan de que la flota de Solimán ha partido ya de Rodas para atacar al rey de España en el Mediterráneo, siguiendo una alianza que han pactado.

FERIA.— ¿Cómo es posible?

ALBA.— Precisamente estas cartas me han permitido entender el sentido de los viajes que el caballero de Malta había estado haciendo recientemente por toda Europa. Buscaba nada menos que armar a todas las potencias del norte para lograr la liberación flamenca.

FERIA.— ¡Así que era eso!

ALBA.— Por último, a estas cartas se suma un completo plan de toda la guerra que ha de separar para siempre los Países Bajos de la Corona española. No ha pasado absolutamente nada por alto, ha calculado ataques y resistencias, ha consignado todas las fuentes, todas las fuerzas del país, todas las órdenes que hay que seguir, todas las alianzas que deben establecerse. El plan es diabólico, pero… es genial.

FERIA.— ¡Nunca hubiera esperado que fuese un traidor de este calibre!

ALBA.— En esta carta, además, hace referencia a un encuentro privado que el príncipe debe tener con su madre la noche de su fuga.

FERIA.— ¿Cómo? Eso sería hoy mismo.

ALBA.— Esta medianoche. También he dado órdenes para prevenir esta eventualidad. Como podéis ver, se trata de algo urgente. No podemos perder ni un instante. Abrid la habitación del rey.

FERIA.— ¡No! Está prohibida la entrada.

ALBA.— Entonces la abriré yo mismo. El peligro que nos amenaza sirve para justificar mi atrevimiento. (*Mientras se acerca a la puerta, esta se abre y aparece el rey.*)

FERIA.— Aquí tenéis a su majestad en persona.

Escena novena

El rey *y los anteriores*.
Todos se asustan al verlo, retroceden y le dejan respetuosamente que pase entre ellos. El rey se acerca como si estuviera en duermevela, como un sonámbulo. Su vestimenta y su aspecto aún atestiguan el desorden causado por el desmayo. Con pasos lentos camina junto a los grandes allí presentes, observa con detenimiento a cada uno de ellos sin percibir realmente a ninguno. Al final permanece de pie sumido en sus pensamientos, con la mirada baja, hasta que empieza a expresar su estado de ánimo con palabras.

REY.— Devuélveme al muerto. Debo recuperarlo.

DOMINGO.— (*Al duque de Alba en voz baja.*) Hablad con él.

REY.— (*Igual que antes.*) Me menospreció y murió. He de recuperarlo. Tiene que cambiar su opinión sobre mí.

ALBA.— (*Se acerca con temor.*) Alteza…

REY.— ¿Quién habla aquí? (*Recorre con la mirada el círculo de personajes que le rodea.*) ¿Habéis olvidado quién soy? ¿Por qué no estás de rodillas ante mí, criatura? Sigo siendo el rey. Quiero ver sumisión. ¿Me han de perder todos la consideración porque uno me ha despreciado?

ALBA.— ¡No hablemos más de él, mi rey! Un nuevo enemigo más importante que aquel se encuentra en el corazón de vuestro imperio.

FERIA.— El príncipe Carlos…

REY.— Él tenía un amigo que se entregó a la muerte por él… ¡Por él! ¡Conmigo hubiese podido compartir un reino! ¡Con cuánta altivez me miraba! Desde un trono la altura no es tanta. ¿No era evidente que sabía del valor de su conquista? Su dolor es suficiente testimonio de lo que ha perdido. No se llora así por algo pasajero… ¡Ojalá viviera! ¡Daría las Indias porque así fuese! El Todopoderoso no me ofrece consuelo, pues no puede estirar su brazo e introducirlo en la tumba para solucionar con vida el error que cometí al precipitarme. Los muertos no vuelven a levantarse. ¿Quién podría decirme que soy afortunado? En la tumba habita un hombre que me negó su respeto. ¿Qué me importan a mí los vivos? En este siglo se alzó un genio, un hombre libre… Solo uno… Me despreció… y murió.

ALBA.— ¡Entonces nuestra vida carece de sentido! Españoles, vayamos en busca de la muerte. ¡Ese hombre nos roba el corazón del monarca incluso después de muerto!

REY.— (*Se sienta con la cabeza apoyada en el brazo.*) ¡Ojalá hubiese muerto por mí! Le tenía cariño, mucho cariño. Lo quería como a un hijo. Este joven supuso para mí una nueva aurora, un hermoso amanecer. ¡Quién sabe lo que hubiese podido hacer por él! Ha sido la primera persona a la que he querido. ¡Que me maldiga toda Europa! Europa puede detestarme. Pero de él merecía recibir gratitud.

DOMINGO.— ¿Qué hechizo es este…?

REY.— ¿Y por quién hizo este sacrificio? ¿Por un muchacho, por mi hijo? Jamás. No puedo creerlo. Un Poza no muere por un niño. Las pobres llamas de la amistad no llenan el corazón de un Poza. Su corazón abarca a toda la humanidad. Su amor estaba destinado al mundo con todas las generaciones venideras. Para satisfacerlo encontró un trono… ¿Y lo dejó pasar de largo? ¿Podría perdonarse tamaña traición a la humanidad? No. Lo conozco bien. Ni sacrificó a Felipe en favor de Carlos, sino al anciano por el joven, su discípulo. El sol en declive del padre ya no merecía el amanecer de su obra. Prefería reservarlo para su nueva aurora. ¡Ahora está claro! Esperaba mi muerte.

ALBA.— En estas cartas puede verlo confirmado.

REY.— (*Se levanta.*) Pero puede ser que haya errado en sus cálculos. Aún existo. Doy gracias a la naturaleza por sentir en mis músculos las fuerzas de un jovenzuelo. Quiero dejarle en ridículo. Que se piense que su virtud es el desvarío de un soñador. Que ha muerto como un necio. ¡Que su caída arrastre a su amigo y a todo su siglo! Veremos cómo se libran de mí. El mundo aún es mío, aunque sea por una sola noche más. Quiero aprovechar esta noche para que después de mí no haya jardinero alguno en diez generaciones que pueda cosechar en los restos de este incendio. Él me sacrificó a su ídolo, que no es otro que la humanidad. ¡Pues que la humanidad responda de su afrenta! Y ahora… Voy a comenzar con su marioneta. (*Al duque de Alba.*) ¿Qué decíais del infante? Repetídmelo. ¿Qué demuestran estas cartas?

ALBA.— Alteza, estas cartas contienen el legado del marqués de Poza al príncipe Carlos.

REY.— (*Revisa los papeles mientras todos los presentes le observan con atención. Después de haber estado leyendo un rato, los aparta y camina en silencio por la habitación.*) Que alguien llame al cardenal inquisidor. Que le pregunten si puede disponer de una hora para mí. (*Uno de los grandes sale. El rey vuelve a coger los papeles, continúa leyendo y los aparta de nuevo.*) ¿Así que esta misma noche?

TASSIS.— Cuando den las dos, la posta de caballos se detendrá ante el monasterio cartujo.

ALBA.— Y alguna gente que he enviado ha visto que se ha llevado al monasterio diversos enseres de viaje en los que podía reconocerse el escudo de la Corona.

FERIA.— También nos han informado de que algunos agentes moros han recibido grandes sumas de dinero en nombre de la reina para ser canjeadas en Bruselas.

REY.— ¿Dónde se ha visto al infante por última vez?

ALBA.— Junto al cadáver del caballero de la orden de Malta.

REY.— ¿Hay luz aún en los aposentos de la reina?

ALBA.— Allí todo está tranquilo. También ha despedido a sus camareras más temprano de lo que acostumbra. La duquesa de Arcos fue la

última en salir y afirma que la dejó durmiendo profundamente. (*Entra un oficial de la guardia personal, lleva aparte al duque de Feria y habla con él en voz baja. Este se vuelve desconcertado al duque de Alba, otros se les unen y surge un murmullo.*)

FERIA, TASSIS y DOMINGO.— (*Al tiempo.*) ¡Qué extraño!

REY.— ¿Qué sucede?

FERIA.— Una noticia casi increíble, alteza…

DOMINGO.— Dos suizos que acaban de venir de sus puestos han informado de que… Resulta ridículo repetirlo.

REY.— ¿Y bien?

ALBA.— Que en el ala izquierda del palacio se ha aparecido el espíritu del emperador y que ha pasado a su lado con pasos solemnes y resueltos. Todos los centinelas repartidos por este pabellón ratifican esta misma noticia y añaden que el fantasma ha desaparecido en los aposentos de la reina.

REY.— ¿Y qué forma ha adoptado?

OFICIAL.— El mismo atuendo que llevó por última vez en Yuste, vestido de monje jerónimo.

REY.— ¿De monje? Así que los guardias debieron conocerlo cuando aún estaba vivo, porque, si no, ¿cómo sabían que se trataba del emperador?

OFICIAL.— Debía tratarse del emperador por el cetro que llevaba en las manos.

DOMINGO.— Según la leyenda, hay gente que afirma haberlo visto más veces con este atuendo.

REY.— ¿Nadie le ha hablado?

OFICIAL.— Nadie se atrevió. Los centinelas empezaron a rezar y le dejaron pasar respetuosamente.

REY.— ¿Y la aparición se perdió en los aposentos de la reina?

OFICIAL.— En la antesala de la reina. (*Silencio general.*)

REY.— (*Se da la vuelta de pronto.*) ¿Qué habéis dicho?

ALBA.— Alteza, estábamos callados.

REY.— (*Tras reflexionar unos instantes, al oficial.*) Que mi guardia coja las armas y bloquee el acceso a esta ala. Me apetece intercambiar unas

palabras con ese espíritu. (*El oficial sale. Justo entonces entra un paje.*)

PAJE.— Alteza, el cardenal inquisidor.

REY.— (*A los presentes.*) Dejadnos solos. (*Entra el inquisidor mayor, un anciano de noventa años y ciego, que camina apoyándose en un bastón y que es guiado por dos dominicos. Mientras camina entre los presentes, los grandes se arrodillan ante él y tocan el borde de su hábito. Él les imparte su bendición. Todos salen.*)

Escena décima

El rey *y el* inquisidor mayor.
Un largo silencio.

INQUISIDOR MAYOR.— ¿Me encuentro ante el rey?

REY.— Sí.

INQUISIDOR MAYOR.— Ya no pensaba que fuese a pasar.

REY.— Revivo una escena de años pasados. El infante Felipe busca consejo en su maestro.

INQUISIDOR MAYOR.— Mi pupilo Carlos es quien necesitaba consejo, no su gran progenitor.

REY.— Y entonces era mucho más feliz. He matado, cardenal, y ningún reposo…

INQUISIDOR MAYOR.— ¿Por qué habéis matado?

REY.— Una traición sin parangón…

INQUISIDOR MAYOR.— Lo sabía.

REY.— ¿Qué sabíais? ¿Quién os lo ha contado? ¿Desde cuándo?

INQUISIDOR MAYOR.— Sé desde hace años lo que vos conocéis desde el ocaso.

REY.— (*Extrañado.*) ¿Conocíais a este hombre?

INQUISIDOR MAYOR.— Su vida aparece consignada de principio a fin en los registros de la Santa Casa.

REY.— ¿Y podía moverse libremente?

INQUISIDOR MAYOR.— La cuerda con la que se movía era larga, pero irrompible.

REY.— Estuvo fuera de las fronteras de mi imperio.

INQUISIDOR MAYOR.— Donde quiera que él estuviese, también estaba yo.

REY.— (*Camina de un lado a otro, disgustado.*) Si se sabía en manos de quién estaba, ¿por qué nadie me lo advirtió?

INQUISIDOR MAYOR.— Le devuelvo la pregunta: ¿por qué no preguntasteis *vos* cuando os arrojasteis a los brazos de esa persona? ¡Lo conocíais! Solo un vistazo os bastó para descubrir al hereje. ¿Qué os llevó a negarle esta víctima al Santo Oficio? ¿Es que se puede jugar *así* con nosotros? Si su majestad se rebaja a ser encubridor, si se entiende con nuestros peores enemigos a nuestras espaldas, ¿qué será de nosotros? Si *uno* encuentra compasión, ¿con qué derecho se sacrificará entonces a cien mil?

REY.— Él también ha sido sacrificado.

INQUISIDOR MAYOR.— ¡No! Ha sido asesinado. ¡Sin repercusión! ¡Una profanación! La sangre que debía brotar para nuestra gloria y honor la ha vertido la mano de un asesino. Ese hombre era nuestro. ¿Qué derecho tenéis a mancillar los sagrados bienes de la Orden? Su destino era morir a nuestras manos. Dios vio la necesidad de esta época y lo envió para que la humillación solemne de su espíritu sirviera para mostrar la arrogancia de la razón. Este era el plan que yo había meditado. ¡Ahora el trabajo de tantos años yace con el muerto! Nos habéis robado, pero lo único que habéis conseguido es manchar vuestras manos de sangre.

REY.— Me vi arrastrado por la pasión. Perdonadme.

INQUISIDOR MAYOR.— ¡La pasión! ¿Estoy hablando con el infante Felipe? ¿Soy el único que ha envejecido? ¡La pasión! (*Sacudiendo la cabeza con enojo.*) Quieres dar libertad de conciencia en tus imperios mientras tú mismo caminas encadenado.

REY.— En estos temas aún soy un aprendiz. Tened paciencia conmigo.

INQUISIDOR MAYOR.— ¡No! No estoy satisfecho con vos. ¡Mancillar así todo vuestro reinado anterior! ¿Dónde estaba entonces Felipe, cuya

alma firme giraba sobre su propio eje como la estrella polar, permaneciendo allí inmutable y eterna? ¿Se hundió con vos todo vuestro pasado? Cuando le ofrecisteis vuestra mano, ¿acaso el mundo ya no era el mismo? ¿El veneno ya no era veneno? ¿Había caído la pared que divide el bien del mal y lo falso de lo verdadero? ¿Qué son los buenos propósitos? ¿Qué es la firmeza y la fidelidad si en un miserable minuto una norma vigente durante sesenta años se desvanece como el capricho de una mujer?

REY.— Le miré a los ojos… Discúlpame esta recaída en el mundo de los mortales. El mundo tiene un acceso menos para penetrar en vuestro corazón, ya que vuestros ojos están apagados.

INQUISIDOR MAYOR.— ¿Qué hizo este hombre con vos? ¿Qué novedad pudo haberos mostrado que os pillase desprevenido? ¿Tan poco conocéis a los fanáticos y a los protestantes? ¿Es que no habíais oído nunca el presuntuoso lenguaje de los que dicen querer mejorar el mundo? Si el edificio de vuestras convicciones se derrumba con meras palabras, me veo obligado a preguntaros cómo os atrevisteis a firmar la sentencia condenando a muerte a cientos de miles de espíritus débiles que subieron al cadalso por motivos menos graves.

REY.— Quería conocer a un ser humano. Domingo…

INQUISIDOR MAYOR.— ¿Para qué queréis seres humanos? Los seres humanos solo son cifras para vos, nada más. ¿Tendré que pedirle a mi canoso estudiante que me recite los elementos del arte de gobernar? El dios de la tierra sabe ignorar la necesidad de aquello que le puede ser negado. Cuando vos gimoteáis pidiendo que os comprendan, ¿no veis que estáis aceptando al mundo como un igual? Me gustaría saber qué derechos poseeríais entonces sobre vuestros semejantes.

REY.— (*Se deja caer en el sillón.*) Siento que soy un mero mortal. Estás exigiéndole a una criatura que actúe como solo puede hacerlo el Creador.

INQUISIDOR MAYOR.— No, alteza. A mí no se me engaña. Sois transparente. Queréis escapar de nosotros. Las pesadas cadenas de la Orden os oprimen; queréis ser libre e independiente. (*Se detiene. El rey guarda silencio.*) Hemos sido vengados. Agradecedle a la Iglesia que se

contente con castigaros como una madre. La elección que tomasteis a ciegas fue vuestro castigo. Habéis aprendido la lección. Ahora volved a nuestro seno. Si yo no estuviera hoy ante vos os juro por Dios que mañana estaríais vos ante mí.

REY.— ¡No os tolero este lenguaje! ¡Medid vuestras palabras, cardenal! No lo permito. Nadie me habla en ese tono.

INQUISIDOR MAYOR.— ¿Por qué invocáis la sombra de Samuel? Yo di dos reyes al trono español y esperaba haber dejado tras de mí una obra firme. Veo cómo se pierde el fruto de mi vida y que el mismo rey Felipe hace temblar el edificio que he levantado. Y ahora, alteza, ¿por qué me habéis llamado? ¿Qué hago aquí? No deseo tener que repetir esta visita.

REY.— Una tarea más, la última… Después podréis marchar en paz. El pasado, pasado está, hagamos las paces. ¿Puedo considerar esto una reconciliación?

INQUISIDOR MAYOR.— Si el rey Felipe se arrodilla humildemente…

REY.— (*Tras una pausa.*) Mi hijo planea una sublevación.

INQUISIDOR MAYOR.— ¿Y qué pensáis hacer?

REY.— Nada… O todo.

INQUISIDOR MAYOR.— ¿Y qué significa «todo» aquí?

REY.— Le dejaré escapar si no puedo hacer que lo maten.

INQUISIDOR MAYOR.— ¿Y bien, alteza?

REY.— ¿Puedes crear para mí una nueva fe que defienda el cruel asesinato de un hijo?

INQUISIDOR MAYOR.— El hijo de Dios murió en la cruz por la justicia eterna.

REY.— ¿Extenderás esta opinión por toda Europa?

INQUISIDOR MAYOR.— En todos los lugares donde se venere la cruz.

REY.— Estoy pecando contra la naturaleza. ¿Podrás acallar también su poderosa voz?

INQUISIDOR MAYOR.— Ante la fe, la voz de la naturaleza nada vale.

REY.— Pongo en vuestras manos mi función de juez. ¿Puedo mantenerme completamente al margen?

INQUISIDOR MAYOR.— Entregádmelo.
REY.— Es mi único hijo… ¿A quién dejaré mi legado?
INQUISIDOR MAYOR.— Mejor a los gusanos que a la libertad.
REY.— (*Se levanta.*) Estamos de acuerdo. Venid.
INQUISIDOR MAYOR.— ¿A dónde?
REY.— A recibir la víctima de mis manos. (*Lo conduce fuera de escena.*)

Última escena

Aposentos de la reina.

CARLOS.— (*Con hábito de monje, una espada desnuda bajo el brazo y una máscara que le cubre el rostro y que se quita en este preciso instante. Está muy oscuro. Se acerca a una puerta que se abre. La reina sale en camisón con una vela. Carlos hinca una rodilla ante ella.*)

REINA.— (*Contemplándole con callada melancolía.*) ¡Así que volvemos a vernos!

CARLOS.— Volvemos a vernos. (*Silencio.*)

REINA.— (*Procurando controlar sus emociones.*) Alzaos. No queramos ponernos sentimentales, Carlos. No se honra al gran hombre fallecido con lágrimas de desaliento. Las lágrimas pueden brotar por penas menores. ¡Él se ha sacrificado por vos! Con su valiosa vida ha comprado la vuestra. ¿Es que su sangre se ha vertido por un delirio? ¡Carlos! Yo misma os he avalado. Él se enfrentó a la muerte feliz porque yo me comprometí a responder por vos. ¿Me haréis quedar como una mentirosa?

CARLOS.— (*Con ardor.*) Levantaré para él un sepulcro como no ha tenido rey alguno. ¡Sobre sus cenizas brotará un paraíso!

REINA.— ¡Así es como quiero veros! ¡Este fue el gran sentido de su muerte! Me eligió para que cumpliera su última voluntad. Os lo advierto. Mantendré este juramento. Y el condenado a muerte me confió otro legado… Le di mi palabra… y… ¿por qué habría de callarlo? Me confió a su amigo Carlos… Haré frente a las

apariencias… Ya no quiero que haya personas que me hagan temblar, quiero ser valiente por una vez, como un amigo. Mi corazón ha de hablar. ¿Él consideraba que nuestro amor era virtud? Le creo y mi corazón ya no quiere…

CARLOS.— No sigáis, alteza… He estado viviendo en un sueño largo y pesado. Amaba… Ahora estoy despierto. ¡Olvidad el pasado! Aquí os devuelvo las cartas. Destruid las mías. No temáis más mi pasión. Se acabó. Un fuego más puro ilumina mi ser. Mi amor yace en los sepulcros de los muertos. Este pecho ya no alberga ningún deseo mortal. (*Tras un silencio, cogiéndole la mano.*) He venido a despedirme… Madre, al fin comprendo que hay un bien más elevado y deseable que tenerte… Una breve noche ha servido para que mi lento caminar de los últimos años cobre alas, me ha hecho madurar antes de tiempo. ¡En esta vida mi única misión será recordarle! Todos mis afanes forman parte del pasado… (*Se acerca a la reina, quien oculta el rostro.*) ¿No decís nada, madre?

REINA.— No hagáis caso de mis lágrimas, Carlos… No puedo evitarlas… Pero creedme cuando os digo que os admiro.

CARLOS.— Fuisteis la única confidente de nuestra alianza… Bajo esta consideración seguiréis siendo para mí lo más preciado de todo el mundo. No podría entregarle mi amistad a vos igual que ayer no podía entregarle mi amor a otra mujer, pero si la providencia me lleva a este trono, la viuda del rey será para mí algo sagrado. (*El rey, acompañado del gran inquisidor y sus grandes, aparece al fondo sin que se den cuenta.*) Ahora debo salir de España y no volveré a ver a mi padre… Nunca lo veré de nuevo en esta vida. La naturaleza ha muerto en mi corazón. Volved a ser su esposa. Ha perdido un hijo. Retomad vos vuestras obligaciones. Debo apresurarme y liberar a mi pueblo oprimido del yugo del tirano. Madrid me verá solo como rey o no me verá de nuevo. ¡Y ahora una última despedida! (*La besa.*)

REINA.— ¡Ay, Carlos! ¿Qué me hacéis? Sois un gran hombre, yo no puedo permitirme ponerme a vuestra altura, pero sí comprenderos y admiraros.

CARLOS.— ¿Veis mi fuerza, Isabel? Os tengo entre mis brazos y no flaqueo. Ayer mismo ni los temores de la muerte hubieran podido arrancarme de aquí. (*La deja ir.*) Ya terminó. Ahora puedo enfrentarme a lo que me depare el destino como mortal. La tuve entre mis brazos y no flaqueé… ¡Silencio! ¿No habéis oído algo? (*Suena una campanada.*)

REINA.— Solo oigo una terrible campana que anuncia nuestra separación.

CARLOS.— Entonces, buenas noches, madre. Desde Gante os enviaré mi primera carta, en la que revelaré el secreto de nuestra relación. Quiero que el resto de los pasos que dé con el rey Felipe sean públicos. A partir de ahora no quiero que haya nada que ocultar entre nosotros. *Vos* no necesitáis esconderos de los ojos del mundo… Este encuentro de hoy será mi último engaño. (*Intenta ponerse la máscara. El rey se interpone entre ellos.*)

REY.— ¡Será el último! (*La reina cae desmayada.*)

CARLOS.— (*Corre hacia ella y la coge en brazos.*) ¿Está muerta? ¡Por todos los cielos!

REY.— (*Con calma y frialdad al gran inquisidor.*) ¡Cardenal! He cumplido con mi obligación. Cumplid vos con la vuestra. (*Sale.*)

Johann Christoph Friedrich Schiller, desde 1802 von Schiller (Marbach am Neckar, 10 de noviembre de 1759-Weimar, 9 de mayo de 1805). Nació en Marbach en 1759, hijo de un médico. Estudió Medicina y Derecho en la Escuela Militar de Stuttgart. Estrenó su primera obra teatral, *Los bandidos*, en 1781, pero su contenido revolucionario le supuso la renuncia a su puesto de cirujano militar, así como la prohibición de escribir obras que atentaran contra el orden social. Obligado a abandonar Stuttgart, se trasladó primero a Mannheim, donde puso en escena obras de contenido similar, y posteriormente, por temor a nuevas represalias, a Leipzig. Durante este periodo fundó la revista *Thalia* y conoció a la influyente Charlotte von Kalb, bajo cuya protección permaneció algunos años. Tras una estancia en Dresde, en 1787 llegó a Weimar, donde se dedicaría a la investigación histórica, con tanta repercusión que en 1789 obtuvo la cátedra de Historia en la Universidad de Jena. En 1790 contrajo matrimonio con Charlotte von Lengenfeld, y un año más tarde obtuvo una pensión del duque de Holstein-Augustenburg, gracias a la cual pudo dedicarse a la historia y la filosofía.

En 1794 fundó la revista *Die Horen* e inició una fructífera colaboración con Goethe. Schiller dedicó los últimos años de su vida al teatro: *Wallenstein* (1799), *María Estuardo* (1800), *La doncella de Orleans* (1801) y *Guillermo Tell* (1804) fueron sus obras definitivas; en esta última glorificó el ideal de libertad que domina toda su producción. Murió en Weimar en 1805 sin haber podido concluir su proyecto más ambicioso, *Demetrio*, una tragedia sobre el hijo de Iván el Terrible.

Document Outline

- Cubierta
- Don Carlos, Infante de España
- Introducción
- Don carlos, Infante de España.
  - Personajes
  - Primer acto
    - Escena primera
    - Escena segunda
    - Escena tercera
    - Escena cuarta
    - Escena quinta
    - Escena sexta
    - Escena séptima
    - Escena octava
    - Escena novena
  - Segundo acto
    - Escena primera
    - Escena segunda
    - Escena tercera
    - Escena cuarta
    - Escena quinta
    - Escena sexta
    - Escena séptima
    - Escena octava
    - Escena novena
    - Escena décima
    - Escena decimoprimera
    - Escena decimosegunda
    - Escena decimotercera
    - Escena decimocuarta
    - Escena decimoquinta
  - Tercer acto
    - Escena primera

        - Escena segunda
        - Escena tercera
        - Escena cuarta
        - Escena quinta
        - Escena sexta
        - Escena séptima
        - Escena octava
        - Escena novena
        - Escena décima
    - Cuarto acto
        - Escena primera
        - Escena segunda
        - Escena tercera
        - Escena cuarta
        - Escena quinta
        - Escena sexta
        - Escena séptima
        - Escena octava
        - Escena novena
        - Escena décima
        - Escena decimoprimera
        - Escena decimosegunda
        - Escena decimotercera
        - Escena decimocuarta
        - Escena decimoquinta
        - Escena decimosexta
        - Escena decimoséptima
        - Escena decimoctava
        - Escena decimonovena
        - Escena vigésima
        - Escena vigesimoprimera
        - Escena vigesimosegunda
        - Escena vigesimotercera
        - Escena vigesimocuarta
    - Quinto acto
        - Escena primera
        - Escena segunda

    - Escena tercera
    - Escena cuarta
    - Escena quinta
    - Escena sexta
    - Escena séptima
    - Escena octava
    - Escena novena
    - Escena décima
    - Última escena
- Autor